

DEL VODKA HECHO CON MORAS

Ana Arzoumanian

*para aquel que acampa en la montaña profunda, quien no intercambia,
sino que marca mi cuerpo que es de tierra*

“Para él, me dijo, la patria era:
-que yo beba el café de mi madre y que vuelva por la noche”
Mahmud Darwish.
Un soldado que sueña con lirios blancos

No se podía matar a alguien que dormía. Antes había que despertarle.

Ése que ven allí soy yo. Ése con el pantalón meado. Ése en la frontera. Tirado en la frontera, una bala y el pantalón meado. Yo.

¿Estoy en Europa o en Asia? En una casi isla formada en épocas remotas. Una extensión continua de tierra. Una barrera coralina que apareció a medida que el volcán fue hundiéndose. Aquel sitio que los árabes han dado en llamar la montaña de las lenguas. Estoy en Lachin, en Kelbajar, en Kubatly; laderas que alguna vez pertenecieron al Kurdistán rojo.

Iosif Jugashvili, el georgiano más ruso, el hierro más georgiano dibujó el mapa donde ahora estoy tirado; puso nuevos nombres. Los escribió con el esfuerzo congelado de Siberia.

Cómo te explico dónde estoy con una frase que equivalga exactamente en significado a la palabra que designa. Una palabra ya como tenga que ser, y no sujeta a cambios. La redacción definitiva de un documento. Una constatación.

Aquí todo habla. Los caminos, el puente, los monumentos, las alfombras, los cinturones y las mantas adornadas por las mujeres. Decisivo, firme, irreversible el pagaré de gemido que el vendedor me ha entregado. La perpetua dependencia, el derecho de seguimiento sobre la tierra y las personas.

Lachin, Kelbajar, Kubatly (antes del Kurdistán rojo) como el pago constante de hombre a mujer, de mujer a hombre, a cambio de sexo.

Definitivo.

Mi cuerpo.

Punto de una cosa tras la cual ya no hay más.

Final.

Mi cuerpo, definitivamente; aquí.

Te veo llegando. Hiciste escala en el aeropuerto de Praga. Te hablaban en checo. En checo el anuncio de las puertas de abordaje, el nombre del hotel de pasajeros en luces de neón en el mismo pasillo de la terminal con un

nombre en checo que no entendías, pero que indicaba que podías descansar o lamer a algún checo antes de llegar. Iosif Jugashvili hacía rato había muerto, pero todo el lugar mantenía el gusto soviético del hombre de hierro georgiano.

Te sacaste los zapatos, te revisaron el bolso. Subiste al avión. Destino: Ereván.

Destino. Ereván.

¿Estás en Europa o en Asia?

Viste las señas de amistad de los pueblos estalinistas apenas cruzaste los puestos de control de la aduana. Carteles en armenio y, de pronto, el alfabeto cirílico en forma de palabras, huellas medievales de los eslavos del este.

Una cosa en lugar de otra. Luego de la muerte de Stalin las estatuas que lo recordaban en Tbilisi y en Ereván fueron reemplazadas por la Madre Georgia y la Madre Armenia.

El cuerpo de la Nación. Las marcas de la patria en tu cara. Cuando avanzabas por las calles en tu camino hacia el hotel, comenzaste a mirar los rostros. Observar si tus ojos o tus labios o el ancho de tu frente. Comprobar las marcas de la nación. Pero no. Tus rasgos, como una alfombra que se golpea para quitarle el polvo, habrían sido sacudidos por Oriente. Estos rostros pertenecían a otro lugar. Transcaucasia. Cáucaso Sur.

¿Estamos en Europa o en Asia?

La militarización. Los refugiados. Los cuatro años de guerra y el débil cese de fuego. Las minas antipersonales y un punto de contacto de quinientos metros. Extendido, yo soy la primera región disidente.

Para responder a la pregunta quién. ¿Quién estuvo aquí primero? Toda la Unión Soviética cayó en bloque. Camino al hotel, la luz de la ciudad, esa misma luz caliente que le había hecho decir al poeta que el arquitecto de Ereván había visto una ciudad soleada, brilló en tus ojos como una caída.

Una violación acerca de los límites.

Siempre es acerca de los límites. Una votación en el año 1988 hizo añicos al imperio. La cuestión era si Stepanakerd se transfería de la Azerbaiján soviética a Armenia.

El sistema cae. Huelgas. El voto público que no apoyaba a Moscú y el traslado de la región a la Armenia Soviética. El Politburó se niega.

Un desfile de soberanías.

Fue ese día que me despertaron los revolucionarios. Porque antes de matarme había que salir del sueño. Y yo salí con la historia de unos héroes que ahora tenían mi cara.

Sumgait.

Febrero, 1988. Ataques. Linchamientos multitudinarios. Devastación.

¿Quién empezó primero en el jardín negro de las montañas?

Cuatro años de guerra y un territorio completamente rodeado por tierras extranjeras. Enclavado dentro de otro como fragmento. Suelto.

¿Has visto alguna vez un jardín en cuyo interior reine la oscuridad?

Si extendiendo mi brazo muerto tocaría con mi mano la lengua de otra nación.

Tu hotel estaba en la calle Abovian. Te sorprendió que la ciudad fuera cruzada por esta avenida que, justamente, llevaba el nombre de un escritor. Pensaste que una ciudad que tuviera a un escritor en su avenida principal tendría que ver con vos. Y ahora que yo estoy aquí tirado, no puedo contarte que quizás tanta semejanza no estuviera en la literatura, ni en el idioma. Que vos y él se reconocerían por haber desaparecido.

Una mañana, el escritor de la primera novela moderna armenia, sale a dar un paseo. No regresa.

Arrestado o quemado. Por los persas o por los turcos. Enviado a los campos de trabajo por los rusos. O en barricadas de la primavera de los pueblos, la ola revolucionaria europea.

No volvió aquel que ayudó a realizar la primera expedición en llegar al Monte Ararat. No regresó ése que había obtenido apoyo de Nicolás I y se había unido al profesor de filosofía natural de Estonia. El profesor y

Abovian bajaron del monte. Pero la guerra necesita de la sorpresa. Hay algo que debes hacer antes. Tenés que hacerlo antes de que ellos lo imaginen.

No regresó.

Entraste a un supermercado en la esquina del hotel para cambiar dinero. Dólares por *trams*. En una especie de garita, un muchacho hablaba en ruso con otro, contaba los billetes. En las góndolas del fondo, una pared llena de botellas de vodka y la cajera que te miraba mientras tarareaba la canción rusa que pasaban en la radio.

Yo aprendí de a poco la mímica de los rebeldes. La forma de sentarse. Las palmadas en la espalda. El ballet bien meditado de la revolución. Así, las mujeres con unos pañuelos en la cabeza los días de misa y los hombres con sus ropas ajustadas marcando la delgadez de los hombros. Aprendimos a no ser más parte de un imperio. Nos achicamos. Cuando nos hicimos pequeños, se despertó en nosotros a un gigante dormido que en occidente se llamaría nacionalismo. Pero acá vivimos como asiáticos. Asiáticos en un país pequeño que quería volver a dibujar sus mapas. Como un amputado que aún sueña con su miembro perdido, nosotros todavía sentíamos la extensión. ¿Cómo habituarse a retroceder la línea de frontera? Cómo olvidarse que cuando salíamos, antes, antes, antes, éramos los ciudadanos del imperio más temido.

Pensamos, una manera de vencer esta pequeñez, podría ser la destrucción de edificios. Utilizar los edificios como armas, construir una ciudad con calles para que pasen los tanques.

Fuimos la primera república de la era soviética, de cuando éramos grandes, en elegir un gobierno no comunista.

Los criminales suelen ser patriotas ilustres. Y la guerra es un buen lugar para criminales. Tanques. Artillería. Aviones. Khojali. ¿Fuimos víctimas aún ahí?

Entraste al hotel. Pediste una habitación que ya habías reservado. Subiste con la valija, la habitación te pareció pequeña. Pediste cambiarla por una más grande; ofreciste pagar por la diferencia. No es cuestión de dinero, te dijeron los hijos de la reconstrucción, de la apertura, la transparencia. Los hijos de la perestroika ya no usan uniformes, o eso creen. Los que habían escuchado las historias de los padres de Yeltsin en el gulag, te dijeron no.

No es cuestión de dinero. Te dijeron que ese cuarto para vos sola; que ese cuadrado con una ventana y un baño, para vos sola, alcanzaba.

¿Cuánta tierra se necesita para poder nombrarse? Sólo las tumbas ya no piden, y llevan un nombre. Una habitación chica como este país chico por el que yo levanté las armas.

Te vi.

Yo daba unas conferencias en ese hotel acerca del uso militar de las traducciones. Analizaba años de historia de literatura armenia, desde el primer esbozo con la creación del alfabeto y la traducción de la biblia; de cómo la lengua construyó el ejército.

Te vi.

Escuché la manera en que pronunciabas las letras tensadas en tu garganta.

Quise acariciarte la línea que va de la nariz hacia la frente como lo hubiera hecho con los hijos que no tuve. Y no sé qué impulso me llevó a querer que tragaras una a una las letras de mi semen.

Un pez nocturno flotando sobre los corales. Oleaje reluciente de peces voladores saltando encima del agua. La irradiación que dejan. Aquí. Durante. Su vacío vertical. Blanda, la Unión Soviética se desintegró, descendiendo. Un deslizadero de carne.

Se necesitó coraje, olvidarnos de nosotros mismos en ese despeñadero para construir una nueva residencia. Eso que nos excedía colmarlo con nuevos gestos; volver a excitar el asco. Puse las manos. Veinte dedos en círculo. Trepas por la montaña en un asidero de estrella de mar. Las manos apretaban la roca; el sexo, paralelo a las laderas. Yo, un útero elástico no vivía sino como resto de separaciones. Veinte dedos. Denso, dilatado, absorbía antílopes ahí donde las manos recordaban.

Un resto de todas las separaciones captaba en masa a ex combatientes. Las águilas y los buitres, esas bestias que nos habitaban recibían el mensaje de Moscú: obedeced. Joziain, el señor de la casa, el jefe, distribuía el tráfico de recuerdos. Cascos, bayonetas, fusiles. El estremecimiento de la cacería. Eso era el coraje, ante la desintegración, el encanto del crecimiento, un narcótico que multiplicaba nuestras posiciones a voluntad.

Una parte de mí realizaba la acción, y otra la miraba.

Un cuántos azeríes has matado se repetía entre las edificaciones, las instalaciones militares, las tierras labradas. Bastante para garantizar que ellos no nos mataran: la respuesta en un balancín, una cuna, un caballo o una mecedora. Una respuesta en giros. Una respuesta agazapada vuelve virgen a la niña nacida en Judea. Una respuesta mimosa del saludo de la hijastra de Herodes. Una respuesta de velos a fundición desnudando lo que ocurrió y lo que pareció ocurrir.

Una isla dentro de una isla.

Veinte dedos en círculo, un asidero de estrella de mar apretando la roca. Y las aguas fosforescentes. Y los peces luminosos.

¿Has visto alguna vez un parto de hombre? Yo, pariendo en la montaña ahí donde mujeres embarazadas frotaban sus vientres para asegurarse un parto fácil. Una isla dentro de una isla flotando sobre corales. Parir. Tiendas apiladas en mi piel y desde allí el mayor éxodo de refugiados que viera Europa después de la Segunda Guerra Mundial.

Luego de registrarte en el lobby del hotel, te detuviste unos minutos antes de subir a tu cuarto frente a un cuadro de Surenyants. Salomé. Un nombre que es un saludo que, si en hebreo es paz, en armenio era: sólo nosotros estamos vivos aquí.

Yo revisaba los apuntes de mi conferencia sobre traducción, y te vi. Te vi bailando con tus ojos los colores de Salomé. Pedime lo que quieras, te hubiera dicho. Y vos: las autoridades consideran la baja de natalidad como una amenaza a la seguridad nacional. Vos, regalándome esa risa, el júbilo sobre una bandeja, la cabeza que indicaba que él está muerto. Y yo no.

El uso eficaz del acero frío.

La confederación de los pueblos de la montaña.

Izados sobre ruedas gozábamos de la suspensión de los pájaros. Íbamos ligeros de huesos con nuestro deseo de luchar y morir. La guerra tártar-armenia en Bakú nos había quebrado. El desgaste, como una práctica musical o naval, nos servía de amuleto para ahuyentar el miedo. Cuando nos reclutaron nos hacían apuntar mecánicamente a un maniquí como apuntando una y otra vez a un cuerpo vivo. Así se escapa de la gravedad, obediéndola. Un cabeceo, el balanceo del cuerpo en ese torrente de montaña. En el eje del trompo, un vertedor. Ahora es en el hueco de la

palma donde se siente el tensor del fusil y un voy a alcanzarte, voy a alcanzarte. Y la mirada en los ojos de los aldeanos cuando disparábamos. Mi amuleto para ahuyentar el temor en el momento del ya, del hacer algo ya.

Las armas nos llegaban de Moscú. La base militar en Gyumrí cumplía con las reglas del vasallaje.

Nosotros estábamos lejos de América, no habíamos estudiado en nuestros libros la travesía transatlántica, la aventura sin idioma en búsqueda de especias. Y, sin embargo, era ese mismo grito que nos anudaba a un barco que se hundía. Un: tierra, tierra. Una ruta de la Seda al revés, una ruta vacía de gusanos, una ruta sin mercadeo. Una ruta hacia la tierra por el océano de aquellos que nos habían desposeído. Una tierra perforada de angosturas, de canales, de redes. No teníamos para comer. Sólo nos daban una especie de sopa preparada de pasto en agua hervida. Un entrenamiento por el hambre. Un hambre que gritara tierra, tierra, por ti muero, moriría. Porque sólo cuando aceptás tu propia muerte podés convertirte en un matador.

En mayo de 1994 terminó la guerra.

No hubo paz.

A la mañana siguiente de tu llegada abriste las ventanas de tu cuarto. Un bloque de cemento daba forma a una especie de condominio con un patio interno. El sol era brillante. Fuiste a caminar hasta la plaza de la República. Te sentaste en la terraza de una cafetería frente a las aguas danzantes. Desayunabas café, sandía y queso. El estilo soviético reavivaba el espíritu de caballería, un deseo que asumían las piedras, un deseo de restaurar el orgullo al pueblo y a la ciudad. Mirabas a la gente en un día de trabajo entre edificios de gobierno. Todavía casi inmersa en las sábanas entre el café intenso y el rojo jugoso de la sandía. Más tarde me contaste tu sueño. Esa primera noche en Ereván soñabas que amamantabas a un niño. Que un niño buscaba tu pezón, lo mordía. Que los labios del niño era la punta carnosa de un miembro.

La salpicadura de la boca del fusil.

Un partido. Un sindicato. Una sociedad civil. Espías y policías al servicio del gulag. Habitábamos el mismo imperio que el príncipe Vladimir Dolgoruki, el mismo de las fortalezas de madera moscovita, las ciudades de barbas espesas y gorros de piel donde todavía sobrevolaban las águilas bicéfalas del zar. La Krasnoia se volvió roja en esa postal que había

dibujado Iván el Terrible, con cúpulas multicolores que se imponían en la iglesia de San Basilio para celebrar la victoria sobre los tártaros. Un aire inabarcable de acecho, de conspiración, vaciaba el estómago. Y cuanto más vacío el estómago, más zumbaba. Ésa es la cuna del pensamiento único. Se pensaba sólo en comer. A la gran guerra patriótica la había vencido el hambre. Teníamos hambre. Tenía hambre mi padre cuya particular obsesión era comer. Así derrotó al invasor nazi en 1945. Mi padre que reclutaba guerreros en cada casa, en cada pedazo de ruina, cada sótano, incendiando pueblos, destruyendo lo que había a su paso. Una gran guerra patriótica llevó al ejército Rojo a Berlín. Una victoria con veinticinco millones de vecinos muertos. No mi padre. Mi padre no murió para que su hambre no cesara. Extraía metales preciosos día y noche en la punta septentrional de Siberia. Luego de cumplir cinco años de condena, le dieron diez años más por propaganda antisoviética.

En casa ya no teníamos tanta hambre. Pero poco a poco comenzamos a sufrir un síndrome parecido a los hombres del bosque. Porque era como cortar árboles, aunque el árbol es más duro. La sangre hace que el hachazo se sienta blando cuando uno corta en pedazos.

Las tropas a Grozni enviadas por la Rusia sustraída querían hacer de Chechenia la Kuwait del Cáucaso. Pero los milicianos les recordaron que el hambre no para con nada.

La nomenklatura militarizaba los negocios y yo sentí el olor a pólvora en el mismo patio de mi casa. Yo, que no había matado ni una mosca, pensé: puedo matar. Un muro de alambrada separaba aguas, piedras, hierbas que son por un lado armenias, del otro lado turcas. Como los monasterios que se aferran a las montañas para no despeñarse yo me aferré a la idea de que sería fácil. Sólo sería cuestión de saber cómo llegar hasta el final. Una vez allí, nadie nos diría, dónde llegaste. No tendríamos ya más límites, nuestras serían más y más tierras hasta rearmar el mapa de los sueños de la décima provincia de Armen. Artzaj, la Albania Caucásica sería nuestra, nuestra.

Yo fui hasta el final y cuando me pregunté dónde había llegado, te estaba acompañando a visitar la casa de Paradjanov. Una casa que no había sido su casa, sino una muestra de su casa de Tbilisi de manteles bordados, de porcelanas y pinturas que vibraban en tus ojos. En el jardín de entrada una mesa y unas banquetas improvisadas debajo de la parra te hicieron recordar los domingos debajo del nogal en la casa de tu abuela. No en la casa, en las historias entre corderos asados y leche cuajada, en mujeres que se disfrazaban de hombres musulmanes para conseguir comida, en los cuerpos

chamuscados al fuego, escaldados al modo que se pudiera desprender la piel como se hace con los cerdos.

Aquí también era domingo, salimos a dar un paseo por el Vernissage.

Mientras deambulábamos por la feria de artesanías, sentí tu olor como de hierbas levemente enfriadas, de montañas que aún están frescas, de desfiladeros por donde se perciben las sacudidas subterráneas de volcanes apagados. En los puestos querían venderte cruces, anillos, pulseras de ónix, de ágata, de cuarzo rojo. Aros de coralina de un rosa lácteo ligeramente matizado de aguamarina. La toba de Artik, una losa seca de un violeta dorado en objetos que te recordaran que también nosotros vencimos a Hitler. Que te recordaran que luego de la Revolución de Octubre nos sentimos dueños. Te recordaran la niebla azulina con aliento a cobre y un color parecido al de los óxidos del lago Sangriento de Najicheván con sus peleas en verano por el agua.

Vos besabas los *jachkar* tallados sobre piedra o sobre madera. En cada beso los campesinos te izaban la bandera de la insurrección. Cada beso, a su paso, destruía todo, te recordaba que antes de vencer a Hitler los campesinos hablaron el lenguaje de la revolución y fuimos iguales iguales iguales.

Por décadas creímos en esto, amor. Pero cuando nos conocimos ya nos habían expuesto a la desigualdad. Y sin embargo, aún había una cosa que nos congregaba, que nos hacía semejantes: la guerra.

Yo tenía el componente sigiloso de los guerreros, cadera estrecha, un espacio entre los muslos, una prominencia en la curvatura interna de las pantorrillas, y el vello púbico avanzando hacia el ombligo. Pronto adquirí el celo y la prisa eléctrica de las panteras. Veía los dientes relucientes contra mi punto de mira y apretaba el gatillo. Entre disparo y disparo, acariciaba el arma en la única comba que tenía, ese pedazo de hierro gastado. Para no enloquecer había aprendido a despreciar. Los niños eran enemigos potenciales, y las mujeres se las sometía como rehenes. Sólo sentía una cierta emoción cuando las violaba.

Esto es algo que no debo contarte.

Pero las palabras se me escapan, se me escurren como la meada en el pantalón, como los ojos dando vueltas en las órbitas y no encontrando objeto, como la mano que no siente, no siente.

Llamaron al Hospital Republicano de la ciudad. Dos jóvenes azeríes de Stepanakerd habían sido violadas en el Instituto Pedagógico.

Dije que no había sido yo.

El diario Literaturnaya Gazeta mencionaba las armas de origen checo que teníamos escondidas. Pero los rebeldes de Sumgait no necesitaban envíos de países vecinos, usaban las cañerías de las fábricas como fusiles improvisados.

Aquí y allá. Estelas funerarias de piedra caliza. Piedras torcidas, hundidas por el paso del tiempo, indicaban el camino intrincado de una isla con su historia de elevaciones y hundimientos. Con sus formaciones y destrucciones de arrecifes; sus venenos naturales. Troncos altos y sin ramificaciones que concentraban sus energías al subir. Pura exuberancia vegetal.

Un sonido ancestral, sedante, hipnótico. La camaradería con la tierra.

Dije que no había sido yo.

Un fulgurante mar de metal fundido. Y la mirada en esas mujeres que me recordaba el hábito de algunos reptiles.

El arrastrarse de ciertos reptiles. No las mujeres. Yo.

Una isla con estelas funerarias de piedra caliza cuando es sorprendida por la lluvia. Las semillas de avellanas secas flotan y viajan como si estuvieran en el mar. No las avellanas secas. Yo. Floto como bolsas de piedra arrojada por erupciones volcánicas. Atravieso cornisas montañosas; vertientes. Bosques, matorrales. Me convierto en una roca por evaporación del agua. Una roca sobre la cual han escrito “que abandonen nuestras tierras”. Y la roca, la inscripción flotando como semilla de avellana, flota. Flota y se traslada como un adán hombre, nacido hombre entre las piernas de las azeríes. Un adán que anuncia en la radio Svoboda: que abandonen nuestras tierras.

Remueven la gran estatua de Lenin que dominaba la plaza. Remueven la estatua de Stepanakerd mientras trasladan a las dos jóvenes del Instituto Pedagógico al Hospital Republicano. Yo me repito: sólo me fío de alguien que haya matado ya. Como en los antiguos koljós, las granjas colectivas cuando mi padre se negó a poner en común al ganado y lo mató, lo mató.

Seguimos la senda de hojas de nogales; un laberinto de grutas, de puertas colgantes de madera. Entramos a una especie de parador excavado en la montaña de un amigo soldado que atendía las mesas con su uniforme de guerra. Un corte vertical en el gris de la piedra. En el interior, alfombras sobre unos troncos que servían de sillas, un vino rojo de la región y el pan recién horneado con queso blanco de oveja. Mi amigo tocaba el laúd y vos bailabas con los dedos. No con los pies; los dedos. Los estirabas, los elevabas, los abrías. Mirabas hacia los costados. A tus dedos. A la palma alzada que giraba en el aire, flotaba con el meñique. Vos bailabas y yo pensaba, el arma no es el arsenal de defensa. Miraba tu cintura, tu pelo desordenándose sobre los hombros, pensaba en los expedientes, en los informes secretos. Cerca, el monasterio de Tatev que se usaba como cuartel general desde donde tiraban por el precipicio a los prisioneros bolcheviques. Y vos, bailando. Vos, moviendo montañas. Y yo que era la roca donde estaba escrito: que abandonen nuestras tierras, me transformé en una roca con ojos. Una roca que veía la desposesión. Vos desprendiéndote. Vos el monasterio, Tatev y los bolcheviques que caían. Vos arrebatándote, quitándote a vos misma. Entonces pensé que el arma no es el arsenal de defensa. Que la mujer. Que la madre. Que la curandera. Son para la lucha.

Vos.

La paz es para los vencedores.

Es más difícil vivir vencido en tiempo de paz que en tiempos de guerra. Saco el revólver. Abro el tambor. Pongo una bala. Sólo una. Giro el tambor; cerrándolo. No se ve en qué recámara está la bala. Por turno. La boca del cañón en la sien. Hay cinco posibilidades para que el martillo golpee un cartucho y una de vivir. Amarte como jugar a la ruleta rusa.

Quiero tu tiempo, la disposición sometida de tus horas. Vos me querías esclavo. Eso lo aprendí pronto. Querías mi silencio. Aquella forma de la palabra que es solo cuerpo. Amarte fue algo así como los días de combate. Fue cargar el revólver y apuntar. Una vez a mí y otra vez a los hijos del zar del mar; vos la joven de cabellos mojados. Toda vos, que al nombrarte, llenás las redes de peces. Así, la hija del zar del mar en una tierra que no recuerda sus aguas.

Re- inventar las imágenes.

Te invité a la Ópera. Vimos la puesta de Anoush. La obra de Tumanyan; una historia de pastores, de un hermano muerto y de una enamorada que se

mata. Como leminos, una tribu de roedores que ansían más y más tierra hasta derrumbarla. Unas tribus de roedores que, cuando se multiplican más de lo que puede soportar el territorio, se suicidan arrojándose al mar. Vos, la hija del zar de las aguas, la que llena las redes de peces lo sabías bien. Varias tribus habían caído en tus mares.

La ruleta rusa.

Saco el revólver. Abro el tambor. Una bala. Sólo una. Giro cerrándolo. Por turno. La boca del cañón en la sien.

Nosotros, leminos que aman hasta derrumbarse.

Yo conocía la práctica de la destrucción. Luego del terremoto de Spitak, aquel diciembre de 1988, cuando los azeríes nos enviaban vagones con medicamentos yo, y un grupo de amigos, los tiramos pensando que estaban envenenados. Deshacemos por temor a ser abatidos. Por eso nunca tuve miedo al ruido de las explosiones. Bebía cognac porque lo que vuela por los aires mientras escuchás los estruendos siempre está en otra dirección.

Nuestra ruleta rusa con cinco posibilidades para que el martillo golpee un cartucho, y una de vivir.

Éramos el pueblo soviético. Nos guiaba el movimiento de un árbol con sus retoños en flor, los pétalos simbolizaban la amistad de las tres repúblicas soviéticas del Cáucaso Sur, entre Ijevan y Kazan. Con la gloria eterna a los caídos en la guerra contra los fascistas bajo las órdenes de la bandera Roja. Las mujeres cantaban en Ashtarak: cuando regreses vivo y sano, con honor y con gloria, te obsequiaré con la mejor mantequilla hecha con leche ordeñada en primavera. Las campesinas cantan, mecen una cuna aldeana. En la cuna, no hay un niño. En la cuna, leche para hacer manteca. La mecen y cantan a sus maridos que combaten en el frente. Unas cantan mientras otras encienden el *tonir*, avivando el humo del brasero.

En la universidad estatal de ingeniería busqué a una estudiante y luego a otra. Después me di cuenta que la primera era un muchacho. Entonces, pensé, podría cortarle los testículos, podría decirle muy bien, muy bien, ahora sos una niña para mí. Podría. La ruleta rusa. Girar el cuchillo. Afilarlo. Por turno. Acabar también con los varones. Pero no. Alguna vez fuimos un solo pueblo soviético.

¿No lo podés creer?

Te he mostrado los archivos del Madenatarán, esa manuscritoteca en roca basáltica rodeada de parques con su amplia escalinata flanqueada de monumentos. Manuscritos del museo asiático de Petersburgo, El Cairo, Aleppo. Pergaminos amarillentos que te dicen que el pasado no ha muerto. El olor seco del polvo de palmera y ciprés. El aliento a tinta china, a bermellón, al esmalte y al oro.

Comíamos flores según la costumbre rusa. Fuimos a un barcito a tomar té acompañado con dulce de rosas. Te enseñé a volcar el té en el plato donde se había dispuesto una porción de dulce, y luego beber del mismo plato. El té cayendo a un plato con dulce de rosas y el honor de la memoria a la vida rusa que me impide cortarles los testículos al estudiante de ingeniería de la universidad estatal. La memoria en el presente de los cohetes rusos con su campo de tiro de noventa kilómetros. La memoria de mis vecinos, mis amigos, mis compatriotas quemados en las zonas rurales del norte hasta morir.

La ruleta rusa.

Yo quise que todo se detuviera.

Y se detuvo. ¿Cuánto tiempo uno puede seguir sosteniendo las imágenes? Tenía razón Tácito cuando decía que la guerra empieza a perderse por los ojos. Que una guerra la ganan los fantasmas de los soldados muertos.

Todo se detuvo, menos este deambular mío de fantasma.

Por la calle Mogilevskaya de Bielorrusia podía encontrarme con algunos compañeros de mi edad que se habían escapado de Armenia para no ser alistados. Entonces, me dije, si los jóvenes huyen por miedo, todavía tenemos a los escritores que siempre están dispuestos al arte militar de la ingeniería de almas. La *intelligentsia* nos había advertido acerca de lo que quedaba de nuestro espíritu de hermandad. Nagorno Karabagh, Chechenia, Abjazia.

¿Quién fue el primero?

Nos servíamos varios *tutorka*, el vodka potente de morera de Karabagh y nos preguntábamos quién era el primer poseedor de la tierra.

Cada uno encontró ropas, armas y camuflaje. La guerra es un buen lugar, podés hacer lo que querés. Podés robar y matar. Podés matar y robar. Después te emborrachás para no volverte loco.

También es un negocio sin locales a la calle. Nosotros les dábamos alcohol y ellos nos enviaban comida envasada. Hacíamos negocios por la noche y luchábamos de día.

Otra forma de comercio fue la toma de rehenes. Los azeríes iban hasta Bakú, secuestraban los pocos armenios que quedaban, y luego trataban de intercambiarlos por sus camaradas capturados.

Un negocio irregular, improvisado, intimidante. Pensábamos en las prácticas de nuestro general Antranik y les cortábamos las orejas como recuerdo de batalla. Cuando ves lo que le hacen a tus amigos, vos querés hacer algo peor.

Un día les llegó un compatriota que murió al poco tiempo. Dijimos que le habíamos suministrado una inyección de medicamento, pero le habíamos inyectado petróleo. La guerra es un buen lugar, podés hacer lo que querés.

Éramos vecinos. Vecinos. Vecinos.

En el aniversario de los pogromos de Sumgait, cortamos la ruta de Khojali a Aghdan. Los últimos helicópteros anunciaron que abandonarían la ciudad. Sobre los que aún así se quedaron les enseñamos otro idioma en el que la palabra vecino estaba borrada.

Vos querías hacer la diáspora al revés.

Yo quería que todo se detuviera.

Los fines de semana, luego de dar mis conferencias sobre traducciones y armenio antiguo, fuimos al lago Sevan, el mar de Guegam. Nos untamos en la montaña de tersura azulina. En el camino, ovejas completamente blancas de sólo pezuñas negras. Un pinar espeso a orillas de ríos selváticos y violetas tempranas, fresas silvestres, setas. Albergues cavados en la tierra con tapices de fondo rojo, con rombos en el centro de figuras geométricas más oscuras. Hacía astillas para encender el fuego y ponía la tetera con agua hirviendo bajo el colchón de la cama de madera para que el té estuviera caliente.

Lo primero que te acaricié fue el cabello. Comencé a besarte, mi lengua en tus orejas. Te hablaba en armenio. Lloraste. Querías hacer el camino de la diáspora al revés. ¿Cómo es hacer el amor con alguien que no sea extranjero? me preguntaste, ¿cómo es hacer el amor con alguien dispuesto

a matar? Como con vos, te contesté. Con vos. Bajé con mis besos por tu cintura. Te vas a manchar, me decías.

Me gusta el sabor de la sangre; mis labios mudos en tu pubis.

El odio era una especie de casco de acero para nuestra mente. Probábamos la resistencia de un cuerpo utilizando los cuchillos sobre animales muertos. Mientras, las mujeres imploraban piedad. Yo pensé que tenían una especie de soga en sus gargantas de la que bastaba tirar para hacernos volar por los aires.

Había algo que me decía que no lo hiciera.

Yo quería darme la vuelta y largarme. Algo me decía date la vuelta y no participes en esto. Pero cuando todos los demás empezaron a disparar, yo también empecé a hacerlo.

La única medida era el número de cuerpos.

Aquella vez cuando los vi desarmados me concentré en tirar a las gallinas. No por lástima. Sucedió que no podía soportar los ruegos. El por favor, por favor, como una especie de soga en la garganta de la que bastaba tirar para hacerme volar por los aires.

La primera vez no lo hice. Pero nadie me vio no hacerlo. Un dolor tan profundo como el dolor del orgasmo. Pero no se puede estimular al animal y luego pretender devolverlo a la jaula.

Me repetía la leyenda de Artavádz que mi madre me contaba de pequeño.

Cuando su padre, el rey, murió, hubo tal consternación que sus amigos se lanzaron al sepulcro, suicidándose. Entonces, Artavádz le suplicaba: te vas y te llevás todo el país con vos, ¿acaso reinaré sobre ruinas? El padre muerto escucha los ruegos del hijo y lo maldice. Cuando Artavádz, el hijo, va de cacería cae por un desfiladero y allí vive encadenado por toda la eternidad. En cada celebración de Navazart, el año nuevo armenio, los herreros abren sus talleres, atizan el fuego y golpean con sus mazas varias veces el yunque, fortaleciendo las cadenas que aprisionan al príncipe Artavádz.

No se puede estimular al animal y pretender luego devolverlo a su jaula.

¿Acaso reinaré sobre ruinas?

Mi madre me contaba historias de cobardes castigados, de desobedientes en cadenas.

Artavádz en cada nuevo año debería elegir callarse, en lugar de llorar.

La única medida era el número de cuerpos, pero yo quería darme la vuelta y largarme.

Me preguntaste por Paradjanov, quien hacía del cine una aventura de niños, quien quería atormentar a la gente con su arte asustando a su madre, a su abuela, en medio de la noche. Asustando a la madre con plumas. Una madre ha tenido que ser actriz para que tú puedas ver con los ojos del cine, le decía. Cuando pienso en Paradjanov, pienso en Artavádz, en mi madre.

Fuimos a la casa de Sergey que no era su casa sino una copia de su casa de Tbilisi. Sus cinco años en prisión y las confesiones que escuchaba de los delincuentes. Un armenio de Georgia que filmó en Ucrania y en Azerbaiján. Su Ashik Kerib del poema de Lermontov que leía su madre. Un kurdo haciendo el pepel de Ashik Kerib, un kurdo perseguido por la policía, un kurdo a quien Paradjanov pregunta ¿podés dejar de ser un animal por el término de un año?

La terraza de los monasterios y los libros en lugar de tejas. Un niño durmiendo entre libros se convierte en el péndulo de la iglesia. Y las tobilleras de plata en los pies de las mujeres lavadoras de alfombras. Ollas hirvientes para teñir el tejido y el sacrificio de un gallo. El niño mira cómo se bañan los monjes. Kubiyeu, el actor azerí en medio de ave marías. Sayat Nova. Los dibujos. Los collages de vírgenes negras y el ornamento barroco de piecitas de porcelana rotas, de botones, de piedrecitas. Me tomaste de la mano. Algo se disolvía en vos. En mí. Paradjanov nos llevaba hasta aquel lugar donde las fronteras con los objetos se disolvían. Dos. Tres. Cuatro repúblicas se unían remontando el linaje ininterrumpido de las generaciones. Río arriba hasta sus fuentes, hasta las cimas heladas. Río abajo, vertiginosamente hasta la desembocadura de tu nombre. Era yo los dibujos de las prisiones masturbándose en la cárcel, era yo con mi película sobre Sayat Nova confiscada por el régimen. Acusado.

Vos dibujás cómo te miro mientras me masturbo.

Un estado de sitio del tiempo.

Yo como un aviador desaparecido en el Océano Atlántico. Jean Mermoz en su destino a Siria declarando: no quise ser un sobreviviente.

Un estado de sitio del tiempo. Un cambio de iluminación que disipa la geografía como si fuera niebla. Fuegos artificiales, lámparas de arco, linterna mágica. Luz. El incendio de Roma, la pirotecnia del siglo de las luces y el cine. El diferido. La imagen en el vidrio; la vitrina. Una provisión de fibras ópticas que produzcan un fenómeno de alucinación semejante a las drogas. Un vodka con gusto a almendras para brindar por la despedida. Porque siempre hay que irse. Desnudos. Irse. Dejando todo sobre los simuladores de suelo. Dejando el cuerpo ahí.

La elasticidad de la duración.

Si hago memoria, lo que recuerdo es el frío. Recuerdo la humedad del sótano donde dormíamos, que no había gas, ni teléfono, ni correo, ni negocios, ni electricidad. Que no había dinero. En la vitrina, dispuesto eso que parece mi cuerpo; en la vidriera, la piel violácea del frío, única imagen de quien no quiso sobrevivir.

Sobre la ruta de seda los criadores de las montañas afirman que los gusanos alimentados con hojas de morera negra producen hilos más fuertes y pesados. En el tendedero de esos hilos yo, colgado, frío, comulgando con el paisaje, soy la montaña. Hurgás en mis bolsillos para decir quién. Para contar qué soldado, qué armenio, quién te amó. Y nada. Ninguna imagen para exhibir del aviador. Buscás en la luz el incendio de Roma pero alguien, dispuesto en el mismo simulador de suelo que el resto de la población te recuerda que está prohibido tomar fotos de bases militares.

Prohibido tomar fotografías del interior de la iglesia de Kazanghetsot, las armas, las municiones. Y en lugar de la imagen, un olor a quemado del incendio de Roma. Buscás en mis bolsillos algo que te hable de mí; encontrás este olor chamuscado de las casas que quemó la población de Karabagh.

Pueblos enteros quemados para que el enemigo no pueda volver. Y en el crepitar del fuego, todavía ahí, en el bolsillo de mi pantalón, las voces de los hombres de la montaña bromeando entre ellos: amamos a los rusos, a los persas; pero odiamos a los armenios. En mi bolsillo chamuscado no hay fotografías de los azerís shiitas que luchaban contra el Imperio Otomano al lado de los rusos.

Prohibido tomar fotos de bases militares. Ni del enlace de la dinastía Javanshir con la princesa armenia. Ni de las casas colgadas de la montaña como nidos de pájaros. Shushí.

Prohibido tomar fotos de la destrucción. De cada uno destrozando su legado.

La orden del Komando dice: sólo enfocar la victoria.

Vos buscás una memoria de la conquista de la ciudad en mis bolsillos. Y no encontrás los diez caravansares, sus caballos y las alfombras, las calles del siglo diecinueve más esplendorosas que Bakú, que Ereván.

Qué victoria, te preguntan los actores en un teatro de Estambul. La obra: Ali y Nino. Las hojas del libro Ali y Nino chamuscadas en el bolsillo de mi pantalón. Las hojas que se deshacen entre tus dedos, con letras que se despegan, se dispersan sobre el simulador de suelo, te preguntan qué victoria.

La ciudad como tal está muerta.

En la sangre. Dedicado a Karabagh, Kurban Said; dice ser el nombre del autor, cuenta la historia del amor entre un azerí y una georgiana. Pero un armenio rapta a la amada. El azerí lo mata y se escapa, teme la venganza armenia. ¿Quién triunfa? si está prohibido sacar fotografías, y aunque busques y busques en mi bolsillo sólo encontrarás un olor. Porque dicen que Azerbaiján es la tierra del fuego; ígnea. Un fuego espontáneo brotando del suelo. No por nuestras armas; por el petróleo.

Un cambio de simulación resulta al ojo no un cambio de color, sino de forma. En los diarios de la tarde, como focos sobre zonas hundidas en la noche polar, los titulares en cirílico: “Compatriotas: empleo, alojamiento y beneficios financieros a los residentes de las antiguas repúblicas soviéticas que quieran establecerse en la Federación Rusa.”

Irse.

Una distancia que se transmuta en luz. El trayecto real. Dirdad I vuelve de Roma. Nerón le había prometido ayuda. Baños, mosaicos que ilustran el océano, las ruinas en la base del templo dedicado al dios sol. Garní. Y en el mosaico, en el dibujo del océano: yo. Yo perdido antes de la aviación. Yo, que no quiero ser un sobreviviente.

Los encajes en la piedra. Las capillas trogloditas. Después de Nerón, de Dirdad, no encontrarás la lanza que atravesó el cuerpo de Cristo en mi bolsillo chamuscado. El metal, la lanza ensangrentada del cuerpo de Cristo que no sobrevive y resucita en Kegart. El monasterio con nombre de lanza. A unos metros, un aviador en la montaña, una tarde sin diarios de títulos cirílicos, sin compatriotas. En el mirador dos amantes tomando vodka; vos y yo.

La velocidad sirve para ver. Señales luminosas que llegan de noche ocultando alguien debajo que maneja la luz. Conocer la velocidad pero no su posición. Volatilizado el cielo, un balcón sobre el vacío. No se trata de ir fuera del escenario, sino un ir más lejos de mí avanzando en la fijeza del campo de guerra para convertirme en cualquier cosa.

Una óptica actriz impedía que la población se moviera. Ver con otros ojos. Tocar con otras manos. Yo lejos de mí; un astro, un asteroide, un planeta en estado de ingravidez. Yo en los mataderos regionales, tirado ahí, difunto. Yo la res colgada de cada pata, con ganchos entre la piel y la carne. Y aún muerto, en erección. El carnicero abraza la res, el tronco hacia abajo, en cada brazo un cuchillo. Dos cuchillos cruzando el medio del cuerpo y la pija erecta del carnero. El cuerpo desollado del carnero se tensa entre las vértebras. La sangre corre. Corre por el azulejo, el piso. Adentro, entre la piel y la carne la sangre se junta y sostiene la pija, el asta. Cavo zanjas de irrigación que son el Eúfrates, el Tigris, porque la eyaculación del diablo excede a la de mil hombres. Un cambio en el latido del corazón, soy seguido por una jauría porque a los perros les gustan los olores.

En la aldea cortaban árboles para hacer fuego. Calentaban el agua con un cable suspendido con una hoja de afeitar en la punta conectada a un bajo voltaje. Usos de la electricidad para hervir el agua. Cuando pelábamos por Karabagh poníamos fotos de guerrilla en la trinchera, pero cuando fuimos a Aghdam colgamos fotos de mujeres desnudas mientras recorríamos la fila de refugiados en las rutas nevadas del norte. Viento, nieve. Una caravana que parecía de gitanos. Carros con ollas, alfombras, colchones, cabeceras de camas de hierro. Niños sucios, animales, hombres montados en mulas. Y detrás de ellos, veníamos nosotros. La fuerza armenia quemando, tomando rehenes. Miles de ellos se ahogaron. Y no en las zanjas de irrigación del semen del diablo en el Eúfrates, ni en el Tigris.

Como si esa horda de refugiados, de hombres en caravana que parecían gitanos, hubieran suplicado: te quiero desnudo. Desnudo, dándome a contemplar; un animal. Ver el contraste entre la textura de la piel y el

pelaje. El carnero enganchado a la rueda circular, cabeza abajo con su pene alimentado por la sangre. Una etiqueta sobre un brazo muerto. El nombre que me convierte en objeto, accede desguarnecido. Ninguna escapatoria, ya. Ninguna retirada. Todo se comba para amoldarse a la ondulación de túnicas. Los codos forman entre los hombros y los brazos, un triángulo equilátero. Yo siento que el metal que me sostiene por las patas, se pliega, contorsiona. Los cuernos del carnero adquieren toda la fuerza posible, golpean con un gesto descompuesto. El miembro, no en estado definido y claro, sino en el tránsito de un estado a otro. El efecto de vaguedad, de imprecisión.

Te quiero desnudo, repiten las rocas, esas nubes de concreción más densa; las caravanas, los refugiados casi gitanos, haciendo de mí un personaje de su obra. Evito hacerme posar, de manera que no pierda la capacidad de variación, la sombra sobre la roca de mi pene erguido.

Te queremos desnudo dice el martirio en el patio de las prisiones de la isla Solovskiy. Dios o Lenín. Vladimiro Illitich Uilianof. El jefe de los bandidos expropiando el banco de Tblisi. Me quiere desnudo el estado que era banquero, que era librero, hotelero. Alrededor de las fábricas beben hombres, mujeres, niños. Tras el cristal que refracta la luz, dentro de su uniforme militar con medallas, resplandece la efigie de dios o lenín. Los escuadrones de máquinas aéreas escuchaban *Sari Gelin*, donde una mujer rubia cristiana de las montañas, una novia vestida de amarillo, enamora a un turco. Ésa era la otra guerra de los combatientes disputándose la nacionalidad de una canción. Pero nosotros habíamos aprendido que el suelo nos pertenecía a todos. Nosotros o la militarización del trabajo. Nosotros o los campos de concentración para trabajar en los bosques del norte. Los campamentos penales de la industria moderna disponían de los mataderos, carneaban hasta el cuero que cortaban en tiras para usarlo en calditos. Cristianos *esse non licet*. A orillas del Volga se enseñaba la gesta salvaje de reinado en reinado, de dinastía en dinastía; no está permitido ser cristiano. Toma y lee, escribe San Agustín con su miembro erecto.

Dejar la orilla. Saltar sin demora. Precipitarme.

Un pueblito a orilla del lago Van. Sin bote. Sin remos. Entro al agua para buscarte. Hacia la orilla de enfrente. A la luz clara y viva; el fuego que encendías. Una noche, los hombres de la isla apagaron las señales que me dejabas. Perdí el camino. Me ahogué.

Dejar la orilla cada vez. Disidente. Sin demora. Al fondo perdido, tirarme pájaro. Busco tus manos. Yo te penetro desde atrás. Busco tus manos. Las

deslizo de tu cintura a tu culo. Busco que te acaricies. De atrás. Boca abajo. Hacia atrás. ¿Qué es una parte? Cierta suavidad de la encarnación en los brazos, los dedos, las nalgas. Buscarte en la oscuridad, entre la multitud de tu piel.

Ay, Tamar.

Sólo los libres van a la guerra y los libres eran los propietarios. Los servicios de seguridad rusos, los *siloviki*, necesitaban propietarios con libertad de pensar y de viajar.

Contra la libertad de viajar de los propietarios: yo, el disidente que se tira al agua, al fondo perdido, sin bote, sin remos. Al fondo de tu cuerpo. De atrás. Buscando tus manos para que te acaricies el culo. Más adentro, y no te veo. Y los hombres de tu pueblo que han apagado el fuego.

Ay, Tamar.

Kurdos, tadjikos, uzbekos perdidos en la mansión art nouveau del ministerio de la calle Spiridonovka. Kurdos, tadjikos y uzbekos en la pequeña Esparta con sus pijas sirviendo al ejército.

Busco tus manos. Vos abajo. Yo, penetrándote desde atrás, busco tus manos para achicar la diferencia del sur a veinte kilómetros. Te estiro los brazos. Un poco más. Expulso a todos los hombres de tu cuerpo. Los hombres que apagan las luces de la isla los destierro a través del río Arax hasta Irán.

Una isla salvada de la destrucción con un pasadizo cada vez más angosto. Un pasadizo no de agua, de tierra.

¿Qué es una parte?

Cierta suavidad de la encarnación. Una tierra recortada, una entidad estatal no reconocida. Ni siquiera por nosotros.

La verdadera guerra comenzó en diciembre de 1993, cuando ambos bandos contábamos con un ejército de verdad. Los azeríes reclutaban combatientes afganos mujahadines. Cientos de soldados fueron reportados perdidos.

A fondo blanco.

Todavía se pueden ver cuerpos congelados en el camino. El resto que encontrábamos y que no eran cuerpos lo vendíamos a Irán. Equipos de fábricas, cables, tejas. Si alguien encendía la luz de la isla se podían ver hombres entre las ruinas juntando pétalos de rosa. Llenando una camioneta iraní para luego vender jaleas y mermeladas.

Una entidad no reconocida. Ni siquiera por Armenia.

De pequeño mi madre me contaba una historia acerca de un joven que robaba. Acerca de un joven que robaba capturado por la policía. Un joven que, antes de ser sentenciado pide la presencia de su madre. La mira a los ojos, la abraza; le pide un beso. Ella aproxima sus labios. Él, le muerde la lengua.

¿Qué es una parte?

Cierta bestialidad en la encarnación. Él le muerde la lengua vengándose de ella por no haberle advertido acerca de las consecuencias de un robo. De varios.

Las armas rusas que excedían el límite impuesto por la convención de las fuerzas europeas eran almacenadas en Karabagh. Nosotros las usábamos con el fin de disparar a las víboras y a los perros para asarlos y luego comerlos.

Eternos, somos nuestras montañas. Dos rostros elevados en tufa, *dadik yev papik*. El emblema de Karabagh; una madre en forma de montaña. Una madre hecha de piedra, sin lengua.

A fondo blanco. Me tiré pájaro, me tiré pez y mordí la lengua de mi madre.

En el pueblo de Sadakhlo, en el límite armenio georgiano se podía ver camionetas provenientes de Bakú, de Ereván, de Najichevan. Ahí todos vendían todo. Nosotros no apagábamos ninguna luz, dejábamos el fuego encendido para que ellas pudieran vender sus cuerpos.

La democracia necesitaba millones de propietarios.

Yo le mordí la lengua a mi madre para que no hablara.

¿Qué es una parte?

Vos emanabas olor a sangre. Ellos, en lugar de olfatearte, hablaban. Mis dedos buscaban uvas. Te desracimaban. Adentro.

La fuerza de la voluntad.

No, de las armas.

Los armenios de Karabagh miraban televisión azerí. Los campesinos, los vecinos se veían a sí mismos fascistas, terroristas. La fuerza de las armas fue para suprimir la información; filtrarla. Hacer como en la conquista del general Yermolov al construir el imperio con exiliados y viajeros. Haciendo del Cáucaso su oriente. Justificar la colonización.

Vos emanabas olor a sangre. Yo olfateé el olor que decía: la experiencia me enseñó a tener la cabeza agachada, pero también me enseñó a alzar una pierna. Te imaginaba la reina Mariam Tsitsishvili de los georgianos. La segunda mujer del rey Jorge que apuñaló al ruso con su daga.

Eso olía. El terror que se transmite. Vos, Mariam, Tamara, corriendo cerca de noventa metros por un camino georgiano con tus entrañas en las manos. Así flotaba mi mente, a cierta distancia por encima de mi cuerpo; sin memoria. De repente, sentí que algo chilló como un cerdo en el corral. Empecé a temblar. Estuve temblando como una hoja el resto de la noche. Mientras, la gente ahí abajo, las esposas, los niños, todos acurrucados esperando oír el no hay peligro.

Cortaré su jodido corazón en tu nombre. Eso pensé cuando sentí tu olor.

Lo hice sin vacilar. Yo quería regresar a casa con vida. Si tenía que matar ancianos, mujeres o niños para estar más seguro calculaba: si un soldado azerí mira a mi hermana como yo ahora estoy mirando a este niño, tendría agallas para matarla. Si él tenía agallas. Yo también.

La lluvia. Los piojos. El barro.

Comencé a tener pesadillas, soñaba que no podía sacar la bayoneta del cadáver. Soñaba con un cuarto oscuro y yo palpando, buscando la soga. Llegaba a una pared. En la pared había un gancho. Colgaba la soga del gancho, la enrollaba. Y luego un susurro, ¿me vas a ayudar?

Como una iglesia vencedora de sectas ascéticas, los bolcheviques proclamaban su conciencia apocalíptica, su manipulación ingenieril impuesta sobre el aviador polar o el director de fábrica. Su voluntad de

acero construyendo sabotadores; yo, echando vidrio en la comida de los obreros. Envenenando cisternas. Así era joven, joven, joven, con un hambre del diablo en el vientre.

La *nomenklatura* hizo de la Plaza Roja una cosa de asiáticos. Lenin, enterrado y expuesto. Lenin y su cuerpo abandonado, testimonio de esa encarnación sin residuo. La momia de Lenin en el mausoleo, tan parecida a la tumba del rey persa Ciro en Pasargad, a la manera de la Pirámide Zóser en Egipto, tan momia como la de los faraones, pero expuesta. Una fila avanza con lentitud hacia él. Mi padre, allí, entre ellos, con ese deseo de verlo, de verlo. Con ese deseo de repetirse: definitivamente, no resucitará.

Como Lenin, así te daba mi cuerpo, inmóvil y turgente; tan entero, tan asiático, como muerto, sin posible redención. Ahí, entero ahí, inmóvil mientras vos te hamacabas rozando tus piernas contra la pared. Inmóvil la mirada, presa de un desquicio. No como si una persona se convirtiera en animal; como si un animal adquiriera, de pronto, una mirada humana. Como cuerpo abandonado expuesto ante tus ojos. En el mausoleo desracimándote con mis dedos y mi miembro inmóvil, expuesto.

Hacer el duelo. No del amor, del combate. Una cajita de madera de palmera de Marruecos. Una caja vacía donde sepultar los secretos: el *hammam* en Damasco, la perfumada, la perla de Oriente. El semen sobre la piedra y yo que no sé qué van a hacer con eso. *Prunus armeniaca*, de la familia de las rosáceas, del durazno, el damasco. Y la cajita de secretos donde guardé el perro de la montaña. No el perro, la camioneta con la música a todo volumen. La camioneta y yo conduciéndola en los alrededores del Ararat, hago bailar las ruedas siguiendo al perro por los precipicios de la montaña. Sepultar la locura.

Luego volvía a la ciudad, todavía con la cajita vacía sin los *hammam* de Damasco, todavía con mi semen fresco sobre la silla de la camioneta. Vos habías visitado el monasterio de Marmashen en Vank. Un conjunto monástico con iglesias conservadas y tres ruinas. A quince kilómetros de Gyumrí, un monasterio con arcos y cúpulas polígonas, un tejado en forma de pirámide, miniaturas y bajorrelieves. Allí, en la orilla izquierda del río Ajurian, encajes de piedra alrededor de las aberturas. Vos con tu lengua caliente de haber lamido la piedra roja entre las aberturas como ojos, como miradas. Vos que habías lamido el silencio de los pastores y la luz que se filtraba, que caía como si hubiera sido agua, pero no. Semen que se secaba sobre la piedra. Encendías velas, intentabas escurrir la piedra dentro de la cajita de madera de palmera de Marruecos, pero no. El comandante Pahlavuni, el constructor de los monasterios de cuando Ani era capital de

los Bagratidas, te enseñaba el deseo de huir del mundo. Te enseñaba cómo se retira la lluvia hacia el silencio, la pobreza. Y vos deseás ver, pero comenzás escuchando.

Yo huí mejor.

Yo huí más lejos.

Escuchá e incliná tu oído para que por la obediencia del oído llegues a la gloria de la visión.

La presión de la cuerda. El roce de la cuerda al desplazarse por la piel. Dispongo las cintas sobre vos, los atamientos. Las dispongo como quien diseña un cautiverio, como un monje cristiano que se retira para orar. Mientras te ato los ojos para que veas más por los oídos, me decís que has visto en Siberia, en la plaza de la ciudad de Tomsk, un monumento con dos *jachkar* de tres metros de altura que celebra los siglos de amistad entre Armenia y Rusia. Te ato los ojos y te movés, imagen de este país nuclear. Un riesgo aceptable de esta región sísmicamente activa. Te ato los ojos para que no veas cómo las viejas instalaciones son usadas para otra cosa.

En el bazar, intercambio de bienes: tráfico de prisioneros de guerra muertos o vivos. Y yo que no estoy en el cementerio de Yerablour, no leo la oración que dice “la muerte consciente no es muerte sino inmortalidad”

La cajita de madera de palmera de Marruecos. Poné tu mano adentro, buscá el semen evaporado de los *hammam* de la perla de Oriente.

Buscás y encontrás sólo una fuente dentro de un cuarto con ornamentos y plantas. Buscás una madre que falla. Buscás el apego a señales, una sonrisa, algo suave, la disponibilidad para el alimento. La cajita está vacía. Yo no tengo los ojos tapados y te veo cruzando el puente Kiev. Porque no todo ardió, porque para que todo ardiera alguien tenía que quedarse a cuidar el incendio. Te veo en el puente Kiev, mercurial, tirando la cajita al río. Los rápidos vuelos de Mercurio de un lugar a otro, tus manos que se apropian de la historia deshacen la ficción del objeto. Un hotel decadente con plantas de plástico, espejos y ese color a durazno en las paredes como los damascos de Armenia. Y esa mosca que se nos metía en la camioneta luego de traspasada la puerta. La camioneta que ya no perseguía ningún perro. La mosca sobrevolando el asiento husmeando semen seco.

No hablemos del millón quinientos mil famosos.

El cuerpo muerto deviene una cosa y ya no puede camuflarse. No hablemos del millón, de los quinientos mil. Genocidio es esta expropiación, esta desposesión, este tirar por las ventanas los muebles de la familia, las fotos. Este arrojar al viejo Ereván a las calles, hacerlo mendigar. Este destierro de nuestra historia, acabando todo lo que fue, disolviendo el empedrado en otras calles, devastando el mercado cerrado de la ciudad, el teatro y el cine antiguo.

Por un decreto se creó el ejército nacional de Armenia. En mayo de ese mismo año fue el primer reclutamiento. Los soldados armenios habían contribuido a la gloria de tantos países, ahora era el turno de Armenia, un turno nacional. Las mujeres casadas con azeríes se escondían en Bakú, por miedo. La primera palabra que se enseña en el ejército es lealtad, no muerte; lealtad. Las armenias escondidas en Bakú tenían miedo de los colores de una bandera sobre un tanque, decidían camuflarse, una estrategia biológica de ocultación imitando el entorno, desdibujándose. Yo, pasando desapercibido, confundiéndome con lo que me rodea. Maleza natural, barro, nieve o ramas sobre el uniforme. El arte del disfraz, una técnica pictórica de diseños cubistas, rompiendo las formas. Franjas irregulares y colores verdes, castaños, amarillo ocre y negro. Confundir al que mira, deshacerme. Cuando te acariciaba podía ver peces a través del agua de tus ojos. Y aún ahí, con mi cuerpo disuelto, te preguntaba ¿tenía mucho? ¿tenía mucho? ¿tenía mucho? Y vos me hablabas de cataratas de afluentes, me mostrabas calendarios viejos con fotos de caídas naturales de agua y me decías: así, así tu semen de agua grande, de torrente, de un salto de ochenta metros. Ahora, como un cabrito que chupa la teta de una cabra muerta todavía; ahora, vení, vení chupame, así, muerto todavía.

La cabra con su ubre de leche vacía, sin rebaño en el monte, sin parideras. Yo, la cabra, en la extrema soledad; esta vez sin disimulo, extrañando el caldo casero de pollo y los gorros de astracán a la Gorbachov en estos días de invierno. Extrañando las primeras fresas de Krasnodar, el polen de los álamos, las primeras cerezas de Crimea. Aquí en esta soledad, las piedras a mi alrededor se convierten en huesos de reptil.

Como yo, en mi muerte sin camuflaje, los trescientos kilómetros que separan a Turquía de Armenia no fue demolida con la caída del telón de acero. Los límites se reforzaron con prismáticos infrarrojos, con rollos de alambres de púas. Nosotros, los vecinos de Babilonia y Asiria nos preguntábamos ¿cómo funciona esto? ¿cómo funciona el soplete que funde el acero? Yo les daba un vodka de aguardiente de mora como anestésico en caso de amputaciones a algún compañero.

No hablemos del millón quinientos mil. Hablo de otros viajes, otras deportaciones.

Estaba bajo las luces blancas del cuarto donde discutíamos sobre traducción, desnudo delante tuyo y no me veías. Podía hacer de vos lo que hubiera querido y a vos sólo te quedaba agradecerme. Eso es camuflarse.

Compensaba los estragos de las máquinas de guerra con otras máquinas. Las prótesis. Esos cuerpos sin voluntad. No las cabras sin leche, no sus ubres secas de las que se prenden los cabritos. Los niños perdidos que son lanzados delante de las tropas para engañar al adversario. Y ganar tiempo. Avanzar al territorio por el proyectil. La curvatura de la tierra se aplana gracias al progreso balístico de las armas. Y con los niños lanzados, fabricábamos velocidad sobre la montaña de las mil lenguas, los montes Taurus, ese enorme dragón de laderas verde esmeralda y cintura blanca. Fabricábamos saltos de ochenta metros de altura, de torrentes.

Cuando me refugiaba en un sótano llevaba conmigo un tanque de keroseno por si me encontraban. Si me encontraban, me quemaba. Yo ardiendo preguntándote ¿tengo mucho? Vos, sin detectores de minas, sin binoculares de rayos infrarrojos, sin chalecos, ni bolsa de dormir, componías el método de brigada para hacerme regresar a la historia.

Pero no había dónde regresar.

La propia historia había desaparecido.

No hablemos de ese millón quinientos mil. Estás vestida con una blusa de lino turquesa con unos botones de nácar. Te miro y de mis ojos nacen lenguas. Lenguas que buscan lamer la tela, el turquesa, el nácar. Yo le hacía el amor, no a vos; a un color. Yo cogía el color, me movía más y más rápido mientras vos me chupabas. Separé por un instante tu cara, y en ese segundo no supe si la leche emanaba de mi miembro o era tu boca que regaba mi pija de una lecha tibia. Así me disolvía, en una desaparición tras otra.

Yo soy el enemigo.

Soy la discordia, el distanciamiento, la hostilidad. El encarnizado, el declarado; el que lo es con propósito fijo de ellos de oponerse a mí y destrozarme. Soy la mala voluntad, la vileza.

Yo, para ellos: el enemigo. Por eso te convierten en camella, te soplan con una caña una piedrita a través de tu vagina para que, en su larga travesía interna, la piedra te produzca un temblor y no quedés preñada.

Un enemigo con hijos es la duplicación del enemigo.

Si no pueden secarme, guardan piedras adentro para hacer de este lugar un desierto. Así la pregunta ya no sería cuánto valen las tierras; sino, cómo se mide la arena. Partículas fosilizadas moviéndose por el aire, éxodos, y vos camella con esa piedrita que te recorre desde el soplo de la ingle hasta el útero.

Pongo mi cabeza sobre tu vientre, escucho.

En la guerra hay que tener oído. Decime cuánto me querés, me decías. Y yo escuchando la piedra que aniquilaba el fuego.

Soy el enemigo.

Un enemigo es aquel que robó. Y si eras vos la poeta, era yo el encadenado al látigo desmesurado de tu roca, las piedritas de la camella en el desierto.

Algo era claro, ese “no” que nos habían enseñado. Sabíamos decir no a occidente, decíamos no mientras matábamos. Y porque era el enemigo, ellos creían que mataba para atacar. Pero yo mataba por hambre. A veces, para soportar mejor la falta de todo alimento durante nuestras largas marchas por las estepas y los desiertos solíamos ceñirnos fuertemente los cinturones. Uno al otro. Uno apretándole el cinturón al compañero. Por eso ahora que tengo oído y pongo mi cabeza sobre tu vientre y escucho el ruido de las piedritas, te levanto el culo por detrás, busco una aguja para hacerte una costura hacia arriba. Tiro más, hacia atrás como látigos sobre el ladrón del fuego. Te miro en un espejo, te hago ver por delante la concha de niña. Una triangulación aniñada por delante; atrás, una costura que ciñe mi hambre más devastadora.

Yo con la aguja y vos con tu gusto a pija no circuncidada, te arrodillás con la piedrita íntima de la camella.

Del útero a tus dientes, las piedritas me cortan mientras me besás. Pedazos de prepucio en la boca. Un color marcial, en mi piel, en tu rostro de rumiante de caravana. Como mecanismo flotante para elevar un barco por los extremos, o con uno de los dos arcos que tiene el yugo, o la artillería para balas gruesas. Te incito a mirar. Vos no sabés si mirarte en el espejo,

ajustada hacia atrás por mi hambre, o si echar un ojo a las palabras. Esa otra parte de la frase que dice: mirá cómo me la ponés. Y un color marcial entre tus dientes, tus piedras. Casi sangre en mi pelvis.

Ni tus huesos van a recordarte, repetían aquellos para quienes yo era el enemigo.

Ni tus huesos, decían.

Pero yo, como tenía buen oído, porque en la guerra hay que tener oído, escuchaba antes de ser sólo hueso y me convertía en volcán. Un volcán que busca a la hembra del camello. La empujo con mi mano de cráter, con materia ígnea, placas, aguas termales, nubes ardientes que al enfriarse pueden sepultar ciudades enteras.

La arena, el éxodo, el volcán, un cráter que ciñe el cinturón en los bordes de tu cuerpo borrando todo temblor, te destruyen.

Entonces se borra.

Se borra la frase que pregunta cuánto valen nuestras tierras.

Te lamo la cara. Borro la victoria de Stalin sobre el fascismo. Voy hasta Kazbeg en Georgia, en la frontera con Rusia, revuelvo los armarios donde la gente guarda sus pasaportes soviéticos. Robo, como se roba el fuego para cuando lo necesite si lo llegara a necesitar en algún aeropuerto. Porque vos me preguntás si quiero ir a Belgrado. Los Balcanes cuentan una historia vieja...que de allí, de esa población migrante llegaron los armenios. Y, aunque esa teoría no es cierta, porque a las primeras armenias les habían soplado unas piedritas en el interior de sus vientres; yo te imagino serbia.

Teníamos que cumplir con las obligaciones. Los proveedores de armas no nos vendían sólo municiones. Nos vendían a condición de que las probáramos. Por eso tirábamos a matar a quien fuera.

Los armenios tienen fama de ser buenos clientes.

Cuando era uno de los nuestros el que moría, también era cuestión de conveniencia. La muerte ahorrraba comida a nuestro estado maltrecho. Y, cuando alguno no quería cumplir con las órdenes dispuestas. Cuando alguno decidía no probar el buen funcionamiento de las armas, como se prueba en cualquier buen mercado; o no quería dejar su ración de comida al buen vecino de la ciudad: también sucedían los accidentes de tránsito.

La intriga y el miedo andaban por las calles. Es fácil acelerar, no parar ahí donde alguien cruza la calle. Decir, fue un accidente.

No eran los caminos, las calles, los que cambiaban de dirección constantemente, amenazando cruces sorpresivos. Era el mapa que se hacía y se deshacía, una geografía que hacíamos mal para confundir al enemigo. Y el enemigo eran ellos. Ellos, para nosotros. Nosotros, para los hambrientos. Nosotros, para los acreedores.

Por eso había muchos accidentes de tránsito. Era una especie de limpieza, de esterilización con un taladro, una lijadora, una sierra eléctrica. Un cambio de rumbo de las calles donde colgaban unas águilas de madera que rezaban: saludos desde el Cáucaso. Un águila que tenía las alas rusas inventadas por los bolcheviques. Un águila que volaba bajo, se aceleraba, no podía parar, chocaba contra aquel que cruzaba. Y el ala de madera bolchevique volaba junto al muerto, al accidentado. Amputada el ala, la cuchara de compota que lamía el hambriento, la carne de cordero que nadie comía; amputados los acuerdos de Bielovej y el pasado de especias y de incienso.

Cómo podemos confiar.

Te llevé hasta la provincia de Syunik para que vieras los menhires de Carahundge. Al sur, bien al sur, al límite con Irán y Najichevan eso que cuentan había sido un observatorio astronómico, una academia de hace siete mil años, un templo al sol. Ahí donde las mujeres frotaban sus cuerpos boca abajo sobre las piedras para ser bendecidas con la fertilidad.

Cómo podemos confiar. En qué piedras. Si la obsidiana. El ónix de aguamarina. El diapasón de cúspide arrojándose del volcán yaciendo boca abajo. El hierro cristalizado atrayendo metales. El idioma que raspa al fondo de la garganta, un idioma que se solaza viendo aquello que se ha forzado en ocultar. Su esperma ingerido por mujeres gozosas en las piedras.

Me confundo.

El sol tan cerca de las tierras altas sobre mi cerebro de cocodrilo. Un cerebro que sólo sabe huir, paralizarse, o atacar. No piensa bien y confunde los animales sacrificados que usábamos en los *madagh*, y los animales muertos que apuñalábamos para quebrar una resistencia, con tu boca.

Cómo puedo confiar.

Si Lenin. Si el padre de la patria rusa será enterrado. Si hasta él mismo, después de todo este tiempo de no estar vivo, pero tampoco de estar muerto; muere. Si ahora quieren convertir el mausoleo en un museo de la Plaza Roja. Si ahora comentan que el padre de la patria rusa había sido un agente alemán.

La intriga.

El miedo.

Lo que sostengo con la mano. Sólo lo que es sostenido por mi mano, será: ahora. Me contaste que subía el agua, subía. Así sentiste un gusto por ahogarte. El agua subiéndote y yo que te decía, nosotros somos nuestras montañas.

La intriga.

El miedo.

Huellas dactilares en todas partes.

Sólo si el agua sube y te ahogaras.

Sólo yo, sosteniéndome con la mano, salgo de tu cuerpo. Huellas. Pienso, será eso lo que en las mujeres se llama la tierra del alma. Huellas de aguas mayores, restos de las nalgas de la reina del Cáucaso junto con la mezquita persa, la fe de la época pagana, el árbol de dos mil años.

Cuando volvemos de Syunik nos detenemos en un campo de moras. Una mujer vieja sacude el árbol y las junta en una especie de sábana. Luego llega el hombre de la aldea, rodea el lienzo y se lleva las moras para preparar vodka.

Cómo puedo confiar.

Si cuando leo “no matarás”, pienso: no me matarás. Pienso en la ceniza de nuestros prisioneros. Dicen que las cenizas de huesos son fuertes absorbentes de impurezas para la dilución de mercurio con ácido nítrico. Separar el oro. El mercurio empieza a palpar experimentando unas sacudidas.

Interruptores.

Barómetro.

Medidores de vacío.

Necesitábamos de elementos para medir. Eso que sostengo con la mano. Ahora. El vacío. Todo mi cuerpo una solución de mercurio midiendo, ya no el chorro de orín en tu boca, sino este espacio donde no estoy, sostenido por nada.

En el vacío.

¿Esto es lo eterno?

No es poseer.

Es traspasar tu cuerpo. Disolverme.

Y cuando veía que no. Que había algo todavía resistente. Algo que no permitía que me disolviera del todo en tus ojos tus manos. Comencé a pegarte. Y te hubiera pegado más y más. A tu cuerpo que abría su carne. Tu cuerpo que no se deshacía para parirme, para nacerme adentro. Con la fuerza del hierro, del mazazo: fui a un lugar inimaginado. No los látigos, sino la destrucción. Te escribiré una postal desde allí, te dije mientras miraba el azúcar derritiéndose en caramelo líquido. Miraba la olla, el azúcar y el agua en el fondo grueso de tus ojos donde se reparte el calor. Muevo el fondo para que se distribuya el fuego, compruebo el color retirando con la punta el caramelo que se diluye. Sigo moviéndome.

Acabo.

Escribo recuerdos de donde estuve con el semen que cae.

En secreto, te escribo con una tinta que desaparecerá cuando se seque. Lo aprendí de las prácticas de la *perliustratsia* de cuando leían correspondencia con fines de vigilancia o de censura.

Los hombres escribimos con una tinta que se seca y las mujeres grandes se van ilegales a Turquía, hacen limpieza en casas de familia.

Así funciona la vocación en no dejar rastros. Una educación que nos viene de lejos. Ya en 1942, en el sitio de Leningrado, hervían el papel de las paredes, los cinturones de cuero, los libros. No era sólo el hambre. Era no

dejar huellas de la vida anterior, devorarla. Después encendíamos el incensario, el braserillo colgado de unas cadenas al interior de los cuartos. Un humo aromático.

Quemábamos perfumes.

Una nación donde confundimos el nosotros. Si recorres unos kilómetros verás que la confusión nos viene de lejos. Garni, el templo pagano de los romanos todavía está allí. De pie. Testimonia que ellos fueron nosotros. Eso de ellos. Tan templo. Tanta piedra. Tan del imperio de los césares ahora nuestro.

Ellos y nosotros en el registro de los monumentos. O en el polvo de las implosiones.

Las naciones que surgieron luego de los noventa llenaron el vacío. En la implosión volaba bromuro por el aire. La unión se disolvía en bromuro para alelarnos, para anular algún resquicio de identidad. El bromuro como caramelo líquido nos traspasaba, dejaba espíritus temerosos; hijos del miedo.

Y mientras los edificios y los monumentos caen, la isla de la montaña de imán atrae a los barcos como en tiempos de Noé. Campos magnéticos, metales atrayendo el hierro. Así se disponía el ejército de ellos en nuestras montañas. Imantados. Yo sabía que el magnetismo pierde su propiedad de atraer cuando se calienta a cierta temperatura. Por eso movía la olla, el caramelo líquido. Por eso introducía la punta del cuchillo. Para ver cómo un color caía en gotas. Era como con las ventosas. Pero al revés. Ya no los vasos de vidrio con un fuego en mi espalda. Un fueguito encerrado entre mi piel y el aire, sino un braserillo, el vaso abierto y allí: cenizas.

El pintor Minas Avetisyan recordaba el calor de Leningrado como un sueño. Entonces representaba su casa y las piedras y el barrio y las montañas como eran: calientes.

Lenin no es Apolo para que yo lo pinte. No lo pintaré. Y no lo pinto.

Eso fue una de las últimas cosas que dijo Minas.

Era domingo. Un coche se desvía hacia la acera. Entre el vehículo y los edificios, el pintor Minas. Una muerte accidental. Dijeron que quien

manejaba el auto sufría de epilepsia. Como cuatro años antes las excusas con Paruyr Sevag.

El bromuro tenía ruedas.

El duelo de Minas, el que pintaba de colores intensos la tierra, de colores que le nacían en las miniaturas que heredaba del Madenatarán, fue en el partenón.

Como la epilepsia del chofer no alcanzó a matar a su familia, el bromuro tomó otras funciones y un amigo murió ahorcado y otro con gas, justo el día de su boda.

Así educan a los mártires.

Luego, cuando mi amigo Ashot, que había nacido en Bakú cuando era soviética, cuando en los ochentas tiene que dejar de hablar en armenio por las persecuciones, obligado a huir, se cose un distintivo que dice: nos odian profundamente.

La isla de la montaña imantada.

Las piedras.

Los templos.

Un territorio es un espacio que permite la consolidación de un nosotros; de un ellos. Permite decir: esto es adentro, esto: afuera. Cuando me pregunto ¿quién soy? la tierra en la boca pronuncia mi nombre.

Caminabas por una calle del centro de Ereván. En los alrededores de la Plaza de la República se disponen una fila de librerías. Entrás a una. En los anaqueles libros en ruso, en armenio. Al costado, mapas escolares. Un mapa sin corredores. Un mapa de una Armenia que va de Syunik a Kashatag. Comprás el mapa y, asombrada, me preguntás dónde queda esa Armenia que sólo existe dibujada.

Un mapa del deseo, te contesté.

Vos prometiste encuadrar ese mapa con un marco de espejos. Así cada vez que miro el territorio, me anunciabas, me miro reflejada en una posesión imantada.

Yo te besé con mi lengua. Digo besos a aquello porque no hay otra forma de nombrarlo. Te besé para no morderte. Te besé con un beso de dientes que se desafilaban hincándose en mi propia lengua.

Poseer.

¿Cómo acumular cuerpos en una pila?

Nos atábamos una cinta alrededor de la cabeza con la frase bordada de Vartán Mamikonian. La batalla de Avarayr, el *chakatamart* del 451. La lucha contra la imposición del zoroastrismo. Y el *nakharar* Vartán enfrentando a los persas.

El alfabeto ya se había creado. Ya éramos cristianos, pero el imperio quería asignarnos su religión. Un príncipe, un soldado, un general de la familia de los mamikonians que provenían de la dinastía Han de China, o de otras tierras del imperio chino, o del más próximo Afganistán. Lo cierto es que ese puñado de hombres bajo las órdenes de ese general enfrentándose a las fuerzas persas iba a perder. Lo cierto es que fueron derrotados.

Pero no.

No del todo.

Lo cierto es que iban a ser arrasados por el fuego persa. Lo cierto es que si se enfrentaban, iban a morir. Entonces el general, el *nakharar*, el príncipe, profirió su famosa frase. Entonces el general, el *nakharar*, el príncipe, anunció la frase que nos bordamos en nuestras cintas de lucha en Karabagh.

“La muerte inconsciente es muerte. La muerte consciente: inmortalidad”.

Y fueron a la lucha y murieron y fueron vencidos. Pero nosotros celebramos. Cada febrero, la celebración de Vartanants. Porque fueron vencidos, y permanecieron cristianos.

Te acompañé hasta el Centro Cafesjian, la edificación y ese museo al aire libre con estatuas en sus jardines colgantes. Entramos para ver el mural. La enormidad de nuestra historia pintada durante quince años, y en el centro: la guerrilla de San Vartán. El cuadro no pinta la figura del traidor. Vasak Syuni, quien pedía la dimisión de la creencia por la supervivencia de los hombres. Vasak había colaborado en la confección del alfabeto. Vasak, el costurero. Vasak, el que no escribió ninguna frase, fue nombrado: traidor.

¿Cómo acumular cuerpos en una pila?

Vasak se preguntaba, ¿cómo acumularemos cuerpos en una pila?

Y Vartán; la muerte inconsciente es muerte, la muerte consciente, inmortalidad.

Los inmortales no tienen cuerpo, Vasak.

Las cosas más importantes flotan. El agua arrastra todo lo que intenta posarse en ella. Por eso con nosotros las cosas duran. Porque no tenemos agua.

Ponía mi mano sobre tu cabeza, hacía fuerza hacia abajo, como queriendo ahogarte en un agua que todo lo arrastra. Con la otra mano tiraba de los pelos para atrás haciendo fuerza, resistiendo las olas que querían llevarte. Luego el agua se evaporaba y éramos sólo montañas que acababan con sus riachos. Y yo ahí, tieso todavía. Vos lamiéndomela y queriendo gritar, pero no. Vos sin poder gritar porque yo todavía entero en tu boca. Levantabas la mirada. Tus ojos sostenían un arrasamiento de siglos. Yo bajé para besarte con un puñal. Te pasé la lengua por tus ojos para no arrancártelos.

Una extranjera. Como en el mito cristiano, pero al revés. Cogía con una desconocida y no tenía la fantasía de que un aire la embarazara. No pensaba en que otro en forma de espíritu la poseyera y le hiciera un hijo, porque no nacería de nosotros ninguna historia de amor.

¿Cómo se dice en tu idioma, qué hija de puta, cómo te gusta coger?

Quitar con los dientes a un hueso la carne que tiene pegada. Gastarla superficialmente poco a poco. El asalto sobre tu cuerpo, el sueño metálico en el interior de las piernas, en Artsaj.

No somos como los combatientes que usaban jabalinas cuando la trayectoria del proyectil hacía tope en un escudo. Llevamos la urgencia del comando, de las balas. Vos, desconocida; yo, una montaña, fabricando velocidad. Observábamos el mural en el museo. Y, como si hubiese sucedido una intoxicación con pintura. Barnices fuertes, plomo, cadmio, arsénico. Buscábamos las prótesis, el cuerpo injertado. Buscábamos los niños lanzados por delante de la tropa de Vartán para engañar al adversario. Yo, los niños. Vos, la mujer que no embaraza ningún extranjero. Nos mareamos capturados por la imagen de objetos que giran. El traidor

costurero ayudando a confeccionar el alfabeto y el guerrero bordando nuestras cintas en las cabezas de Karabagh.

Y mientras los objetos giran, veo manos llevando en alzas un féretro, una procesión en blanco y negro, una ciudad perseguida alimentándose de las piedras. Un primer plano, primerísimo a la máquina. Al rostro engrasado del constructor. Cantamos, y son las montañas las que abren su garganta. Es 1969 y Artavadz Pelechian filma “Nosotros”. Una multitud llega a Tzitzernagaberd con una música de trote de caballo. La Fortaleza de las golondrinas pequeñas. Yo era un niño en 1969, y caminaba en la procesión junto a mi madre. Mi madre marchaba orgullosa, me decía, hijo la *Soyuz* nos sacó ese quiste, la llaga de la víctima.

Por eso me ató la cinta bordada en la cabeza, para demostrarle a mi madre que yo no hice colapsar a la *Soyuz*. Que mi amiga y yo, no la hicimos colapsar. Que nosotros no teníamos la culpa, que cuando esa mujer, la desconocida, la extranjera; ésa con quien cojo, a quien ningún espíritu embaraza, vos, dice Armenia, piensa, Turquía.

Yo soy el heredero del movimiento de los cuerpos no vistos. El que lleva la frontera al territorio del otro. De Illich a Illich sin golpes. Porque, de Lenin a Brezhnev está nustró Anastás Ivanovich.

Mientras caminábamos con mi madre, en la película de Pelechian, en la Fortaleza de las golondrinas, decíamos: el Presidente del Presidium del Soviet Supremo es nuestro Anastás. El que ejecutó a veintiséis mil oficiales polacos: nuestro Anastás. El que viajó y saludó a Jacqueline.

Mamá, yo no hice colapsar a tu *Soyuz*. Tu tierra de veintidós millones cuatrocientos mil kilómetros cuadrados.

Una escala de grandes cifras. De continentes. De océanos. El regazo de la madre Rusia. Y los pueblos mezclados y entreverados. No se pudo mover a nadie sin tener que mover a otros. Por eso la libertad de actuar era libertad de matar.

Es

Tras el ruso, la segunda lengua del imperio era el turco. Los azeríes se llaman azerbaijanos. Antes, en sus documentos decía: turcos. Un pequeño restaurante en Bakú, un saloncito privado, un pincho, arroz, tomates y limonada. El auténtico oriente que huele a anís y a cardamomo, a grasa de carnero y a pimientos.

Destruían las iglesias. Ponían en su lugar nuevos objetos de adoración; la sede del partido, el palacio de los soviets y los comités. Estábamos vivos. Para probarnos a nosotros mismos que estábamos vivos, empezamos a escuchar todo más alto. Nos poníamos alertas y nos hacíamos pequeños. Obedecíamos la disciplina del ruido y de la ley. Para ser conscientes de nuestro propio salvajismo, pateábamos y matábamos perros.

Yo era una máquina, y ellos sabían apretarme. Ellos se habían educado en Europa, sus hijos relataban cuentos de estas tierras pero contados en lengua francesa. El marqués de Carabás era el invento soberano de Charles Perrault. “El gato con botas” se traducía al ruso y Carabás era Karabagh; porque Carabás era la traducción de las montañas de las delicias donde sultanes mongoles y otros príncipes pasaban el verano. La hija del rey, en el cuento de Perrault, se enamora del marqués. Un cuento de un gato que inventa un cuento para no mostrar la realidad.

La realidad es que el dolor es invisible.

No te hablo de la tristeza o del duelo del alma. Te hablo del cuerpo. De cómo me dolían las piernas luego de que me alcanzara el proyectil. Y no es sólo que aquí saben apretar el gatillo. Es que eso que es el dolor no se puede ver, más que la ausencia de un pedazo de piel, de músculo, de hueso, de pierna.

Aquí había una costumbre de hacer visible a los dioses, los nuevos objetos de adoración, la sede del partido, el palacio de los soviets. Por eso se había asesinado al poeta Charents, para hacerlo visible. Para que los dioses de los comités mostraran su composición fue mejor morir que volver amputado. Si volvía amputado, la gente iba a comenzar a tener

Miedo

Miedo

Miedo.

Así como constuir ruinas.

Como sucedió con Gyumrí luego del terremoto y la voluntad rusa de hacer las cosas y hacerlas bien, su voluntad de hacer visible toneladas y toneladas de hormigón traducidos en edificios. Una ciudad a mil quinientos metros de altura, ciudad sede de la industria textil.

Pasás del orgullo a la desesperación.

Un sultán y un shah. Un shah y un sultán en la partición entre Persia y el Imperio Otomano que se suspendía con la cámara de exhibición rusa. Se volvía a suspender cuando las máquinas visibles que éramos aprendimos a tirar del gatillo, y las dimensiones de continentes, de océanos, de meridianos y paralelos se angostaron a la isla de Armenia. Entonces Gyumrí, la del terremoto, la de los mil quinientos metros de altura, la de las reconstrucciones, suspendía la construcción de sus edificios de la visibilidad soviética. Hormigones por el piso. Ventanas que daban hacia un interior vacío. Casas amobladas de escombros. Gyumrí construye ruinas, muestra sus amputaciones. Entonces vos tenés miedo miedo.

Pasás del orgullo a la desesperación.

No te deajo nada en pie por dentro. Comenzás a beber de mi sexo tu propia sangre. Sangre con gusto a menta de tu boca de niña mascando goma de colores. Y yo, con restos de chicle en los pelos de la pija.

Ver las estrellas. No en el cielo. Abajo. Adentro. Por el dolor.

Tantos cuerpos en Gyumrí por el terremoto que faltaban cámaras frigoríficas, féretros, sepultureros. Yo sentí olor a orina, a excrementos. Pensé que venían de los perros. Vos sabés de ese olor. Lo sabés por llevar un perro muerto dentro de vos. O ni siquiera un perro. Algo con pelos. Una especie de cavidad con sangre que muere.

“Maté a Kurkén Markarian porque me saludó riendo”.

Eso hubiera dicho un soldado de mí. Pero no soy Kurkén Markarian y no me reí porque nuestras madres no permiten que sus varones se conviertan en mujeres. La risa es una metáfora de la cara y acá en lugar de mudar un gesto por otro, acá, pesa la sangre y la tierra.

No digamos que tuvimos una Armenia de mar a mar.

Hablemos sólo de esto. De este pedazo de tierra más pequeño que una provincia del país en el que naciste. Somos los verdaderos dueños de este pedazo de tierra.

De pronto, escuché una sirena y pensé: vienen a buscarme. Pensé, soy Kurkén Markarian, y me reí. Antes, me alarmaba, pensaba, vienen a buscarme. Esta vez no. No soy Kurkén. No me llevarán.

Estoy fuera de las urgencias.

Desde adentro de una estrella observo la dilatación y la contracción del volumen del mar Caspio. Las ruinas de la ciudad de Nínive. Un dibujo a pluma de pastores kurdos y minaretes en medio de un paisaje majestuoso. Siento el olor a ruda y a canela que trae el diluvio. Escasas aldeas en las laderas. Tiendas blancas para pastores, y marrones para las ovejas. En un temblor del Ararat asisto al tiempo en que se apartaron las aguas. Busco la reliquia, el pedazo de madera de la barca de Noé, porque aquí se manifestó la voluntad de dios, su obstinado deseo de preservar la especie humana.

Éste es el lugar de reposo para los sobrevivientes.

Y las aguas se retiran.

Sólo se ve el hervir de un vapor por las grietas, porque el *Aa ri da*, esa montaña que los turcos llaman “montaña del dolor”, el Ararat, es un volcán.

¿Del dolor de quién?

Pregunté por la reliquia, el pedazo de madera en el púlpito de la catedral de Echmeadzín y me informaron que la habían cedido al museo ruso del Hermitage. Entonces, el Ararat dejaba de ser el reservorio del fósil, esa huella de la planta o del animal en la piedra. Con la reliquia en el Hermitage, el volcán terminaba siendo un vigía de un tratado.

Así como Atatürk acabó con la sombra de dios en la tierra, el sultán. Lenin, eliminó al zar, el vicario de dios. Por eso en el subterráneo de Ereván hay cosmonautas y proletarios esculpidos en granito en lugar de imágenes de santos. La montaña sagrada del Ararat, ese volcán que sabe emitir azufre, donde no nace ningún arroyo, una fortaleza del tratado de la organización del Atlántico Norte.

¿El dolor de quién?

Ya mi padre, afiliado a las brigadas juveniles de la Komsomol contaba acerca de los buscadores del arca.

Porque en estas tierras, todo se hace hacia abajo.

Mujeres arrodilladas extienden una masa que pegan a una pared de piedra, la extraen una vez dorada y crujiente. Trozos de pan que luego hunden en un yogur fermentado hace días. Pan cocido en el interior de la piedra, bajo tierra. Así como las zonas vecinas, esa zona que el gobierno había asfaltado dejando debajo a sus víctimas.

Nuestras madres no permiten que sus varones se conviertan en mujeres. El ingrediente de masculinidad, recorro con los dedos el arma para suscitar su humor. Y en lugar de sirenas escucho las palabras de Macbeth: sé osado, sanguinario, decidido. Sé rápido. Olor a orina y a excrementos. Gyumrí y sus cuerpos sin sepultureros y un asfalto parecido a la ruda y a la canela para que el día se alargue, se vuelva aromático.

No soy Kurkén Markarian porque no me reí. No me reí porque la pasividad en medio de la amenaza, angustia. Por eso todo el relato de mi madre me incita a cometer actos. Ella no quiere que me angustie, aún así como estoy, viendo las estrellas.

El cielo como colgadura ausculto, olfatea, consume. En la entre-abertura de mi herida los ángeles se columpian. Una tabiquería en el interior de los artificios de la luz. Vos tragás y derramás hasta la última gota de luz. Ojo contra ojo. Nariz contra nariz. Sexo contra sexo. El carácter frontal de la fascinación.

La manera que tiene la vista de devorar es el salto. Poder ver y poder saltar. Un estado de alertas. Agito la mano para sacrificar, para extirpar. Hurgo en tus entrañas. Desequilibrar la evidencia es sacar a la gravedad esta abrasión, su posología. Diluviar y no dejar reliquia alguna en museo alguno. Rebasar la combustión y que sólo sea el olor de un perro muerto dentro de vos. Una cavidad con sangre bajo el asfalto de tu entrepierna. Desgajado del todo. Sin el hijo como novedad de cada instante y ese aún no último de la serie. Denso, con el color arena de las piedras bordadas de la iglesia Asdvadsadsin del monasterio de Noravank. Con escaleras empinadas externas para entrar al altar superior. La multiplicación de unos pocos panes y peces en el altar que es la propia piedra. Sacudís al ahogado y el ahogado no responde. El diluvio y el pedazo de madera sobre tu vientre.

Vos hablás en otro idioma. En un armenio que no entiendo del todo. Mi trabajo de traductor, de lector de manuscritos antiguos se extiende del tránsito de tu manera de hablar hasta el decir de los ciudadanos de mi país.

Acomodaba el saco en una silla mientras trasladaba tus palabras del armenio occidental a eso que se llama armenio oriental y es el idioma oficial. Nuestro. Del país. Acomodaba el saco en una silla, bien prolijo, porque ahí llevaba el arma. Alisaba con la mano la espalda del saco a la silla. Vos me mirabas con unos ojos que preguntaban ¿y vos qué fuiste? ¿verdugo o víctima?

Alguien, primero, pegaba a otros. Un oficial interrogador. Luego lo metían en la cárcel y le pegaban a él. Cumplía la condena. Cuando salía, se vengaba.

¿Y vos qué fuiste? ¿Verdugo o víctima?

En los lager de Siberia los hielos eternos conservan los cuerpos.

Yo, a veces, me hacía llamar Gurén. Yo, de ojos negros concentrados, con un pasaporte soviético de gente muerta cruzaba la frontera de Karabagh.

Apenas trece kilómetros de anchura.

Karabagh, una isla cristiana de trece kilómetros en el corazón de la República islámica de Azerbaiján. Y yo verdugo. Yo víctima.

Con las huellas de Vartán, el valiente, y su frase asolada por los persas. Yo con esa frase. Nosotros, los del país, los que hablamos la lengua oficial, nosotros víctimas. Nosotros, una cultura de defensa, de fortificación. Nosotros somos parte de Europa cristiana. No somos parte, no; somos su fin. Aquí Europa se difumina, se diluye, se pierde. Cómo responderte ¿y vos qué fuiste? Si acá las personas no existen. Aquí, la causa. Azul profundo transparente, como de cobalto, el ambiente de montaña.

La gran hambruna de Ucrania fue un crimen cuya culpa recayó en las víctimas. Se dijo que no querían trabajar en los koljoses; entonces sobrevino la dictadura del hambre. Casi igual que ahora. El programa: hacer tener mucha hambre, luego disponer la ayuda humanitaria rusa, y todos arrodillados ante ellos. El dinero, no sólo dispuesto a la comida, sino también a la urbanización, porque construir edificios es construir amnesia.

¿Y vos qué fuiste?

Nadezhda Alliluyeva, el quince aniversario de Octubre en el Kremlin en la sala junto a Stalin. Él, que fumaba pipa, ese día fuma cigarros. Le lanza un cigarro encendido a Nadezhda y va a parar en el escote del vestido.

Decimoquinto aniversario de Octubre en el Kremlin. Él se va a la dacha. Ella aún con las marcas del cigarro, muere al lado de su cama con una pequeña pistola en la mano.

¿Verdugo o víctima?

Una isla cristiana de apenas trece kilómetros. De pronto las dos repúblicas cierran sus fronteras, se declaran la guerra. Y Moscú no tiene nada que hacer. Por la desintoxicación del miedo y por el viaje colectivo a la información, el presidente dimite de su cargo. Arrían en el Kremlin la bandera roja. La Unión deja de existir. No desaparece del todo.

Queda el ejército. Queda la policía militar.

¿Verdugo o víctima?

Se desarrolla el mercado de armas. De las ciudades desmanteladas se percibe un cierto humo. Nos inciensan.

Cómo te contesto, verdugo o víctima, si el secreto y la mentira están en las raíces del idioma. Lenin nos había enseñado que decir la verdad es un prejuicio. Quizás por eso ahora las guerras son peleadas por niños. Un juego donde lo primero es cortar cabezas sin responder quiénes ni qué.

¿Quién ataca a los armenios?

Partir de cero.

Nada de nada del recuerdo.

No esperaba sacarte el vestido. Te mordía los pezones aún con el vestido puesto. Cuando comenzabas a bajarte el cierre, te detuve.

Shshsh.

Una suspensión nos arrastra a bloques de reinos, de épocas. Ni animal, ni planta, como una muerte que ve. Ojos que reconocen ojos. Un tiempo no pulsado. Una música que no tiene punto de origen. Te pido que me digas dónde querés que acabe. Me señalás tus pechos. Velocidades, lentitudes, empujando una proliferación; algo que se extingue. Hombre o mujer, acunándome. Tu boca. Tus ingles. Me deshago destruyendo imágenes sin prudencia. Por allí no se filtra ninguna ficción. Ni mentira ni verdad. Y

como no hay ninguna estampita donde sostenerme. Nada. Una necesidad de destruir.

Partir de cero.

Anular fin y comienzo. Y en el medio, ahí en vos, vos que ni mujer ni hombre. Vos, sin imágenes donde adquiero velocidad y, a la vez, como si estuviese cosido, pero no. Inmovilizado pero en pleno movimiento. Detenido el ejercicio de todo el organismo.

Todo se ha suprimido. El cuerpo ya no quiere ser llenado. Es una circulación. Un intercambio de fuerzas sin nombre. Ni mentira ni verdad ni verdugo ni víctima ni hombre ni mujer; grito, elijo ponerme Pegor como sobrenombre de guerra. Yo, sastre, albañil, cerrajero, fabrico granadas caseras. Me hiero varias veces experimentando con los explosivos en casa. Elijo llamarme Esqirla. Yo, Pegor. Esqirla. Desprendido de un hueso, de una piedra, un cristal. Una antimemoria.

El tapado militar. Las botas.

La inmortalidad se logra cuando desaparece el cuerpo de la tumba. Eso nos dicen los santos. Que fue María y que él no estaba, que entonces allí, en el vacío, ella supo.

Yo no seré inmortal porque estoy aquí.

Aquí.

Aquí.

Yo no seré inmortal porque ante la voluntad de Armenia de vaciar, yo no pestaneo. Por la enfermedad fronteriza de nuestro pueblo. Los enfermos guardianes del cristianismo, los enfermos centinelas. Por el martirio que nos diagnosticaron desde el principio, desde Vartanants, sin la carne de gallina de quines tienen el instinto de correr, de huir, de esconderse. Aquí, mi cuerpo.

No seré inmortal.

No te digo *kuyrig* porque no sos una de las nuestras. A orillas de tu cama tenés un mapa de un rayo que cae, de esa forma más radical de la dimisión que estrangula de un solo golpe cualquier continuación con el mundo

corredizo. Un mapa, un territorio, un ritmo de colores, gestos. Una frontera que no es protectora sino que escribe mi vergüenza de esconderme.

Un límite.

Un superlativo.

Una cumbre.

Yo no seré inmortal. Llegás buscando un nunca- jamás- nada más. Y en su lugar, una larga hibernación o un pequeño desvanecimiento. Un adormecerse este lugar de encanto. Esta puesta en escena, estas palabras que te dicen: quedate con mi cuerpo.

Un mapa a la orilla de tu cama. El mapa, un pie de bailarina con su empeine apenas levantado. Un pie con sus medias negras caídas. En el talón un pequeño tatuaje de eso que parece una estrella y una media luna. Un pie casi descansando, a los lados del empeine: Najichevan. La forma desnuda de un pie expropiado de sus piernas. ¿Acaso el mapa se llama República Oriental de Armenia?

No sos mi hermana porque mirás el mapa donde lo mío es sobre todo mi distancia. Un territorio crea un adentro y un afuera. Un adentro. Un afuera. Y un pasaje de uno a otro lado. ¿Acaso hay afueras para tu Armenia de al lado que no tiene después? ¿Y que no tiene nombre más que este ruido que hacen las fichas al caer sobre un juego de *tabli*?

A mi padre le denegaban el permiso de salida para ver a sus amigos de Estocolmo. Vos tenés un mapa en forma de pie con el nombre de Armenia al que se le cayeron las medias cuando desapareció el muro monstruoso que construyó Jruschov.

Queríamos acabar con la fragmentación de los pequeños estados. Por eso se adiestraban a las mujeres a engrasar los fusiles. Mujeres fornidas de músculos endurecidos por la labor en los campos, cuya fuerza estaba encendida por una furia de cuchillos de hojas anchas.

Después; poseemos sólo distancias.

Después; te dolía hasta el agua.

Entre vos y vos. Yo sobre vos mirándote a tus ojos llenos de lágrimas. Un animal llorando. Te ponés de espalda. Yo con el pantalón medio

desabrochado busco tu entrepierna con una mano. Con la otra, hago presión en tu cuello. Me pongo desnudo al borde de la cama. El sexo al borde. Vos como rezando subís tus manos al costado de mi cuerpo. Una mano a cada lado. Yo me deshago. Y ahí, en ese momento, tus brazos avanzan como escalando una pared, o como si se terminaran de desgarrar de un muro, listos para caer antes de que lleguen al suelo. Yo, casi grito mi amor; aunque no lo seas, y caigas, y ahora se vean sólo tus pies de bailarina clásica con tus medias de ligas negras caídas a la altura de tus tobillos tatuados con una media luna y una estrella. Más oriental que la República Oriental de Armenia.

Te vestís para irte. Para irte y luego volver. Para volver y comprobar que mi cuerpo sigue allí. Tenés puesto un saco largo tejido de colores con unos puntos abiertos por los que se ven tus piernas. Una cartera de colores negra y fucsia con unos hilos plateados. Decís que estamos para hacer una *road movie* de gitanos. En la película paramos en un pueblo. Un bar, una banda con dos acordeones, un violín, un canón y vos bailando, bailando. Todos toman un vino rojo mezclado con un poco de ron y unas frutas de hueso. Nuestro auto de la *road movie* gitana es llevado como un carro por un caballo. La película sin ningún corten, no termina del todo.

Te miro y te extraigo el aceite, el óleo usado en los sacramentos y ceremonias del olivo, del fresno, del jazmín. Yo podando las ramas bajas para que formen copa, te beso con mi lengua haciendo saliva para que tus aguas de la boca besen la pija con mi saliva en mí. Vos con ese olor a resina de las orillas del mar Báltico, ese aroma del interior de las ballenas que a veces se encuentra flotando en el mar y es el ámbar con el que se hacen boquillas, collares.

Hice cosas.

Pensaba que todo el mundo sabía.

Algunos se quitaron los uniformes. Los colgaron en sus armarios. Y aún así, no serán inmortales.

Porque no hay regreso a casa posible.

No se vuelve del campo de batalla.

La palabra totalitarismo no existía todavía. Aram Khatchaturian presentaba su ballet Espartacus. Todos lo aplaudían. Una ovación. Alguien pide saludarlo en los camarines. Alguien posa junto a él para una rara fotografía:

Aram Khatchaturian y Ernesto Guevara saludándose en el teatro de Moscú por su obra Espartacus.

El esclavo asumiendo un reino.

El reino de los trabajadores no tiene fin. Mientras el zar Alejandro II es despedazado, se levantan pesadas banderas rojas. Se recogen las armas del antiguo régimen.

Espartaco sabe que las armas de los regímenes anteriores tienen doble filo.

Un cautiverio por otro.

Las pesadas banderas rojas pronto tuvieron una función militar. El aparato que liberaba a Espartaco partía en raciones el pan negro o el vaso de avena, pesaba los arenques, daba un poco de azúcar para el héroe. El comunismo de guerra no olvidaba la frase de San Pablo, quien no trabaja, no come. Espartaco, el esclavo asumiendo un reino intercambiaba objetos en el mercado clandestino. Así, las piezas de las máquinas de coser de su abuela se transformaban en cortaplumas, el cuero de los divanes de la casa de su vecino era el material que se usaba para fabricar calzado.

El reino de los trabajadores no tiene fin.

Los restos de los muebles, o aún los libros, se quemaban y se usaban para calentarse. Espartaco, con un grueso bigote cosaco, vestido de camisa, camina descalzo por la ciudad. Y, mientras la multitud dudaba del Komintern, él, el esclavo, esperaba que algún ladrón entrase a las librerías confiscadas.

En las bodegas de las librerías tomadas, los libros se pudrían. Era una suerte si algún ladrón forzaba la puerta, entraba, se llevaba algunos libros salvando así unas cuantas obras. Espartaco no podía deshacerse del sabor del cautiverio; probaba la circulación clandestina de objetos, de libros.

Podemos hacer una excepción con un poeta fusilando a otros.

Todas las quince repúblicas de la Unión cantaban los versos de Vladimir Vissotsky, sus *blatny pesny*, sus canciones- delito del poeta disidente sólo aceptado como actor o como escritor, como protagonista de folletín amoroso, de una historia de amor con la actriz francesa Marina Vlady.

Marina abandona París, intercambia las callejuelas y sus bares por un reino.

Marina sabe que el reino de los trabajadores no tiene fin, sabe que han hecho una excepción con su amante, que han dejado libre a Vladimir, fusilando a otro poeta; la regla del intercambio clandestino. Aunque Marina sabe que alguien cae, como cayó Gumilev al borde de un bosque con un sombrero sobre sus ojos. Se cuida de tocar el doble filo de las armas y, mientras las quince repúblicas cantan sus canciones, ella hurta los textos en las librerías confiscadas.

El reino de los trabajadores no tiene fin.

Recitábamos los poemas de Vladimir y esperábamos que una Marina Vlady llegara con su cabellera magnética. Una Marina que supiera que del reino de Espartaco, la evasión es imposible. Una Marina que al abandonar, resistiera.

Renuncia a ti mismo, toma tu cruz y sígueme, decían los cruzados. Los soldados de Cristo contestaban, Dios lo quiere, *Deus le volt*.

Yo, un armenio de Cilicia en sus trescientos años de monarquía a orillas del Mediterráneo, ayudando al control de cristianos durante dos siglos en campañas militares. Yo, Levón el Magnífico, intercambiando animales, una buena cantidad de provisiones al ejército por la amistad de los cruzados. Y vos renunciando, diciendo, dios lo quiere dios lo quiere.

Vos, no Marina Vlady.

Yo, David de Sasún, volviendo con la espada iluminada. Yo Espartaco negociando ante las tropas británicas. Yo Antranik en plena guerra mundial abandonado nuestras tierras. Yo, convencido, yo, Espartaco, engañado.

¿Fui engañado?

Espartaco, Levón el Magnífico, Antranik, una propiedad en las tierras sin propiedad, entregados al hierro, al doble filo, nos sacábamos la capa corta de cuero usada por los peregrinos. Reducidos a la congregación devota de los soldados de cristo.

Dicen que el cuerpo de la patria es una mujer.

Yo que soy hombre que soy Espartaco, Levón el Magnífico, Antranik. Yo, Vladimir, afirmo que el cuerpo de la patria es un hombre. Un hombre

inmenso entrando en todos los canales. Un hombre que siembra su reino de mar a mar.

El reino de los espartacos no tiene fin.

Un hombre, sus capas refractarias de tierra, achicándose. Un hombre saliendo de cada pedazo de tierra, en retracción. Abandonando la carne fértil, haciéndose pequeño. Ese movimiento de la pija yéndose, saliendo. Un hombre perdiendo rigidez, sin ninguna violencia. La dimisión de los músculos y una cierta firmeza que persiste por algún tiempo. Y en ese instante, antes del irme del todo, decirte esa palabra. Decir: siempre

Siempre

Siempre

Decirte, en todo el tiempo. Decirte a vos, Marina la pasadora, la flecha muy aguda que se dispara con ballesta, el imperdible que se clava en el pecho de los uniformes y al cual se sujetan una o más condecoraciones. Decirte: siempre, como la frase de los marines *semper fidelis*. Porque todo empezó y terminó en el Mar Negro. Porque fue mayo de 1920 y el imperio de los zares que subyacía a la Unión se redujo a Rusia. Una Rusia con sus pequeñas ventanas abiertas al Báltico y al Mar Negro.

Siempre siempre siempre. Tu lengua y mi pene de esclavo de Levón, de Antranik.

La violencia de los pogromos requiere relativamente poca movilización. Armas domésticas o herramientas, útiles industriales. Cuchillos, hachas, barras de acero. Extender y avanzar para luego retroceder ¿Sentís cómo mi miembro abandona tu vientre, retrayéndose, Patria?

Kavkaz.

Es el Cáucaso, donde el retroceso de Antranik hizo disolver la República Montañosa de Armenia.

La memoria no sirve para nada. Hacer memoria no sirve de nada. Veo a los que buscan recordar y sus políticas de muerte. Veo a los judíos construyendo un territorio de memoria. Cada listón, cada ladrillo puesto en el recuerdo, en homenaje de todos aquellos muertos tantas veces muertos. Todos aquellos que no devienen cadáveres. Los veo con una apetencia que

consume los cuerpos, los veo con el fuego que chamusca la carne y la hace patria.

Nosotros no somos diferentes.

Fuimos a la guerra porque teníamos miedo.

Miedo de extinguirnos.

Karabagh fue una prueba para la *perestroika*. De la prueba, en *Kavkaz* alguien pierde la lengua. Nosotros recordábamos el retroceso de Antranik. Y no hacía falta que hubiéramos hecho memoria, lo sentíamos en nuestros miembros empequeñecidos.

Ocupábamos las casas de nuestras víctimas y no dijimos: nosotros también somos malos.

Porque todos queríamos saber quién dominaba. Los azeríes se juntaban en la puerta de sus casas, murmuraban: los turcos tuvieron razón, querían matarlos a todos.

Y nosotros, porque teníamos miedo, porque recordábamos el retroceso de Antranik y la flacidez de nuestro sexo. Nosotros nos repetíamos: esto es lo que somos esto es lo que somos esto es lo que somos.

Víctimas de los turcos.

Esto es lo que somos.

Tenés puesto una pollera larga de florcitas. Al ruedo, una tela rayada verde y amarilla con un galón color damasco. Una pollera de Rumania. Dulce tu lengua al borde de la pelvis. Buscás mis dedos. Te ponés uno y otro en la boca. No hablás.

Tirabas tus brazos hacia atrás, tu mano preguntaba si podía tocar ahí, ahí donde comienza el sexo. Para ver y no recordar. Para ver la firmeza de la carne.

Entre los guerreros nos decíamos, es necesario endurecerse sin perder la ternura.

Y vos una Pentesilea, una nómada de las estepas Pónicas que tiene un muchacho muerto yaciendo a los pies de su tumba. Un cadáver para otro cadáver. Porque no es tu voluntad incorporar la carne fresca de tus vecinos.

Cómo se puede creer que en la guerra haya alguien que ataca y alguien que es atacado, como si en el amor hubiese alguien que ama y otro que es amado en estados fijos y sin movimiento.

Perdimos la lengua, la posibilidad de hablar en nuestro acento. El control en *Kavkaz* llegaba a desaconsejar el uso de la lengua armenia a favor del ruso. Y como la lengua no era un cadáver, la comíamos cruda, cruda.

Uniformaron el idioma. Una reforma ortográfica. En cada *marz* o región, en cada *oblast* una ley ordenaba comerse ciertas letras; la letra e de la fe cristiana, la e que escribía el creer cambió de ortografía. Y si antes teníamos dos lenguas y una escritura, ahora la obediencia rusa nos hacía dudar antes de escribir.

¿Cómo nos escribiremos?

Fuimos a la guerra porque teníamos miedo.

Miedo de extinguirnos.

En la guerra no se escribe. Se afilan los cuchillos con el fin de cercenar el seno izquierdo de las niñas para que puedan manejar con soltura el arco y la espada. Para que tengan un muchacho al borde de su tumba. Una Pentesilea.

Tuvimos escritoras que, en lugar de cortarse los pechos, escribieron. Hubo Zabelles. Yesayan fue una de ellas. Una mujer en varias listas. Escribe y no se corta el pecho; es declarada enemiga del pueblo, acusada de nacionalista. La detienen en Bakú, muere en Siberia. De una prisión a otra escribiendo en las paredes. Creen que se ahogó. El agua no soporta la escritura de una carta. Ella se corta un pecho, escribe sobre él y lo arroja al agua.

No.

Volveré a poner nombre a las calles, las plazas, los edificios; las historias perderán su dimensión de discurso monumental.

Ella escribía en pequeñas hojas mientras tomaba anís rebajado con agua. Su deseo de escribir nació cuando vio a su padre leer la borra del café. Ella no

escribe, dibuja formas calientes en una taza para que alguien invente una historia con el perfume de lo que ha bebido.

¿Ustedes aman la tierra? nos preguntaban en Mardakert.

Cómanla entonces.

Se burlaban mientras llenaban las gargantas de sus rehenes.

Y nosotros...participando de un certamen de obstinación. Obstinos hasta el punto de destruirnos. Las madres no pedían a dios por sus hijos. Sólo pensaban en Avo. Avo, el comandante, no dejará que el enemigo pise nuestra tierra, se decían. Nuestros camaradas del ejército secreto de Irán nos ayudaban a seguir hacia Kelbajar. Pedíamos que la población emigrara bajo amenaza de avanzar. Una población medio azerí, medio kurda.

Y avanzábamos.

Asumíamos que los refugiados habían partido, y disparamos.

Los cadáveres venían calzados.

Nosotros, que no teníamos botas, cuando le dábamos a uno de ellos, le sacábamos los zapatos.

La tierra es una transferencia de luz hacia el espacio. Cuando esa luz es expulsada, su exilio escribe la historia.

¿De qué hablo cuando digo tierra, cuando digo ésta es la Armenia histórica, cuando marco un exterior, un afuera; una distancia, una evaporación?

La presión carnal del color. La tierra de la respiración, un espacio de susurro donde algo pueda oxidarse. Ahí donde se pone en escena el nervio. Limpiarse la garganta contra el olor, el polvo del aire.

Mientras algunos les sacaban los zapatos a los cadáveres, otros se emborrachaban.

La transferencia de luz hacia el espacio, la presión carnal del color.

Borrachos, eran nuestros mismos hombres quienes nos disparaban.

No escribo para que recuerdes.

Es por mí. Escribo para mí.

Pronto, muy pronto, olvidaré todo.

Lo primero que olvidé fue el nombre de los vecinos, los refugiados. Todos son iguales y no sé cómo se llaman.

Los obligábamos a beber nuestra orina. Esperábamos esa cara, ese brillo, una cierta rabia animal, ese deseo que pulsaba a que les gustase cuando los obligábamos a beber nuestra orina.

Toda guerra comienza así, con un cuerpo sin nombre.

Cuando partí mi hermana arrojaba agua al aire, aléjate como el agua; como el agua, vuelve, decía.

Escribo para recordar porque ya estoy olvidando.

¿Asonk ov en?

¿Y éstos?

¿Éstos quiénes son?

Hayr mer. El padrenuestro escrito en nuestra frente. Y como estaba escrito en nuestra frente no podíamos verlo. Y como no lo podíamos ver, no podíamos recitarlo. Años de educación soviética hicieron que no supiéramos rezar.

Mírame la frente. Léé lo que está escrito. Todavía podrías. Todavía podés.

A cielo abierto. No seré cerrado hasta que baje a la sepultura.

En la frente tengo dibujada una cantimplora, cartas, el traje de novio. En la frente de mi madre que no reza a dios y que piensa en Avo hay un altarcito con una foto y dos flores.

Cuando nos observábamos desde Moscú nos llamábamos a nosotros mismos Transcaucasia.

No es que la muerte estuviera escrita en nuestras frentes. Es que el peligro y el miedo eran nuestros lazos de sangre, nos hacían una familia. Nosotros éramos el miedo.

No escribo para que recuerdes.

Es por mí que escribo.

Todo comenzaba así. Con un cuerpo sin nombre.

Me hacés nacer. Como si yo hombre pariera. Vos, la partera. Vos, la partera, me acomodás un almohadón debajo del cuello. Asistís al nacimiento. Vos, la partera, con olor a recién nacido. El olor del hijo mío en tu cara.

Tomo a la partera de los brazos, la alzo y la tiendo sobre mi pecho. La partera ahora es mi niña.

Me siento desnudo sobre tu regazo. Busco tus pezones. Soy mi hijo en vos.

¿Ustedes aman la tierra?

Cómanla, entonces.

Apenas sabíamos manejar, y ya nos daban tanques. Ellos y su dinero dibujaban los contratos del petróleo del Caspio. Arrendaban mercenarios ucranianos y rusos de la cuarta armada. Contrataban entrenadores ingleses y hombres de Pakistán con el saber del uso de técnicas americanas.

La tierra en la garganta una transferencia de luz del puntapié que han dado al hormiguero.

La saliva, la tierra, la animación viva.

Independizarse fue como amputar. Medallas que ya no podían usarse en los desfiles. Periódicos que ya no eran más vendidos en los kioskos.

Escribo porque pierdo la evidencia de mi propio pasado.

Contra la pared. Tus manos contra la pared. Yo empujando. Vos sostenida por la pared. Yo pidiéndote: decime que estás acá. Decime, por favor, hablá. Porque mis ojos te veían, pero mi cuerpo necesitaba saber quién,

porque era yo el que no estaba. Yo viéndote ciego te miro y quiero escuchar, me digas, acá estoy.

Estoy acá.

Acá ¿dónde es?

Estabas menstruando. No te asustes si ves sangre, me dijiste. Y yo me reí. Cuando salí de vos tenía un hilo de sangre recorriendo mi pierna.

El arte de ensartar las cabezas tenía por objeto el transporte.

Con el hilo de sangre corriendo por mi pierna te empujo al suelo. Tu cabeza golpeando el borde de la cama. El borde de la cama de costado. De costado, el borde de madera. Vos de rodillas en el piso, torciendo tu cabeza hacia mi boca. Yo, empujando.

Lo llevamos en la sangre. En esa sangre que corría por mi pierna. Ahí también estaba escrito. Escrito como las cosas que están escritas en la frente. Sabíamos que hay que estar preparados para huir. Contamos para eso con la cabeza; huimos así, con lo que llevamos puesto.

El arte de ensartar las cabezas tenía por objeto el transporte.

Un caballo mirándote al espejo, un caballo con los ojos llenos de lágrimas. El caballo te ha desnudado, pide que sólo te dejes las pulseras. Veinte pulseras de colores con brillos apenas pronunciados, en el vaivén, suben y bajan, buscan hacia atrás el miembro del caballo.

Te vació. Con el hilo de sangre, la mirada del caballo, y tu cabeza en mi mano, te empujo más para no ver, para enceguecerme, para que no te aparezcas delante de mis ojos. Para vaciarte de toda sangre.

Cuando el caballo baja sus dos patas, pienso en el escritor de la Biblia, en que seguramente cogió antes de revelar su palabra. Saber cómo quién era la primera mujer, el primer hombre. Saber de los imperios, saber acerca de una romana una cristiana una esclava.

Cuando el sonido de tus pulseras vuelve a tus brazos entiendo qué cosa es elegir. Elegimos a alguien para que sea cruel, en nuestro lugar, con nosotros. Vos, yo, el caballo, el primer hombre, la primera mujer. El primer pueblo.

También elegimos un país para que sea cruel, en nuestro lugar, con nosotros.

Llevarse la cabeza. Huir con lo que tenemos puesto.

Cuando volvía del campo de batalla, me vestía elegante para mi madre. Y sin embargo, para qué me esforzaba si cuando ella muera no va a recordar. Los muertos no recuerdan, por eso hacen de este país un gran centro de archivos, un museo.

Mi madre preparaba una ensalada de peras, menta y queso de cabra.

Como vos y yo delante del espejo, los defensores de la tierra dan un golpe en el vacío. Los defensores de la tierra aciertan cuando el adversario se adapta a ese hueco porque ese hueco es su forma. Como vos y yo delante del espejo, ellos tienen la idea del honor según la cual la muerte es algo que se ofrece a la mirada.

El arte de ensartar cabezas tenía por objeto el darse a ver a los ojos.

Alguno de los nuestros había plantado hashish. Cuando quisieron ir a las plantaciones no supieron que ahí habían dispuesto minas antipersonales. Los defensores de la tierra necesitamos también de la droga. ¿Quién inventó esa historia de que somos indefensos? ¿De que los indefensos armenios fueron pasados por cuchillo por los turcos? ¿Quién habla de la toma del Banco Otomano? ¿De quién son esas fotos viejas de esos hombres armados hasta los dientes?

Controlar el archivo. El museo. El país. El vecino. Un proceso de desmemoria. Por eso a los armenios nos gustan las flores. Porque su perfume esconde, tapa el olor a la descomposición de los cuerpos.

Buscar al adversario en el hueco.

El golpe en el vacío sucede en silencio. Como el silencio después de las explosiones, había algo tranquilizador; aunque el control de los hermanos varones sucedía en la zozobra. Cuando detenían a un grupo que se había camuflado para espiar a sus vecinos los desnudaban y miraban si estaban circuncidados. El que no está circuncidado es armenio.

Llevarse la cabeza, lo que tenés puesto; huir.

Un armenio no circuncidado, y por eso, armenio, huía con su piel cubriendo su miembro.

En el silencio, hacer del país un museo de miembros no circuncidados.

Caminaremos hacia Octubre.

El reino de los trabajadores no tendrá fin.

Soy miembro del partido desde 1917, todavía gritan mis vecinos. Ancianos bíblicos. Madres de ojos mongoles. La ración de pan y el cartel en la oficina de racionamiento: “los abuelos no tienen derecho a la tarjeta de comida”

¿Fue algo grande aquel naufragio?

No hay más que ver la ciudad, cómo la marca del dinero ha reaparecido en cada cosa. ¿Hemos hecho todo lo que hemos hecho para llegar a esto? El secreto es que todo ha sido traicionado.

La Unión era la sexta parte del mundo.

En ningún caso se trata de convencer, se trata en definitiva de matar.

Los tranvías ya no pasan. Quien se alzó contra el estado lleva la marca del sospechoso.

El partido nos excomulgaba, nos encarcelaba, empezaba a asesinarlos. Nuestros escritores comenzaron a usar uniforme. Pero una tierra sin mar es una celda sin ventanas. Porque en ningún caso se trata de convencer, se trata en definitiva de matar. Vladimir Maiakovski se tiró una bala en el corazón.

Las calles están vacías. Se lucha en los edificios, las casas, los patios. Se arrojan unos sobre otros. Una guerra de ratas que obliga a decir: yo gané, vos perdiste.

En ningún caso se trata de convencer, se trata en definitiva de matar.

Quiero lamerte adentro de los ojos. Adentro. Despellejarte.

La potencia. La fuerza. La solidez. Su dilución.

Como animales salvajes que se violentaran para hacerse obedientes. Vos.
Yo.

La potencia. La fuerza. La solidez sobre una piel que ya no sostengo te grita por favor. No termino de expresar...matame. Algo en mí todavía. Otra cosa que este imperioso deseo de que vayas más adentro hace que ponga mis manos detrás de la espalda para retener los dedos que quieren abrirte la piel.

Jesús derramó su sangre por nosotros. En una época que se apreciaban las reliquias religiosas, la más estimada de todas era el prepucio de Jesús. La única parte del hijo de dios que de manera inequívoca permanecía en la tierra.

En ningún caso se trata de convencer, se trata en definitiva de matar.

Te sirvo queso, aceituna, almendras y vino. Si fuera occidente sería un desayuno en la hierba, como aquel cuadro, pienso. Pero vos, una perra que devora cabras, una perra a la que le pregunto, tenés hambre. ¿Tenés hambre? Y te doy. Te doy como si Armenia tuviera un vientre y fuera el tuyo. Y cuando digo Armenia, hablo de la Armenia extraña, ésa de afuera.

Dibujo con el sudor sobre tu espalda hasta el culo. Animales salvajes violentándose para hacerse obedientes. Nosotros.

La potencia. La fuerza. La dilución.

Cuando salgo de sus vísceras, ella me lava el miembro se lo lleva a la boca.

¿Fue algo grande aquel naufragio?

La Albania Caucásica o Aghvak. La occidental de los armenios y georgianos, y la oriental de los iraníes, de los turcos; su islamización. Del reino cristiano de Albania y la única parte de Jesús que de manera inequívoca permanecía en la tierra. La anexión rusa de Karabagh luego de la guerra ruso- persa hace remontar las viejas banderas rojas de los guerrilleros del mal. La lealtad del pueblo ruso, nuestro hermano mayor. Así circulaba la *sovetskii narod*, una nueva comunidad más allá de la etnia, nuestro pueblo soviético.

¿Fue grande aquel naufragio?

Sentí tus vísceras en el gusto de mi miembro.

Caminaremos hacia Octubre recordando el estruendo de las máquinas y el absoluto silencio que le sigue. El martilleo de hachas, el chirrido de sierras. Ése es el corazón de la máquina. La línea del frente del proletariado mundial tiene su base auditiva. Registraremos cualquier rumor, un murmullo, el ruido de la cascada o el hierro de un ardor.

Me dejás una nota manuscrita: resguardá lo insaciable, cuidalo, no permitas que se nutra. Me toco penetrando tus palabras. Y siento dulce en la boca aunque solo es el recuerdo de tu entrepierna que destila esa carne tibia deshaciéndose en la solidez.

Sumgait. A veintiséis kilómetros de Bakú. Una horda golpea, quema, pregunta, ¿son armenios? No, azeríes.

No, somos azeríes. Llamé a la policía tres veces. Me contestaron que la policía estaba llegando. Pero nadie venía.

Nuestro hermano soviético era el testigo de las violaciones, de las armas que se usaban en Angola. Era testigo del hambre, de los cuatrocientos gramos de harina por persona. De los cuatrocientos gramos de harina por mes. Era testigo de la falta de agua. De la vergüenza que sentíamos cuando bebíamos una taza de té. Nuestras mujeres gritaban: Gorbachov debe morir; morir como nuestros hijos. Y se fue; se fue para evitar una epidemia.

En la costa del Mar Caspio, el mar no corriente más grande de la tierra. Un mar, porque en el fondo se encuentra la capa oceánica. Un mar que no tiene salida desde hace cinco millones de años. Cerca de las aguas encerradas, el móvil era buscar a las madres. Un febrero de maternidades. Un febrero buscando con cuchillos, pidiéndole a los médicos que les mostraran dónde estaban las madres armenias. Un febrero de parto en medio del charco. Como el Caspio el encierro de la sangre. Un febrero de bebés tomados por las piernas. De bebés contra las paredes; por las ventanas.

Y a mí que no era madre, me preguntaban ¿sos armenio? Y yo navegaba en un mar cerrado, un mar que parecía quieto por fuera, pero que tenía el océano en lo íntimo de su clausura. Yo navegaba y decía lucha; lucha, hasta el final.

Te tomo de los pelos. Te hundo la cabeza dentro de vos y me muevo más. Ahora empezás a temblar. No toda. Sólo las piernas. Ella tiembla. No, ella no tiembla. No ella. Sus piernas. Tus piernas de un agua oceánica de un mar caspio tiemblan y hay descargas eléctricas como si estuviésemos en

algún carnaval del sur. Éste es el amor, pienso. Dos agujeros tocándose. Dos pozos. Dos vacíos de salida. Dos océanos sin fondo que, al no tener dónde navegar, gritan: lucha, lucha hasta el final. La tomo de los pelos. Le hundo la cabeza dentro del pozo. Lucha, lucha. Me muevo más. Ahora tiembla. Hasta el final.

Después tomaste un trapo y comenzaste a limpiar. Yo no sabía que tenías un hijo, lo supe cuando comenzaste a frotar y frotar mi ropa interior. Entonces nos vi en el encierro de ese mar. Tan el Caspio el temblor de tus piernas. Hacía cinco millones de años que una madre cogía con su hijo; y era yo. Yo, tu hijo.

No fue la curiosidad. Fue el asombro. Algo así como sombrear, como oscurecer un color mezclándolo con otro. No fue curiosidad. Fue hacerse cruces. Como no haber visto nunca la potencia de la herida. Lucha, lucha hasta el final.

Mírame.

Un relámpago en los ojos. Centellea el temblor del agua del océano en el mar cerrado y es tan grande el poder de la herida que cambia la condición del que la ha producido en su contrario. Tiresias asombrado, yo. Cuando te veo desnuda pierdo la vista y es como si hubiera visto copular serpientes. Un golpe en la herida, los cuchillos, los médicos y las madres. Un golpe en el pozo y las serpientes que se aparean. Es tan grande el poder de nuestra herida que cambia la condición del que la ha producido.

Te tomo de los pelos. Te hundo la cabeza dentro de vos y me muevo más. Mírame. Sangre que corre sin mi voluntad. Sangre que corre porque sí. Cinco millones de años esperando esta sangre. Como si al limpiarme yo supiera que vos cogés con un hijo. En mí una sangre que corre porque sí. Tiresias, yo, casi mujer haciendo colapsar la *polnovlastie* con los niños tirados por las ventanas de la maternidad. Con los niños tirados por las ventanas la unión de los hermanos soviéticos hecho trizas.

Lucha, lucha, hasta el final.

¿Cómo se podrán llevar la tierra?

Entraban a nuestras casas y se hacían servir comida.

La tierra no se la pueden llevar.

En pie los esclavos sin pan. Agrupémonos todos en la lucha final. Ni esclavos ni dueños habrá. Los odios que al mundo envenenan se extinguirán.

El himno. La irrompible y santa alianza de los pueblos, porque el inmortal Lenin nos presentó el fuego eterno a los que Octubre rescató de la destrucción.

Agrupémonos todos en la lucha final.

El himno del proletariado que no cantábamos. Un himno en silencio.

Sovedagan Adsad Ashjarh Hayastán.

El programa del nuevo hombre soviético y el ruso como lingua franca que abarcaba de Riga a Tashkent, de Praga a Ulan Bator. Cuando escuchábamos la palabra “nosotros” pensábamos: los rusos. Tal vez no llegue a saber nunca qué significa para vos esas letras como cuencos, como arcadas romanas. Las letras armenias como una elección diluida en el futuro. Una elección que pierde sus posibilidades. A qué temperatura quiero ser cocido, qué prefiero: cicuta garrote guillotina. Se acabó. Sólo hago unos retoques a mi biografía. No puedo, a la vez, ser inocente y saberlo. El sur feliz es sólo el paraíso de los nórdicos. Los libros se suman en un galpón. Una montaña de libros en el *Pak Shuka* a tirar o a quemar. El mercado de la avenida que antes se llamaba Lenin Prospekt y que ahora es Mesrop Mashtots, se cierra. La elección pierde sus posibilidades. A qué temperatura querrán ser cocidos esa cantidad de libros en cuyas primeras páginas: *en pie los esclavos sin pan en la lucha final.*

¿Cómo se podrán llevar la tierra?

En remolino. Como agua que cambia repentinamente su curso. Un gran volumen giratorio de agua producido por mareas. Cuerpos de agua que giran sobre sí mismos alrededor de una cantidad vertiginosa arrastrando objetos. Aspas de molinos triturando el aire. Una torva de lluvia o de nieve. La luz líquida de tus ojos. El oliva que no succiona el Mar de los Sargazos. Las tenazas, los potros, el plomo fundido que dejan al descubierto tus nervios. Me muevo, y me muevo más. En remolino más adentro. Y como aguas que cambian repentinamente su curso me detengo ahí. Incinero todo su cuerpo para llegar a un límite. La flora, los ríos y las montañas, el imperio romano y los esclavos en las tenazas, los potros, el plomo fundido, dejando al descubierto sus nervios. Y como si el Mar de los Sargazos hubiera destilado olivos, me detengo para darte algo. Venados, jabalíes y

gacelas en copiosas cosechas a campo abierto no bastó para suministrar las carnes necesarias. Domestico esa bestia cazada, te doy su ferocidad para el riego.

Incinero mi cuerpo.

Vos levantás la pierna y la apoyás sobre mi hombro. Yo veo moverse la pulsera del tobillo, la plata y los sonidos del metal como si juntara tus músculos. Uno a uno, los mezclara, te hiciera de nuevo. Una planta. Un animal. Tenazas, potros, plomo fundido dejando al descubierto tus nervios.

Ella abre el fruto de la granada. Me lava, todo a lo largo del miembro, me desgrana. La sangre con el agua corre por la pileta, entre los dedos, su mano. Grano por grano, una pierna sobre la pileta, la otra sosteniéndome. Me sigue lavando. La sangre en una torva de lluvia o de nieve entre los olivares de sus ojos. Cuando acabo, apoyo la pija sobre su cuello. Me mira al espejo. Su cabello despojado de la cara entre mis manos. Yo de pie. Ella sentada sobre el inodoro.

¿De quién es esta guerra?

El miedo, la desesperación y la indisciplina, todo se desplomaba en el ejército. Las brigadas aclaraban: sería fusilado quien abandonaba sus posiciones. Por eso mucha gente vive en sótanos. En los pueblos ya no hay armamentos, ni hombres; sólo mujeres, niños y ancianos.

¿Cómo se llevarán la tierra?

Sovedagan Adsad Ashjarh Hayastán.

En nuestra bandera escribimos la palabra *krunk*. Con ella cubríamos miradas frías perdidas en el vacío, trozos de madera, hierros, hombres entre excrementos.

Krunk ¿de quién es esta guerra? Si *krunk* es grulla y para los azeríes es el nombre del comando revolucionario de Karabagh; y para los armenios, el animal que simboliza la nostalgia por la patria.

Fuera de las ruinas, todo era normal. Hablábamos en voz baja, susurrando.

Tártaros, kurdos, kosovares, contra los infieles (nosotros).

El fiel designa al árbol, al resistente, al sólido. La madera de construcción de navíos, la encina de la lanza, el asta del fresno. Ser séquito. Su tropa. Fiel como fobia a la palabra breve, al monosílabo: no. Escamotear, no disolverse en el hormigueo de relatos.

Morir sin hacer ruido, canjear un territorio armenio por otro territorio armenio.

Shestaya chast mira. La sexta parte del mundo. Mapas apilados por vendedores ambulantes sobre la nieve en la avenida Mesrop Mashtots. Exhumar. Sacar a la superficie algo que está debajo. Abrirte y llegar de tus piernas a tu boca. Por dentro.

¿Qué hago con tu cuerpo?

La decapitación.

La fuerza de la decapitación sobre su cabeza que gira debajo de mi cabeza que forcejea hacia abajo. Y mientras la decapito le pongo mi lengua en el laberinto de su oreja.

El rito manual. Descuartizar a un camello y comérselo crudo. Ése era nuestro sacrificio, su acción irradiante. Una comida en común. Degollada, despedazada o consumida, velabas a la víctima durante toda la noche porque en el sueño se podía producir alguna polución. Yo miraba el poste donde iba a ser atado el animal. Tu sudor caía sobre la piel del fuego. La grasa, el caldo, la espuma, en los desfiladeros de una olla. El silencio y la respiración. Hacer el amor a tu respiración. Ese aire que inhala, exhala, como un repuesto caduco, vencido. Como resto, como desecho; una parte de ningún todo respirando y yo mordiendo un pezón, el otro. Me colocás una almohada debajo del culo para tenerme bien arriba, más en vos. El silencio, la respiración y vos lamiendo un hombro, luego el otro. El rito manual; degollados, despedazados o consumidos.

Apenas salgo, cae una gota de semen que ella lleva a su boca. Después recorre con su lengua la vena que ya se ha vaciado.

Víctimas velándose una a la otra. La acción irradiante del sacrificio.

Crudos.

Una comida en común donde ella tenía el hábito de superponer el tiempo. Me llevaba de una época a otra. Era el tiempo pasado con sus olores, esa

manera de ser de la luz. Y en el momento en que sentía todo su cuerpo en carne viva... la miro y me convierto en animal o en vegetal, un vegetal que no tiene memoria alguna de palabras.

La miro y un gemido en las manos tantea algo en el aire. El silencio, su respiración. Pero no. Fuera de todas las palabras, las historias. La grasa, el caldo, la espuma. Miro al poste donde está atada, el sudor que cae sobre la piel del fuego.

Yo la quiero matar para sacarle las palabras.

Todo se mueve despacio alrededor. El miedo hace ver todo más lento. Y, sin embargo, no es algo de la calidad de lo veloz. Es que el miedo hace que todo sea más intenso. Dos esclavos. Uno del otro sirviéndonos. Instrumentos de la aniquilación uno del otro, sin ninguna película que rueda. Le lavo el sexo, ella toma el agua y me lava la pija. Me mira me dice: quiero romperme. Tu pelvis, dice, la pelvis acabándose en una delicadeza de mujer con la espesura de las piernas que aumentan la carne de tu miembro, dice.

Tiro de su cabellera. Te levanto el pelo entre mis dedos como una masa de miel y harina. La llevo a mirar la comida en común. Degollados. Despedazados. Consumidos.

El sacrificio, su comunicación con lo sagrado. La geopolítica de la fe en las iglesias del cuerpo y en los monasterios de Ereván.

Los persas creían que el mundo se asentaba sobre el cuerno de un toro. Cuando éste se cansaba lo apoyaba en el otro. Los persas ponían un huevo delante del espejo para ver su movimiento y así saber cuándo era año nuevo. Huevos de colores para *Nowruz* tan islámicos, tan de celebración que nuestra fe convirtió en Pascuas. Geopolíticas de la fe y los viajes del Papa a Polonia. Solidaridad y el primer sindicato en Gdansk; los himnos a la patria, a dios, a la virgen. Medio millón de soldados soviéticos repatriados de Hungría, Checoslovaquia, Polonia y Alemania. Entre rezo y rezo desaparece el Bloque del Este. Entre rezo y rezo había terminado el servicio obligatorio. Entonces me alisté en la milicia para trabajar y ganarme algún dinero.

Trabajar.

Velar durante toda la noche sobre la víctima porque durante el sueño pueden producirse poluciones involuntarias.

Trabajaba en los puestos de frontera como escudo humano para frenar los ataques.

Un resto, un desecho, un repuesto vencido.

No dormíamos. Aunque soñé que montaba a una yegua.

Era Pascua y en los puestos algunos tenían huevos de colores. No para probar si el mundo se movía. No el de los cuernos de los toros de los persas. De Pascua. De los monasterios. De las geopolíticas de la fe.

Trabajar.

En el puesto de frontera como escudo humano para ganarme unos pesos. La acción irradiante del sacrificio.

El miedo me hace ver las cosas más lentamente; no más lento, con más intensidad.

Siento un impacto.

Algo me ha alcanzado. No puedo hablar.

Quiero matarte para sacarte palabras.

¿Quién dijo que los juicios calman? Que el tercero, que la ley, que el nombre del padre. Quién dijo que alguien independiente puede restituir lo que formalmente es del otro. ¿Cuándo se mencionó al estado como gran distribuidor? Pasar de mano en mano la bomba de tiempo en los umbrales de Europa. Procesos, testigos, expedientes, completando papeles, enmascarando nuestra ilusión de proximidad. Un tribunal restituyendo el estupor que provoca la posesión. Exhibir quién cómo dónde, asentarlos en un papel bajo la rúbrica de la palabra sentencia y participar del movimiento de la acumulación, del almacén. Salvar las cosas de su consumo, certificarlas en un estatuto de reliquias.

El tribunal o el museo. El extravío de las cosas en un depósito llamado a recordar quién soy. Una partida de nacimiento, una escritura, una especie de tienda que me dé un nombre propio, una palabra mágica que obligue a volvernos cuando alguien nos llama. Recordar la lista de castigos como oler o frotar un amuleto. Como ir al tobogán y subir y subir y después

tirarte. Y cuando estás abajo, y mirás alrededor, ella no está. Ella, tu madre, no está.

¿Quién dijo que la memoria sirve para algo?

Guardar y guardar cositas. Conservar un puñado de tierra, fotos, cafeteras, pedazos de tela; un prendedor opaco. Construir un museo y poner en el salón central unas cajitas de vidrio con tierra de Mush, de Van, de Erzerum. Rodear las cajitas de fotos viejas, del millón y medio, una foto de una mujer con sus monedas colgando sobre la frente de antes de mil novecientos quince.

¿Quién dijo que la memoria sirve para algo? El ejército reconoció en la fotografía una manera de documentar objetos o espacios a distancia evitando que los soldados tuvieran que medirlos o recorrerlos. Puntos que se descomponen en puntos. Juntar fotografías para no tocarlos.

¿Quién dijo que la memoria sirve para algo?

El museo, una nueva iglesia de santas víctimas. De muertos de hambre sin regazos de madre para ser llamados cristos. Los retratados aquí subieron y subieron al tobogán y cuando bajaron ya no encontraron a nadie. Ésta es la escena. Un estancamiento, un monólogo planteado sin la esperanza de respuesta. El cuento crónico de unos muertos gestionando el zócalo del edificio a partir de una turbación. Como en la iglesia, la multiplicación es uno de los indicios de este recuerdo.

¿Se cura en este escenario? El proceso, los testigos, el expediente. Como subastas repetidas del dolor. El museo derrochando nuestra escasez.

Amor ¿para qué sirve la memoria?

Proclives a reproducir todos los objetos, volvemos a humillar, a ocupar, a sojuzgar.

Ahora nosotros.

Escrito en grafito envuelto en cuero, un lápiz útil hasta para marcar ovejas, enumeramos a las víctimas.

Y las exponemos.

Nos miramos. Estamos a punto de decirnos te quiero. Nos seguimos mirando. Me toca. Mira mis cruces, las da vuelta; busca el clavo. Dice que

busca la madera de Cristo. La madera que tocaba de niña, esos ángulos donde buscaba la astilla. Se había pintado las uñas de celeste. Contra la pared. La cara contra el marco de la puerta. Se da vuelta, me mira con los ojos afiebrados, llenos de sangre.

Incienso granulado mezclado con miel y fruta seca. Los árabes lo llaman *luban*; leche, por el aspecto de la resina al brotar del árbol. Ilumina. Enciende. Quema. Los fenicios llevaban leños de incienso en sus embarcaciones. Ella en ritos de miel, en altar de madera de acacia y la nube de perfume que la cubre. Yo, los balsameros, los perfumistas, los ungüentarios. La pulverización de hojas, de tallos, de raíces. Un polvo hecho de secreción vegetal, blanca, espesa. El árbol exuda una resina gomosa apenas hago una incisión. Le digo ¿tenés sed, amor, tenés sed? Anestésico para moribundos o para los condenados a muerte. Tinta para diluir papiros. Le doy a beber como una madre a su hijo. Busco el hueso alto y guerrero de su pubis.

No iglesias, veintiún cementerios. Ereván rodeada de cementerios con el deseo religioso de tener los cuerpos.

Redefinir la victoria. El martirio para escapar de la historia y colocar los eventos en las pinturas religiosas. La iglesia de San Pablo y San Pedro fue tirada abajo para hacer lugar al Moscow Cinema. Pero nosotros no éramos verdaderos rusos. Extranjeros como los nómades, los judíos, los siberianos.

Vse kholopy.

Todos son esclavos.

Tener los cuerpos. Porque hubo un tiempo en que la población se alimentaba de gatos y de perros muertos. Las madres comían el hígado de los cadáveres de sus niños. Los niños revisaban la basura, buscaban zapatos, luego los cocinaban por días y los comían. Veintiún cementerios para guardar amuletos. Se huele, se frota, se quema incienso.

Si todos éramos esclavos ¿quién destruyó la Unión?

Dirán que me suicidé.

Los médicos llegaban desde Sudamérica o desde Los Ángeles. Con la flecha o la jabalina de punta de piedra y su capacidad de hacer blanco desde lejos ampliaban la distancia desde la que se podía matar, cumplían su función sobre la máquina; amputaban.

Apretá hasta que cierre los ojos.

Los acuerdos de Belavezha apretaron los territorios hasta que se vieron las fronteras.

Lo que resulta más visible examinándolo de cerca: estrellas, galaxias, un nuevo mundo bajo los pies de Colón o de Magallanes. Los egipcios usaban el método asirio de inflar un recipiente hecho de pellejo de cabra para ayudar a los soldados a vadear los ríos.

Sucedía en Belovezhskaya Pushcha la división de un imperio que prometía el cohabitar mientras mezclaba plumas y azufre para fabricar gas venenoso con el fin de asfixiar a las guarniciones.

Y en todos lados, la estela de los buitres.

No es la falange sumeria, esa especie de tanque pedestre que va pisoteando los cuerpos de sus víctimas. No, la demolición y el saqueo de Hamanu. Egipto y Mesopotamia borrarón los malos recuerdos, sus guerreros enterrados y olvidados.

El acuerdo que prometía territorios independientes izaba una escultura de un toro sobre un trineo. Allí, los soldados como el pueblo, aprietan hasta que la máquina cierra sus ojos.

La espera. Los latidos adentro y los latidos de afuera. Una mirada dulce y dolorosa. Abre la boca y vuelve a cerrar los ojos. Cierra los ojos y los abre como si algo fuera a romperse dentro de ella. Me sostiene del brazo. No es ella la que empuja. Yo voy hacia adentro como si algo le fuera a nacer. Adentro. Ella mueve la cabeza hacia un lado, hacia el otro. Sonríe. Lloro. Se moja los labios, tiene sed. Una mirada imantada. La respiración caliente de sus ojos. Dice: algodón, nácar, imán. Yo me quedo dormido entre sus brazos, en ella que me alimenta. Me duermo, pierdo peso, floto como si todo ella fuera de agua. El hombro, la mano, cada dedo va desapareciendo en su piel, toca teclas de un piano mudo.

Le pregunto quién sos. No me responde: soy el tiempo. Doblo mi cara para verla y caigo sobre ella. A esa mujer bíblica le pregunto, ¿me das tu corazón? Y desciendo desde su nuca hasta donde termina la espalda. Le abro las caderas, ella jadea. Tu color, dice, rosado tu color.

Hiere la música del réquiem, del ofertorio suplicándote que seas piedra para hacerte inscripciones como en las tumbas. Réquiem la libertad a las almas de las bocas del león para que el abismo no las engulla. Que los introduzcas en la luz, señor. Señor, en sacrificio. Te ofrezco en sacrificio mi cuerpo que es un color en ella.

La solución del conflicto implicaba no sólo la región Montañosa del Alto Karabagh, sino toda la geografía. Lachin, Kelbajar, los corredores y los territorios que lo rodean. Réquiem para la libertad a las almas de las bocas del león para que el abismo no las engulla.

Territorios ocupados.

Liberados.

Zona de seguridad.

Todo o nada.

Ocupados o liberados.

Siete millones de soldados soviéticos muertos. Trece millones de civiles.

Druzhba naradov.

Todo o nada.

La victoria soviética primero sobre la Alemania nazi y luego sobre el Japón imperial. Todo o nada.

Mi abuela, una soldado que luchó contra el ejército Kwantung, se enamoró de un teniente en Manchuria. Celebraron el matrimonio en una oficina estatal, en un lugar remoto y maldito, los casó el general Barkhudarov. Luego de la ceremonia abrieron unas cuantas botellas de vodka, sirvieron cebollas, cabezas de ajo, pan y un poco de pescado ahumado. En el año 1960 se removió el monumento a Stalin de Ereván. Por la mañana mi abuela se levantó y vio el pedestal vacío sobre la colina que mira a la Lenin Prospekt.

En el principio fue la acción. No la palabra.

Contar pasos. Repetir escenas. Tocar ciertas cosas un sinnúmero de veces. Doscientas huellas de manos contadas en la cueva paleolítica de Gargos;

mucha de las cuales, mutiladas. A muchas les faltan dos o tres dedos. Réquiem la libertad a las almas de las bocas del león para que el abismo no las engulla. Que los introduzcas en la luz. Señor, en sacrificio.

El sacerdote del regimiento rezaba, nos decía: nacer armenio es un honor, vivir como armenio es una lucha y morir armenio, una victoria.

Réquiem.

En sacrificio.

Nadie vela el destrozo aquí. No son cubiertos por sábanas. No hay sábanas abajo. Ni arriba.

Te ofrezco en sacrificio mi cuerpo, señor. Mi cuerpo que es un color en ella.

Dirán que me suicidé.

Cuando colapsó la Unión Soviética también colapsó mi familia.

Una lente convergente de corta distancia focal desvía la luz de modo que se forma una imagen ampliada. Me toma uno a uno los vellos de la axila, los lame. A distancias más cercanas del punto próximo, la lupa de sus ojos acerca cada centímetro de la piel. Me levanta el brazo, lengüetea de arriba abajo el hueco. El otro brazo, la otra mano. Yo toco con mi dedo sus entrañas. Ella, muda. Muda. Abre la boca, y ni palabra. Mira hacia los lados. Se desenfoca su objeto. Me deshago, jadea. Vuelve los ojos, me ordena: mostrame la lengua. Entreabro la boca. Busca sus dedos, introduce dos de sus dedos en mi boca mientras se mueve en círculo sobre mí.

Algo inaccesible de lo interno, una distancia que ninguna lente puede acortar.

Pone sus manos debajo del culo, me levanta hasta su boca. Le corro la cara hacia mi lado como si moviera el enfoque de la lente, la lupa. Le muestro el semen que comienza a gotear. Ella se abalanza moviendo la cabeza hacia un lado y el otro como un animal, una loba.

Lo que ella devora es mi muerte; y huele a carne quemada.

Un animal en parte serpiente, en parte león, en parte cabra. Habita los corales. De velocidad y de fuego únicos, sólo se la vence con plomo en la

punta de la lanza como San Jorge o San Miguel contra los dragones. Pero el fuego es también su perdición. Su fuego derrite el plomo de la lanza que la destruye. Ella loba, ella serpiente, ella león.

La sangre calentada en la mano por los golpes, regresa al corazón. El cuerpo arde y se re- calienta. En esos abismos, la flagelación es, ante todo, ritmo. Me acerco a su pubis, y es el olor de las ventanas en la casa de mi infancia. Un olor a verde, a plantas que nadie riega, un olor brutal a comida que se come con las manos, a carne cruda. No el semen. Ella tragaba mi grito.

Si el genocidio no hubiese existido. Si sus abuelos no hubiesen sido expulsados de Anatolia, qué sería ella hoy.

¿Turca?

El latido, en sus ojos que se vuelven, vibra más y más cerca.

No dirán que me suicidé.

El látigo consta de dos partes, una fija y otra móvil. Bastones de caña, golpes de rama o de abedul. Banquillo, postes, cruces. Cuarenta azotes menos uno.

Si sus abuelos no hubiesen sido expulsados de Anatolia, ¿qué sería ella hoy; turca?

Cuarenta azotes menos uno siguiendo al apóstol Pablo.

No permitas que te muerda; me ruega la loba, la serpiente, el león. Y comienza a hincar los dientes sobre sus propias manos. Yo la alzo y me muevo hacia adelante. Un hacia adelante que es detrás de ella. Ella sobre mí y yo hacia adelante detrás. Busco su boca. Ella elude la mía. Comienza a olerme.

No dirán que me suicidé.

Algo va a nacer de ella. Yo. Ella la que alumbra, me deja sangre sobre la pelvis.

¿De dónde sos?

El río Arax delimitaba los territorios entre Turquía y la Armenia soviética.

Cuando colapsó la U.R.S.S., también colapsó mi familia.

Druzhba narodov.

La bandera roja con la franja azul de la Armenia soviética y la amistad de los pueblos.

Éramos una familia con una sola casa. Cuando fue el terremoto querían llevarse a los niños y nosotros nos acordamos de los turcos, nos acordamos de los árabes y de los kurdos en 1915.

Si no hubiese ocurrido el genocidio. Vos, hoy, ¿qué serías?

Y tuvimos miedo de perder a nuestros niños y pedimos que no removieran a los huérfanos de su república.

La guerra fría dividía el Este del Oeste por el río Arax.

Así fuimos divididos nosotros.

Perestroika y demokratizatsiia.

El desmoronamiento de todas las nociones también es el fin del mundo. Colapsó la Unión y colapsó mi familia.

Un soplón. Un agente. La prisión depravando el espíritu.

La vigilancia recíproca era el principio que nos regía. Vivíamos según instrucciones.

Si estoy naciendo en vos, vos alumbrándome, vos con lentes convergentes acercando lo distante, vos aumentándome; no dirán que me suicidé.

¿Qué es lo que puede unir mientras divide?

El agua no gravita en el agua. El aire no puede verse en el aire, ni nada que sea más opaco. Cuando siento calor, no pienso en el aire; pienso en el fuego.

El azabache y el ámbar elevan hacia sí cuerpos graves.

La bailarina me lleva por las extremidades.

Mientras se mueve en círculos sobre mi pija, yo le doy golpes en las nalgas, le levanto el culo con las manos. Le doy palmadas más y más fuertes. Nos miramos. Cierta tristeza. Cierta melancolía de no poder destruirla, de comenzar a sentir algo parecido al amor. O no. Quizás la tristeza de que siga ahí, tan vacía; todavía.

Busca mi mano. La toma desde atrás. Me pide que la afloje. Aflojé la mano, dice. Y cuando la dejo medio muerta, ella la alza y la deja caer con fuerza sobre su culo. Así, me dice; golpea así. Yo la tiro hacia un lado, la doy vuelta y la monto desde atrás. Ella busca mis brazos, chupa los vellos sobre la piel. Abre los ojos y los cierra, comienza a mordirme como si no tuviera un idioma para hablar. Abre la boca y no habla, y no grita.

Después me cuenta que se caía, que su cuerpo era de la longitud del mundo, y que el mundo eran todas las ciudades superpuestas, y que todas las ciudades superpuestas eran mis piernas. Que no hablaba porque en qué lengua se hablaría en todas las ciudades del mundo si éstas existieran en un solo lugar todas a la vez: tu miembro; dice.

Le pongo la mano sobre la frente como expulsando el rostro. Ella chupetea el aire, me mira y pide. Yo la empujo más hacia atrás hasta que se abalanza sobre mí. La llevo hasta el baño. Gotea como una perra. Deja marcas de sangre por donde pasa. Yo la acuesto, me arrodillo a la altura de sus hombros. Me adelanto, acabo y me reclino como un niño de cuclillas sobre su pecho. Ella llora, o parece que llora.

¿De qué me puedo acordar?

Cosas que no sucedieron del todo.

Pregunto qué pasó, sólo para descontar de la memoria.

Le unto con mi pene el semen en su entrepierna.

Mirar. Rumiar. Tocar. Una prueba física.

Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y no meto mi dedo en el agujero de los clavos, y no meto mi mano en su costado; no creeré.

Una prueba física. Se mete en mi costado, en la herida hecha por la lanza.

Acercá aquí tu dedo. Traé tu mano y metela en el costado.

Yo le pedía, y ella horadaba.

Un amor entregado hasta deshacerse, triturarse.

Después de coger, ella se pone mi saco sobre su cuerpo desnudo. La miro y es como si llevara la piel caliente de una presa cargada sobre sus hombros.

Ella era puro calor. Sin materia, ella era el calor, la temperatura. Yo pensé que hubiera podido lastimarla. Pensé: quizás me venga la fuerza de mi madre. La memoria de su cuerpo y yo tan desvalido, y ella que no me sostiene, ella que no me alimenta, ella que me deja morir; pero no.

Entonces, dónde. Ella pregunta dónde es, dónde está. Ella privada de sí. Le tomo las manos, las junto con las mías y voy meciéndolas sobre el miembro. Los rojos, los azules, los amarillos se resbalan, se anudan; desollando. ¿Dónde estamos? ¿En qué reino? Imágenes de animales salvajes corriendo. Suntuoso el movimiento, pierde un lugar y adquiere otro. Denso, raro, grave. Partículas que se transforman en otras partículas. Se desintegran.

Una privación de sí como un despojo, como quitarse de la boca.

Pertenecíamos a la Mesopotamia; el lugar de encuentro entre Persia y Bizancio. Al Cáucaso, la tierra del vellocino de oro que robó Jasón ayudado por la maga Medea. La tierra del exilio de Prometeo encadenado a las piedras. No en un límite, sino en un frente. Aquí donde hay bases militares rusas por otros cuarenta y nueve años. Aquí donde todos éramos soviéticos pero donde comenzamos a perder materia. Primero tierno, luego duro, poroso, agrietado. Una combustión más sutil que el fuego. Fuimos de lo liso a lo áspero, a lo abultado. Por el hueco, no la fuga, sino la emigración. La herrumbre de los metales de las milicias empujaban las partes espesas de la tierra hacia la superficie. Las membranas desecadas por el fuego ascendían como volutas, como la quema de papeles enroscándose hacia la disolución. Cuerpos agrietados en un lugar cerrado se aparean, y en la mezcla, las partes más espesas se vuelven blandas, flexibles.

Los nervios, las membranas, las túnicas, emigran; todo fluido como sangre que se disuelve en el agua, en los pozos, en la espuma. Las partes más espesas huyen hacia el vacío.

La pérdida de identidad.

La fricción de los metales. La milicia, sus pujos, su prolongación.

La pérdida de identidad.

Nosotros cogiendo. O nosotros en la guerra. El cuerpo se licúa. Una reacción de los músculos. Luego de la velocidad, en lo inmóvil de mi pija no sé si tu cuerpo se mineraliza o se redondea. Las gemas, los oros de los altares, las maderas. La talla, el torneado, su geometría. El papel de lija, la cuchilla de alisar desollando los rojos, los azules, los amarillos.

¿Dónde estamos? ¿En qué reino? ¿Dónde?

Lo vivo parece con lo muerto. Mezentius, el rey de los etruscos, ataba a las personas vivas a cadáveres y las abandonaba a su suerte.

Nos resbalamos, nos anudamos. Me toco el pene con la mano. Ella me mira y se acaricia un pecho, luego el otro. Me pregunta, cómo se llama esto, y palpa ondulante. Cintura, le respondo. Me gusta, me gusta; dice.

Durante la guerra de Karabagh, Europa estaba ocupada en contemplar la devastación de los Balcanes. Mientras, nosotros diseñábamos nuevos mapas en los libros escolares.

¿Dónde estamos? Una geografía enclavada de un territorio dentro de otro, como Berlín Occidental dentro de la Alemania Democrática. En tierra completamente rodeada por la jurisdicción de otra. ¿Cómo se llama esto? Y dibuja ondas en el mapa. No le digo: cintura. Le digo: guerra.

Si sos amigo del perro, no bajes la vara de tu mano.

Doscientos francotiradores por semana. No se podía fumar, ni sentarse, ni dormir en las ventanas que daban a la línea de frontera. Nos poníamos el uniforme con seis municiones en el bolsillo inferior, otras seis municiones en el bolsillo superior, y una granada. Una vez un subordinado colocó el casco sobre el rifle y lo apoyó en la ventana que daba en la frontera y se puso a fumar. Los francotiradores divisaron la pequeña luminosidad de la ceniza prendida, y dispararon. Dispararon y le dieron en su mano. Volaron tres dedos de su mano derecha y el pulgar.

Lo que siguió a los años noventa. Una generación con una educación precaria, una escuela sin luz y sin comida. Los niños comían sólo la costra del pan. Por dentro estaba verdoso porque la masa no terminaba de cocinarse. Sólo había gas por un tiempo. Las mujeres se apuraban en poner

y sacar el pan del horno. Faltaba agua, gas, luz. Alguna vez pensé que el nuevo gobierno racionalizaba estos elementos adrede. La voluntad de generar odio, construir un enemigo. Nos decían que no teníamos luz por la guerra.

Una guerra que, como todos los odiosos, era de liberación.

Las armas las proveía la diáspora, y un camino posible era la ruta Moscú-Tblisi. Camiones de carbón, de azúcar o de harina, y debajo: armas. Hacia Artsaj. Esa ruta y los camiones también nos proveían de heroína.

Yo no sobreviví.

Cuando una bomba explota cerca de los oídos, éstos se llenan de sangre, el cerebro se mueve y uno queda ahí a lo largo de la línea de contacto aún cuando el francotirador se hubiese ido, o aún iniciadas las negociaciones para la paz.

Había minas personales como en Camboya.

Yo no sobreviví.

Mis amigos ahora con el cerebro movido, los oídos llenos de sangre, los dedos de la mano volada, negocian la devolución de los siete territorios alrededor de Karabagh.

Tenía que cerrar los ojos antes de disparar. Pero cuando olí la pólvora, lo pude hacer, lo pude hacer.

Había azeríes que hablaban el armenio mejor que vos.

Alto o disparamos.

Estuve en la cárcel por posesión de drogas.

Alto o disparamos.

Prendí gasolina y quemé los cuerpos.

Siempre tuve miedo a pelearme.

Alto o disparamos.

Necesitás cierta resistencia.

¿Hay heridos?

Decime qué.

Busco la corrupción de su cuerpo, quebrar lo que cierra la piel, y entrar. Ser sus fluidos. Ella encima de mí. Se mueve. Desciende hasta buscar el miembro. Yo me incorporo. La miro; me retengo. Me da miedo.

Decime qué. Me pedía, decime qué, mientras yo acababa. Qué, como anunciando: es ahí, ahí. Una cualidad, una determinación no expresada. Un yo tú él. Decime qué como apuntando al blanco. Tener materia, fin, intención.

Hayr mer...yev mi danir dsmesi portsutyun.

Quien era testigo del comercio ilegal de narcotráfico, del robo de petróleo, terminaba muerto. Moría encubierto en un falso suicidio.

Yo no sobreviví.

Hayr mer.

Se dice muerte en situación de no combate. Fotos de jóvenes colgados de una cuerda. Fotos de un joven con una Kalashnikov en su boca. Fotos de jóvenes con el cuerpo estrujado.

Decime qué.

Las familias miran las fotos día tras día. Intentan saber qué sucedió.

Yev mi danir dsmesi portsutyun.

Para rezar también necesitás cierta resistencia.

Me mira como si fuera una tribu de hombres. Mide el espacio de costilla a costilla.

¿Y esto qué es?

Jabón, responde.

Una espesa leche de mujer como si estuviera cuajada con perfume. En el miembro: almizcle, vainilla, grosellas negras. Una sustancia animal. Se mata y se extrae la glándula cercana al ano del ciervo almizclero macho. Se lo mata y se saca la glándula dejándola secar al sol sobre una piedra caliente, o sumergiéndola en aceite más que tibio. Por cada macho almizclero se matan tres o cuatro ciervos que no tienen glándulas, porque son hembras o porque son muy jóvenes.

Cuando se va, acaricia mi cara; te rezaría, dice.

Hayr mer...yev mi danir...

No quiero mirar atrás.

Los cigarrillos los conseguíamos del enemigo. Cuanto más matemos, más fumaremos. En la guerra sólo hay hermandad, los nombres no importan.

Al derribo de la estatua de Dzerzhinski, el fundador de la Cheka, en la sede del KGB de la Plaza Lubyanka de Moscú, le siguió la sustitución de la bandera roja por la tricolor y el derecho para trabajar para uno mismo y no para la colectividad.

Decime qué.

Descaminar, le digo.

Ir a ciegas.

Desorientados, vendemos todo lo vendible para vivir. Es propietario quien toca la cosa. Por eso plantamos nuestra bandera, pusimos la mano sobre la ciudad vacía. Tiramos una flecha sobre sus puertas.

Decime qué.

Propietario, le digo.

Relaciones de velocidad y lentitud.

El viejo Volga 24 iba con dificultad por subidas casi intransitables. Ellos nos decían: ustedes son *haram*, mal habidos. Desde lo alto de los *kerts* rodaban llantas y barriles en llamas hacia el interior del pueblo. Caían como agua de lluvia.

Cerraron las fronteras. El colapso del comercio y del transporte. Fuimos unos prisioneros en la región. Y desde siempre: sobrepasar los límites de la geografía.

Qué es el cuerpo, sino el lugar del poder.

Prisioneros antes y después. Antes de la guerra, del bloqueo, de las fronteras cerradas, yo no tenía pasaporte. En aquel entonces un tío mío ofreció su dinero y salió por el límite con Irán. Pasaporte iraní para un soviético.

Qué es el cuerpo, sino el lugar del poder.

Aún en los días más fríos, ella usaba unas medias que terminaban en sus muslos. Yo ponía mis manos debajo de su pollera, buscaba su culito. Fascinado por ese culo pequeño de corredora, de maratonista. Un culo de Atenas con sus mujeres esperando saber si los maridos habían salido victoriosos o derrotados en la batalla, ya que los persas habían jurado que, tras vencer a los griegos, irían a Atenas a saquear la ciudad y sacrificar a los niños. Los hombres griegos pensaron que si las mujeres no recibían la noticia antes de terminar el día, serían ellas mismas las que matarían a sus hijos y luego se suicidarían. Y salieron a correr.

Nunca estuve tan desnuda, me dijo.

Y no porque nunca antes se hubiera quedado sin ropa, sino por ese estar moviéndome mío entre excremento y sangre. Entre excremento y sangre, ella. Ella, menstruando y su culo de Atenas. Y yo un hijo entre sangre y excrementos. La tiro hacia atrás presionándole el vientre. Mi mano abierta sobre su vientre que se ondula y ella nunca tan desnuda, grita.

Relaciones de velocidad y lentitud.

Yo con mi falda de serpientes y mi collar de corazones arrancados de las víctimas, garras afiladas en las manos. Un diluvio al revés. Yo con mis piernas abiertas, un jaguar irrigando. Un jaguar, una mordedura que perfora el corazón de los reptiles acorazados. Yo, el mordisco entre las orejas, atravieso el cráneo. Una vez que rompe el corazón, el jaguar mete la pata y extrae la carne. Su fuerza es tal que puede cargar cadáveres tan grandes como el de un novillo hasta lo alto de un árbol.

Qué es el cuerpo.

Yo un hijo entre su sangre, sus excrementos.

La agitación. El movimiento de los sueños. En el tiempo que no tenía pasaporte, nadie nos hablaba, nadie nos recibía, no nos reconocían en los sitios públicos. Nos alojábamos en una habitación de una casa comunal de doce metros. Nos habían delatado denunciándonos por conversaciones contra revolucionarias.

Relaciones de velocidad y lentitud.

El niño del cuento anuncia que el rey va sin traje.

Ella susurraba: nunca estuve tan desnuda.

Cuando ella se levanta cae semen de su pubis. Y no sé si es ella la que acaba sobre mis piernas, en la alfombra; o soy yo. Toma con sus dedos un espesor y lo pasa por sus muslos. Toma lo que está caído sobre la alfombra, me mira, se embadurna.

Velocidad y lentitud en la descomposición de los colores.

Nos asustábamos de los visitantes imprevistos, de los coches que se detenían junto a la casa, del ascensor que subía de noche.

Me abre la camisa, husmea, pone su cara dentro, huele.

Los colores son la mezcla de luz y oscuridad.

El niño del cuento dijo que el rey estaba desnudo. Se debe a la tradición de los cuentos infantiles donde el número siete es la clave, que se repite tanto aquello de los siete colores.

¿Qué clase de color es el añil?

Descomponer.

Dispersar.

Ella descolorida monta el caballo y va. Yo agarrado a su espalda recibiendo su camino, dejándome llevar. Una india, yo; sosteniéndome de su pelo. Pongo mis manos en su frente mientras ella avanza rápido. Relaciones de velocidad y lentitud. Y yo sin ver el camino, la dispersión de la luz. El rojo

es el color que da la menor desviación, y el violeta es el que la sufre en mayor medida.

Arrebatados.

¿Cómo evitar el furor?

¿Cómo no abdicar, no abjurar, no desposeer antes? No dar antes de la llamarada, el robo, la mano apresurada que arrastra.

La frontera sólo se puede captar cuando es huidiza, cuando ya no se sabe por dónde pasa.

Al límite.

Ella se tapa la cara. Lloro. Abre la boca. Lloro. Mira hacia los costados. Yo sigo ahí todavía. Ella tan vaciada, tan fuera de sí y yo ahí todavía. Quiero entrar. Quisiera horadar la piel de los ojos, entrar. Pero yo todavía tan ahí.

Al límite.

Mide de hombro a hombro. Tres manos, dice. Mi cuerpo echado sobre su cuerpo. No mi cuerpo, porque mi cuerpo todavía allí, todavía tan ahí. Yo, altamente incompresible. Yo, con mi volumen constante en un rango de presión; una forma esférica. La viscosidad crece con la temperatura, es una medida de resistencia al desplazamiento. Yo un volumen constante en velocidad cuya fuerza desmadeja una tensión. No mi cuerpo; yo, líquido, me adhiero a ella. Sarsang Dam, río Tartar; agua para producir electricidad. La sacudo como se sacuden las alfombras de oriente. Fuerte, más fuerte. Si yo líquido me adhiero en velocidad, ella un vacío que traga una porción de espacio. No una ausencia de partículas, ella un agujero, partículas que van más rápido que la luz.

Le pido que se arrodille mirando su cintura. Le pongo una pierna fuera de mi pierna y la otra por fuera de la otra pierna. Gime. María, llena eras de gracia, dice. Dice que eso es dios. Se va a lavar, cuando vuelve y me ve desnudo hay vértigo en su cara. Sonríe, se acerca, se mareo. Sensación de movimiento de los objetos o de su cuerpo, una sensación de giro. Con la ropa puesta, con sus botas, hacemos el amor. Después, huele su ropa interior. Pasa su lengua por el algodón, las puntillas. Siento sus pezones en mis testículos; tiemblo.

Quiero decirte algo y no puedo; y yo, escribilo, escribilo.

Hogar, me dice, y no escribe.

Cuando habla le miro la lengua.

Hogar.

Le da vergüenza pedir hogar como decir quedate un rato así, un rato más, así.

La mano.

La mano.

La mano.

Con mi mano adentro de su cuerpo, moliendo a mano su carne. Mi mano que amasa sin trigo el interior de su carne, y ella que se abre más. Ella que deja resbalar su carnecita entre los dedos busca con mi propia mano algo en el aire para sostenerse. El vértigo y las partículas van más rápido que la luz. Y mi mano, mientras amasa su carne, la suelta de ella misma.

Una palma central. Músculos de movimiento y destreza. Con el índice, el segundo de la mano, y con el del corazón, el cordial. La mano como un instrumento de medida del agujero, de las partículas, de la luz. Alrededor de un punto, una andadura, un recorrido. Grieta que ejerce una atracción gravitatoria tan intensa que impide ser observada y deviene casa.

La mano.

La mano.

La mano.

Ella hace de su carne una molienda no de sangre; de un líquido que se parece a sus lágrimas. Y busca, mira hacia los costados. La doblo. Las piernas hacia atrás. La doblo; algo del golpear.

Al límite.

Pone mis manos sobre su vientre. Me obliga a empujarla como ahuecando ese lugar de hijos.

Doscientos cincuenta y seis kilómetros de contacto. Ciento sesenta millas. Y cuarenta mil armenios y cuarenta mil azeríes que se enfrentan en sus tropas. Como la India y Pakistán, como las dos Coreas. El reparto, las fronteras y la independencia que duele.

Ella me decía que sabía dónde terminaba el mundo. Siento sus bordes como si pudiese tocar los mares, y los ríos, y las montañas y los países todos, sabiendo que más allá de esa redondez no hay nada. Tu cuerpo, me decía, el contorno de tu piel y el fin del mundo.

El reparto, las fronteras y la independencia que duele.

Los verdaderos esclavos son aquellos que no tienen miedo. Si tuvieran miedo no podrían rendirse a la reverencia. Y nosotros no teníamos miedo.

El reparto, las fronteras.

Ella de rodillas, ella con su lengua, buscándome. Yo que no la dejo chuparme. Yo que me toco con fuerza mientras le veo la cintura, el culo alzándose en el espejo; grito. Y el semen que cae en su lengua, su cara; en el piso. Después, abro la canilla, tomo un poco de agua. Limpio el piso con las manos.

Yo desnudo. Ella medio vestida.

Me siento desnudo sobre su regazo. Dejo mi pija recostada sobre su vientre. Ella en el sillón, yo las piernas a los costados sobre sus piernas. Ella acaricia mi pubis con esa ternura infinita de una madre que coge.

El reparto, la frontera. Y ella el mar en una tierra sin salida.

Un verdadero esclavo nunca tiene miedo. Por eso construían muy bajas las puertas de los monasterios; para adiestrarse en ese gesto de reverencia eterna.

¿Cómo es un pueblo que en su mayor templo religioso esculpe la imagen del enemigo para seducirlo?

El shah Abbas envió el ejército persa para expulsar a la población y destruir el toba morado de la catedral de Etchmiadzín. Entonces ahí, en el arco que sostiene la cúpula norte, en lugar de un apóstol o de un evangelista, los armenios esculpieron la imagen del shah Abbas. El ejército, cuando vio ese rostro, en lugar de tirarla abajo, decide protegerla.

El reparto, las fronteras.

Los únicos que no tienen miedo son los esclavos.

La ciudad santa, ahí donde se encuentra la primera catedral cristiana se llama Etchmiadzín, pero en época soviética llevaba el nombre de Vagarshabad. El altar mayor, construido sobre un altar pagano. Y a unos metros, el pozo donde se escondieron las treinta y ocho monjas. Kayané, la niña romana refugiada en Armenia, y santa Hripsimé, en esa pintura que enamoró a Diocleciano y por la que pidió casarse con ella. La bella se niega y escapa a tierras lejanas. Allí donde fabrican piedras de vidrio. A Armenia. Diocleciano le pide al rey Dirdad que encuentre a Hripsimé y que la envíe a su reino. Sin embargo, cuando el armenio la ve, la quiere para él. Ella, vuelve a negarse. Ordenan matar a la mensajera Kayané, pero se equivocan, y cae la otra monja, Hripsimé.

Le cortó la lengua, le abrió el estómago y le sacó las entrañas; le arrancó los ojos. Al este de Bizancio.

El reparto, las fronteras, la independencia que duele.

El fin del mundo, dice ella. Piensa Hripsimé, Kayané, y las monjas escondidas en el pozo.

Los esclavos son los únicos que no tiene miedo.

Ellas no se mueven. Respiran apenas. Cuando el estado adopta el cristianismo y construyen la catedral, abren el pozo. Estaban todas muertas.

Yo también me agacho para entrar por las puertas de los monasterios. Y no tengo miedo, no porque soy esclavo, sino porque soy soldado de Cristo. Y cuando veo piedras por todos lados, como si el mundo estuviera desmantelando sus montañas, pienso: fortalécete en la gracia de Cristo.

Vos caminás por la calle Mashdots de Ereván, alzás la vista y pensás en los repartos, en las fronteras, en la independencia que duele, mientras seguís caminando por la calle que te lleva a la estatua de la madre. Y pensás en tu soldado de Cristo cuando alzás la vista y observás que la estatua de la madre es una guerrera. El este de Bizancio: vos acariciando mi pubis con esa ternura infinita de una madre que coge.

En la tierra el movimiento se cumple de un punto a otro.

En el agua, el punto está entre dos movimientos.

Esto es una isla.

La más pequeña de las naciones soviéticas. Sin recursos naturales, con vecinos al acecho, sólo con la historia y con la percepción de esa historia para construir futuro.

No estamos lejos de Turquía. No estamos lejos de Irán.

¿Y a qué mundo se hace referencia cuando en nuestras latitudes se invoca el mundo?

Armenia es un país viajero. No somos caucásicos, vivimos en el Cáucaso.

En la tierra el movimiento se cumple de un punto a otro; en el agua, el punto está entre dos movimientos.

El amortajamiento.

Envolvíamos a los soldados heridos con sábanas húmedas frías sobre sus cuerpos desnudos, y luego los cubríamos con una manta. Todo el físico, la anatomía entera, incluidos los miembros, pero sin la cabeza. Para que sintieran desde adentro las fronteras del cuerpo.

Porque en la tierra el movimiento se cumple de un punto a otro.

Hubo un tiempo en que en los edificios de Ereván los carteles se escribían en tres lenguas: el ruso, el armenio y el azerí.

Esto es una isla.

El amortajamiento permitía sentir las fronteras desde adentro.

Yo trabajaba como traductor de los escritos antiguos, pero mi tarea era ocultar, ocultar, ocultar. No dar palabras a las palabras, amortajar.

En la tierra el movimiento se cumple de un punto a otro. En el agua, el punto está entre dos movimientos.

Cuando acabo me quedo medio dormido. Después me muevo lentamente, todavía adentro de ella. Me muevo para un lado y para el otro. Más, dice. Seguí así, dice. Me muevo acunando mi sexo en su culo.

¿A qué mundo se hace referencia cuando en nuestras latitudes se invoca el mundo?

Al patio interno. A ese patio que es tierra sin intimidad.

Ella bien abajo. Ella con sus tetas empujando mis testículos. Ella amortajándome, me exhibe, me desnuda, me coge. Sin intimidad el patio, el mundo para nosotros, mi cuerpo. Sin intimidad mis piernas, mi torso, mi pene en la guerra. Mear adelante de las enfermeras, los soldados. Y sin embargo, no es ahí donde se prostituye el cuerpo. No ahí. Allí es la religión. Allí es María a los pies de la cruz. Allí es el brillo de los santos.

En la tierra el movimiento se cumple de un punto a otro; en el agua, el punto está entre dos movimientos.

El amortajamiento.

Aquí.

Ella me exhibe me desnuda me coge.

Acá no siento las fronteras por dentro. Acá, prostituido.

Adoptamos el cristianismo seis siglos antes que los rusos. Entre nosotros estaba el hábito de la piel arrancada, la piel robada, magullada. La costumbre de ponerse la piel del enemigo que se ha matado.

En la guerra, lo importante es el oído. Las sensaciones auditivas preparan la dimensión del espacio y del tiempo, orientan a distancia.

El oído es otro amortajamiento.

En el patio interno de su cuerpo, yo exhibido. La risa, el sollozo como movimientos respiratorios de otro modo. La risa, el sollozo, el escupir ahí donde la boca ingiere y expulsa como si respirara. Escupo saliva entre sus piernas. Más atrás. La doblo y la penetro por atrás. La levanto y la miro. A los ojos. Mientras voy lamiendo su cara siento algo arrancado. Hay lágrimas en sus ojos, aunque no está llorando. El grosor de mi piel en su mirada; mi piel arrancada, y yo, prostituido.

Armenia es un país viajero.

Solíamos volver al día siguiente. Juntos, en marcha, volvíamos. La guerra es un gran elemento democratizador. Éramos todos iguales. Todos igualitos con nuestros límites por dentro por la mortaja del uniforme.

Nos une el odio.

Teníamos el legado de la guerrilla. Asumir la virilidad armenia según el sacrificio y el último acto del martirio.

Surp Kordz.

Trabajo santo.

En la asunción para ser miembro del cuerpo armado seguíamos un ritual que duplicaba la ceremonia del bautismo. Luego se nos pedía abstinencia; las armas eran nuestras mujeres.

Ella me desnuda me exhibe me coge. Yo, prostituido. Lejos del manto de María, del torso desnudo de Cristo; lejos del para algo de la muerte.

El movimiento no es acción; es duración.

Los pulsos de luz. El haz que queda completamente confinado y se propaga por el interior de una fibra. Aquello que en la antigüedad se multiplicaba por espejos.

Domar el fulgor.

Ella pregunta dónde está. Mira buscando, babélica. Mira como si no reconociera. Me pide que le apriete el vientre con las manos. Pregunta dónde está. No dejo que se mueva; intenta comprimir mi hombro, el cuello. Le saco la mano y araña la almohada. Se desliza, mira en el miembro la sangre de ella.

Domar la luz.

El movimiento no es acción; es duración.

La guerra también tuvo sus mujeres. Durante esos años el mundo hacía que ponía sus ojos sobre Yugoslavia. Un poco antes, Abjasia. Las mujeres rogaban dormir al menos entre cuatro paredes sin lluvia.

El movimiento no es acción; es duración.

Te detenías en la foto famosa del fotógrafo francés donde un padre a orillas del lago Seván hace malabarismos con un niño sobre su mano. El padre no mira a la cámara, mira a los ojos del niño adelantando la ceremonia.

En la guerra hace falta música.

Más que el pan y el arma, más que las casas de cuatro paredes sin lluvia, es el baile que da esa fuerza para pelear. Luego los maestros con sus uniformes militares en los colegios colgaban sobre las pizarras las fotos de los muertos. Y decían, como haciendo malabares, sin mirar a la lente de la cámara, fijando la vista en esa distancia que doma la luz, decían: todo lo que necesitamos es buen tiempo para reconstruir nuestras casas.

¿Y si las madres dejaran de ser madres?

Domar la luz. No los malabares del padre a orillas del lago Seván tomadas por un fotógrafo francés. Declinar los linajes sobre el cuerpo de la tierra.

La victoria tiene un precio alto. Es un gran productor de mutilados.

Territorios que se liberan en lugar de territorios ocupados. Y que mi cuerpo termine acá.

En la guerra hace falta música.

Jefaturas, tambores, cantos, trances. Una cadena mágica hecha de vegetales, de trozos de órganos. Un pedazo de vestido. Fórmulas y palabras.

Domar la luz. No intercambiar, sino marcar los cuerpos que son de tierra.

Sistemas gráficos. Caligrafías. Geografismos. Un baile sobre el asfalto, un dibujo sobre una pared, la sangre en mi pija cuando salgo de vos.

El idioma que traduzco, la lengua hecha de obsidiana y malaquita, de ámbar y ágata. La lengua cocinada en horno vertical. Como pan fino condimentado con cilantro, eneldo y menta, con estragón, albahaca, tomillo

y ajo. La lengua recorriendo la nueva ruta de la Seda, ya no de este a oeste buscando comercio, vida, movilidad; sino de oeste a este por las tuberías de fibras ópticas. Redes de datos enviados por pulsos de luz. La duración que es movimiento tiene gusto a canela, a cardamomo, a vainilla; a ternera batida mezclada con sémola. Bebo un yogur con agua y sal mientras te deslizo la mano de mi cuello a la almohada, te aprieto el vientre y tus ojos babélicos gritan.

¿Dónde está la escena principal?

En el niño que no se cae de las manos de su padre, o en el gesto resuelto del hombre que no mira a la cámara y juega a los malabares.

¿Dónde está la escena principal?

El miembro con tu sangre no reproduce el legado de bárbaros en la tierra.

Decime que me calle; me pide. Le digo, vení lavame. Me lava con su boca. Su boca de jabones limpiando sus entrañas.

La luz viaja dentro del agua.

El cristal de sílice puro fabricado a partir de componentes de vapor, sin impurezas para absorber la luz.

Ella se deshace, busca columnas en el aire donde sostenerse. Ella tocando el borde de las palabras. Ella, babélica, buscando un agua viva, una medusa, un cuerpo gelatinoso con forma de campana que cuelga, que se desplaza por sus contracciones rítmicas.

Yo me detengo porque el movimiento no es acción, es distancia. Le pregunto qué qué qué, le muerdo los pezones.

Esta agua, me dice. El agua que siento, me dice. El agua, me dice. Pregunta y abre más los ojos; ¿es mía, mía?

Te amo cuando hacés esto.

Ella, reclinada, me llama, pide que me siente desnudo sobre su regazo mirando su rostro. Me toma de la mano. Como si untara, pasa mi mano, luego toma los dedos, bebe. Cabalga. Yo, viscoso, acabo en un fondo sin piel.

A toda velocidad, y de repente ahí. El salto o clavado consiste en lanzarse al mar desde algún punto fijo o vibrátil. El punto fijo, la orilla del cuerpo del agua, una roca, un acantilado o un puente cercano al agua. El punto vibrátil. Me dejo caer desde una cuerda tendida entre las orillas del cuerpo del agua.

El cuerpo está recto. La cabeza erguida, los brazos extendidos.

El salto.

A toda velocidad, y de repente ahí.

El salto termina lo más arriba. Se eleva.

La cabeza erguida, los brazos extendidos. Giro.

La entrada al agua salpica lo menos posible. Me sumerjo. Buceo en cuevas o en galerías inundadas de minas. Una reserva de aire. Buceo en apnea buscando fuentes de alimentos: peces, crustáceos y moluscos; recursos útiles como algas, esponjas, corales o perlas. Los reflejos mamíferos me hacen bajar diez metros; luego subo y recupero el aire.

Peces de altura.

Abrí las piernas.

Abrí bien las piernas.

Casas abandonadas. Edificios en ruinas. Fábricas cerradas.

Devoro los peces de altura.

No salgo hasta que me hago más pequeño.

Olor a gato que se lame. Orín de gato seco por el sol. Su olor se frota sobre mi cuerpo, sobre el sudor de mi boca de peces devorados.

En aguas muy profundas, descendiendo en la oscuridad los colores de los peces desaparecen. Primero el rojo, por último el azul.

No salgo hasta que me hago más pequeño.

Ella lee leyendas de Islandia en la nuca del toro, en la longitud de los brazos, en el tinte azulado o rojizo cansado por las armas. Las lee en el corazón velludo como el pecho. Yo, entre los peces de altura, me convierto en una página que devora palabras.

Yo, el que salta, la empujo desde la cabeza, hundiéndola. Ella, de la rodilla a los talones, levanta las piernas. Ella, boca abajo, presiona, traba. La empujo desde la cabeza. Ella presiona. El fomento de reflejos mamíferos no en los humanos, en el mar. Ahora el agua deja de respirar. El buceo en apnea del mar me entierra sin la cabeza en aguas que se hacen territorio.

Hablar a media voz.

Ante el informe o la censura los manuscritos no eran vendidos, sino que pasaban de mano en mano.

¿Cuál es la ventaja de ser independientes?

Voy a toda velocidad y me detengo de repente. Trescientos cincuenta mil armenios desplazados de Azerbaijón y Karabagh; setecientos mil azeríes expulsados de Karabagh y de Armenia.

Salto y buceo sin respirar.

¿Cómo imaginar el futuro?

Cuarenta y dos kilómetros con Irán.

¿Armenia es parte o no de la región? ¿Está mal ubicada o es parte de sus vecinos, de su geografía?

A toda velocidad. De repente, paro.

La constitución de Armenia no reconoce a Karabagh

Casas abandonas. Edificios en ruinas. Fábricas cerradas.

La tierra, vaciada. En las habitaciones, pequeños altares.

Muchas veces sueño en ruso.

Sueño con borrar los años noventa, con suprimir el colapso del poder soviético.

Cuando sucedió el ataque quise escapar por aire, pero cuando llegué al aeropuerto, tiraron abajo un avión delante de mis ojos. Escapé caminando, escalando montañas en un salto hecho al revés. Un salto hacia arriba. Peces de altura.

Extraño el champagne de Crimea.

Stalin llamó a sus escritores ingenieros del alma; la biblioteca, la farmacia. Escribo champagne de Crimea como quien suministra un medicamento, inyecto fármacos con nombres propios que suenan a mar.

Espero los efectos.

La mayoría de las granadas explotan en seis segundos.

Tardo dos segundos para escribir la palabra: Crimea.

¿Será temprano para rendirse?

Un niño nace ocho años antes que su cerebro esté completo. El mamífero con el cerebro más grande en relación al cuerpo de su madre. Por eso crece afuera.

Afuera, el zar.

El zar.

El zar.

Se tapa la cara y comienza a morderse las manos, yo la inclino hacia mí y chupo sus pezones. Ella se da como una madre que amamanta. Le tiro la cabeza hacia atrás, me masturbo. Ella, hambrienta, acaricia el sudor. Va hasta la heladera. Pasa sus dedos por el agua fría, busca mi miembro. Tu pubis, dice, ese triángulo donde te hacés hombre. El vello sobre la piel tirante sobre eso que crece afuera. Me dice: no voy a gritar.

Gritá.

Gritá.

Mirate el color; insiste. El color del cuarzo rosado. El color del día para los indios americanos, la dirección oeste en el Tíbet. El color intenso del

mineral de hierro molido mediante piedras o morteros de hueso hasta convertirlo en polvo. Ella hierve las raíces de caoba de montaña, esparce el líquido sobre la piel. Mirate el color, dice. El color audaz del recién nacido que crece afuera. Disemina trocitos secos de corteza de olivo para que penetre. Utiliza la corteza interior del cedro rojo. Para fijar el color sostiene los tallos sobre el humo de leña. Como la sangre licuada de un mártir, color tumultuoso, dice, no voy a gritar.

Mi color favorito para el fuego de los disparos en mis primeros dibujos.

Cúpulas en el interior de la tierra. Y las cúpulas dan sus campanadas.

¿Será temprano para rendirse?

Asfixiarla, envenenarla, ahogarla. Pero no derramen su sangre hasta que no grite.

El color utilizado por los escribas para decorar los manuscritos. Rojo terracota de los tejedores de Shiraz, del agua del rubí, de la magia. A la altura roja del espectro, las ondas lumínicas son más largas.

La hematita. El jaspe. Las venas.

El viento rojo sopla caliente desde el desierto. Canela. Jerez. Castaño. El color de las mujeres de Tiziano. Una bebida húngara.

La sangre del toro.

Los rojos son una raza robusta. ¿Será temprano para rendirse?

La tinta de sus ojos deja huellas en mi cara, una escritura jeroglífica.

Krasnoyi.

Rojo.

Marika Bayur canta tristes viejas canciones rusas. No voy a gritar. Y yo: gritá, gritá, así no escucho a los niños que se tomaron cautivos en una escuela, las corridas en las destilerías de vodka.

Gritá. Gritá.

Pone su cabeza sobre mi pecho. Tapo sus ojos con mi mano. Ella apoya su mano sobre la mía. Jadea. Me lleva hacia un lugar anterior. Antes. El útero, dice. El útero ahí afuera, entre tu mano y mi pecho.

Ella se extiende bella y piadosa. Antes. Su vestido se expande en pliegues, sostiene a Cristo muerto en un gesto sosegado, lleno de ternura.

El brazo derecho cae inerte.

Tersura y cincelado del mármol.

Mi brazo derecho cae.

Sentí algo así como un cúmulo de electricidad sobre mí. No escuché la explosión, mi cabeza dio contra un muro de metal.

¿Será temprano para rendirse?

El tono se oye. La tinta jeroglífica de sus ojos sobre mi cuerpo que cae.

Me mira.

Antes de caer.

Antes de morir.

Yo: ¿me amás?

La tinta escribe el cuadro devocional de la virgen de las angustias.

Antes.

Antes de que Cristo muera, ella escribe la historia de la piedad.

Las botas hacen sentir peso en las piernas, en los pies, obligando a pararme derecho. Estoy sin el uniforme, sin las insignias, los grados, las medallas. Sólo un resabio del arte del gimnasta, la contención de fuerza, algo de la precisión militar.

El apiñamiento de los cuerpos que crecen afuera. Es como si la guerra fría prevaleciera todavía.

Afuera.

Antes.

En tus brazos, en la mirada tuya que escribe la historia de la piedad, en el momento mismo en que caigo muerto sobre tus pliegues, me pregunto cuál será el mejor método para desarmar una bomba. No morir, me digo, y me rindo. ¿Me amás?

La tierra ahogada entre los dedos no es roja. Es un gran teatro común a todos. Cada uno ocupando un lugarcito. Expulsados afuera, creciendo afuera. Mamíferos lejos de la tierra.

Muerto, sin poder desactivar ninguna bomba. En la adjudicación de las devociones. En el santuario de su cuerpo; afuera, lo tuyo y lo mío no ha sido inventado jamás.

El elemento central del gobierno es la injusticia.

Argentina es tu punto de apoyo, un banquito donde no te sentás, apenas te sostenés con el brazo, así en cuclillas como estás, succionando tu toda Armenia.

Me dice: no dejes que te muerda; agarrame las manos, atámelas. Más fuerte, más fuerte.

El suelo, la sutil repercusión. Desplegar el pie sobre el redondeo espeso de la tierra. Los polvos del suelo se trenzan. Liberás las piernas. Las piedritas rotan. Un bolsillo. Una mano. Otra mano. La boca.

Te llevás un pedazo de mundo al caminar.

Llueve. Le subo las piernas. Ella pasa sus manos por debajo de mi culo. Me aprieta hacia ella. Empuja más. Una arquitectura del agua. Eso que me recibe de sus mares se toca la garganta. Mira mi boca, adentro. Un animal. Un depredador que mata en mí todo resabio de persona, dice.

Te llevabas un pedazo de mundo al caminar. Al partir, tiraste del mantel donde habíamos comido con la mano carne cruda.

Cuando pienso en aquel día, pienso en volver. En retornar a mi cuerpo, en meterme dentro de los límites de la piel. Pero fue mejor así. Morir, así. Morir en el momento en que recuerdo esto. No volver a mí ya no más. Terminar como las constelaciones; diseminado.

Habíamos comido con la mano carne cruda.

Ella me daba su silencio, y yo la escuchaba. Como sirenas que no cantan veo las curvas de su cuello, la respiración profunda, los ojos llenos de lágrimas, los labios entreabiertos. Se estira, se contonea, despliega sus cabellos. Abre sus manos de sirena como garras acariciando la roca. Ella con su vestido blanco. Ella una sirena griega pregunta: fui yo quien acabó. Vos, le respondo, vos. Me pide por favor; por favor no salgas, por favor.

El suelo, la sutil repercusión. Despliega el pie sobre el redondeo espeso de la tierra. Los polvos del suelo se trenzan. Y llora y me acaricia. Mira la piel, busca. Sus manos tienen el gesto de abolir, de arrancar. Con sus uñas pintadas de azul de sus manos de sirena griega me lleva a un lugar antes. Yo frágil frente a su cuerpo que no me muestra el dónde, cuándo, cómo de su excitación. Una erección de ella sirena en su mapa extendido de miradas, del tacto, de la corriente eléctrica de su sangre, su saliva. Una arquitectura del agua. Y yo que caigo por desprendimientos, a un lugar de la ciudad, del planeta, de la especie. Y ella, que se lleva un pedazo de mundo al caminar, ella acallada sirena griega no niega su deseo de dominarme.

Ella, sin excusas.

Ies havadum em tsets medsn dsinvor.

Yo creo en usted gran soldado, dicen todos los que tiran del mantel, y parten.

Habíamos comido con las manos carne cruda. No éramos el rey Aram tomado cautivo por su par asirio, castigado de pasar diez días sin probar pan para luego competir con él en tirar al arco. Si le ganaba, le permitían volver a su país. Entonces, Aram pide su escudo. Nadie sabía que dentro de la coraza había un pan fino escondido, muy fino, un pan *lavash*. Así, durante diez días pedía una coraza nueva, y otra, y otra. En cada una había un pan. Al día décimo primero el rey asirio Nosor pensaba que Aram debía estar débil por no comer.

Y Aram venció.

Habíamos comido carne cruda con las manos. Tiraste del mantel al partir. El vaciado del oleaje. Un salto, la ilusión de la ausencia en un instante.

Ella quiere lastimarme.

Creo en usted gran soldado, dicen todos los que tiran del mantel, y parten.

Yo la lastimo con mi fuerza.

No vuelvo a mi cuerpo, si volviera escribiría en la coreografía de su silencio de sirena la frase de Vasily Rozanov “el show se acabó. Los espectadores se levantaron y dejaron sus asientos. Hora de buscar los abrigo e ir a casa. El público se da vuelta...no hay más abrigo, no hay más casas.”

Rotan las piedritas. Un bolsillo. Una mano. Otra mano. La boca. Un torbellino.

La guerra duró una eternidad.

Ahora las cosas giran sin control. Se mezclan las imágenes que se aceleran, se desaceleran, aumentan mi hambre. La brecha es un gradiente como un ascenso de fiebre. Una desmedida, la guerra, ensanchando el presente. Yo busco un pan fino en los escudos, encuentro la frasesita de Rozanov....no hay reyes, no hay escudos.

Octubre nos salvó de la destrucción. Nos dio luz y gloria.

Ayudé a escapar a una mujer y sus hijos.

Tuve que drogar a los niños para que no gritaran al huir y no fuésemos atrapados por las armas. Después, fui a la farmacia de la frontera y compré cuatro gramos de morfina, los guardé en el bolsillo por si necesitaba sentir esa nieve en los ojos.

Octubre nos salvó de la destrucción.

Los refugiados azeríes ahora son esclavos en Ereván.

Los niños no gritaron.

Cruzamos el límite.

Hoy tienen más de veinte años y un auxilio ahogado que ninguna morfina anestesia.

El gesto de la madre. Mi ofrecimiento desesperado. La droga entre los dedos y la lengua. Y la crueldad, ese impulso que nos apuraba el miedo, transita entre nosotros. Y la crueldad, ese gesto que nos hacía olvidar hijos, madres; nos da lo que desborda y se convierte sólo en algo mudo, un paso, una corrida.

Octubre nos salvó de la destrucción.

Ella se huele los dedos después de tocar mis axilas. Los lame. La cavidad. La unión entre el brazo y el hombro. La pared lateral del tórax, ahí donde mi cuerpo se dirige hacia la raíz del cuello. El espacio entre tres huesos. El ángulo del meridiano del lugar y el plano vertical del astro que observa. Ella, con sus vestidos y los colores de sus pañuelos, ella: andina. Ella de las montañas, los desiertos; lame. Ella todavía la roca volcánica compuesta de cristales de andesina, la cresta elevada de los Andes, el color del cobre. Ella, vetas y depósitos de metal. Ella, el cóndor, el puma, el guanaco, la vizcacha de la sierra. Ella, el zorro colorado. Si paso la mano sobre el lomo, en la base de la cola, eleva los labios de la vulva. Lame.

Octubre nos salvó de la destrucción.

Algún fin de semana volvía a casa. Yo, limpio, y mi ropa interior usada de varios días. Cuando me encontraba con una mujer pensaba qué olor mudaría a su boca. Si del algodón o de la letrina que compartíamos los soldados. O acaso mi piel era ese roce entre eso que era yo y el gusto del ejército, los compañeros y las fronteras, y las letrinas y los coroneles, y el barro y el puesto de los francotiradores.

Lame, ella, la axila como si buscara ese ángulo de una tierra que ya no es. Esta Armenia que ya no es recita el himno de la Unión mientras le paso la mano sobre el lomo y ella eleva los labios de la vulva; no canta.

Unión de pueblos en gran hermandad. Lenin alumbró la senda, dice el himno que ella no canta, ella, andina.

Había un traidor entre nosotros.

Todos somos sospechosos.

El Instituto de Creación de Lluvias de Leningrado siembra nubes, bombardea con artillería de sulfato para desviar la luz solar provocando una neblina efectiva como si hubiesen emanaciones volcánicas.

Trabajadores, creadores, constructores, todos en la canción roja se detienen en octubre.

Yo le toco el vientre, su lugar de hijos. Le toco el vientre, la miro, pienso: no tendré que drogar a estos niños que no nacen. La miro, veo hamacas bajo un manto de niebla espesa debajo de un cielo sembrado de nubes. Veo plazas y fábricas abandonadas. Veo juegos, la sala cerrada de un cine. Veo campos, paradores a la vera del lago. Veo azulejos y micros llenos de troncos de árboles. Veo un pupitre de algún colegio. Estantes y condecoraciones. Toco su vientre y veo una caja fuerte abierta y vacía; un trampolín y no el agua. Veo y escucho el himno de la Unión.

Te voy a consentir, me dice.

Infusión hecha de pasto.

Comida de pasto.

Techo de pasto.

Pasto.

Pasto.

Pasto.

Cavábamos y sacábamos pasto. Lo hervíamos, luego lo poníamos sobre el pan. Sobre el pan el pasto, un poco de sal. Pasto sobre el pan de casi un mes.

¿Qué hago con vos? me pregunta.

Alimentarme.

La palabra hombro, dice menos que el hombro; menos la palabra cuello. El hombro con su vértice debajo de la piel y los vellos rubios. Ensayaré a decir hermoso en ruso para ir más lejos, me dice; pero todavía queda algo, algo de más. Encarnado. Un todo vos que se encarna en vos, balbucea. Jesús encarnado será la historia escrita por una mujer; y llora. Y me toca. El color de los ojos, color de pirámides, de aceite de castaño o de nogal. La luz pálida en la destilación del azúcar. La margarita amarilla que crece en América, su ingrediente narcótico. El color de cuando se sofoca un águila con el humo del carbón vegetal y del azufre para no desfigurar el plumaje

con un disparo o por el uso de un hacha. Las túnicas color azafrán de los monjes budistas: los ojos.

Amarillamente.

Reptiles. La miel viscosa de acacia de Hungría.

Una concentración amarillamente morosa como vapores densos, el fondo de los ojos.

Le tomo la mano. Hago que su mano sostenga mi miembro. Me muevo, y su mano se mueve. Sus manos en mi pija que se mueve dentro de ella, y ella con sus manos sintiéndome mover. Comenta, susurrándome, que menstrúa. A mí me gusta eso porque puedo moverme adentro hasta el fin. Me gusta porque cuando meo, siento olor a semen. Olor a zapador asirio socavando defensas, abriendo huecos en las murallas. Despacio. Despacio. Con antorchas. Con saliva. Disuelto en ella. Dos corrientes marinas untándose de sol, de moluscos. Tragándose.

Como zapadores juntar tierra con una palita.

Un poco más.

Un poco más.

Ponerla en una lata. Guardarla. Decir: es mía. Cada tanto, observarla. Una lata como una urna. Adentro: tierra.

Por eso me gusta sentir el olor a semen cuando meo. Porque ella sin nada para guardar. Ella, nada que pudiese decir es mío. Ella fuera de los duelos del museo.

¿Quién late?

Amarillamente, ¿los reptiles o la miel viscosa de acacia?

Cordonería.

Una cuerda hecha de un material más fino que el cáñamo. Como lo que ciñe el hábito de los religiosos. Un cordoncito, una cuerda para retorcer.

El interés de Rusia era tener nuestras tierras como cordón de seguridad. Rusia nos quería finos y ceñidos; retorciéndonos, retorciéndonos.

¿Y si la historia de ella fuese la historia de una huida?

Mi padre era un *fedayi*. Yo le preguntaba a mi madre: ¿va a volver, va a volver?

Volvió.

Mi madre lo esperaba todas las noches, y él volvió.

Mi padre volvió con lágrimas en los ojos, nos abrazó cantando: la guerra acabó, se acabó.

Pero no.

No sabíamos todavía que la parte más cruel estaba por venir.

Mi madre colectaba aluminio para cambiarlo por pan.

Tiene labios de carne de dátiles de Egipto. El fruto de ciertas palmeras, el hueso duro, el surco largo, la carne blanquecina. ¿Y si la historia de ella fuese la historia de una huida?

Destruir.

Arrasar.

No dejar piedra sobre piedra.

Tiene labios de carne de dátiles de Egipto.

Le duele hasta el agua.

Arquitectos armenios de Estambul en la era de la occidentalización construyen mezquitas, la tumba de Mahmud II, la academia militar y sus barracas, el palacio Dolmabahçe, el ministerio de guerra, el rectorado de la universidad.

Me toma de las manos, las pone alrededor de su cuello. Aprieta sus manos sobre las mías. Yo muerdo sus pezones. Tira mi cara hacia atrás, empuja: arrancame un pedazo, dice.

Ella heredera de esas tierras. Ella nacida de parto clandestino, ella ocultada detrás de sus labios de carne de dátiles de Egipto. Ella en falsos documentos, en falsas ciudades. Si la historia de ella fuese la historia de una huida, alguien la reconoce ¿Si la llamaran una nieta recuperada, qué sería, ella?

Turca.

Turca. Heredera del arquitecto que construyó la tumba de Mahmud II, del constructor de la academia militar y sus barracas. Heredera.

Karabagh absolutamente separada de Armenia, no recibe diarios, ni libros, ni medicamentos.

Si la historia de ella fuese la historia de una huida sería como aquellos animales que tragan lagartijas, insectos y otras aves todas enteras, para luego regurgitar la piel, las plumas, los huesos.

Una nieta recuperada. Pienso en eso así tirado como estoy en este limbo. No por estar casi muerto, porque sobre eso ya hubo final. Limbo, esta línea de fronteras. Ella, reconocida, heredera, nieta recuperada, ¿desde dónde me miraría?

Dadnos al hombre que la acusación ya la encontraremos. Ésa es la regla no escrita de nuestra constitución.

El otoño oscurece pronto.

Al sentir que un coche se paraba junto a la puerta, apagábamos la luz. Nuestra fe sin medida en la familia se montaba en el miedo. Ya se sabe cómo son los hijos, no tardan en denunciarte.

Si fueras una nieta recuperada. En el limbo. Al otro lado ¿me habrías denunciado?

Yo cortaba los libros con tijeras y los tiraba por el inodoro para que nadie viera.

Cuando viste la tijera, el libro, las tiras de papel imaginaste algún documento hecho trizas. Tus abuelos escapando, un documento donde se les suprimía la identidad. Y tu historia naciendo de partos clandestinos.

¿Por qué el hecho de ahorcar a un animal nos parece más desagradable que ver ahorcar a un ser humano?

Hiriéndola, lamiéndola. Ojo con lo que estás pensando, me dice. Mi boca no pronuncia: ¿por qué el hecho de ver ahorcar a un animal nos parece más desagradable que ver ahorcar a un ser humano?

Armas en la boca, en los ojos.

Tiro los platos. La subo a la mesada. Entre la piletta y la cocina. Yo de pie; ella sentada, abre las piernas. Dice que sus ojos ven pero que ha perdido la vista. Cierra y abre sus manos, como arañándose. Con mi pija adentro, se mueve hacia adelante. Me mira y dice ¿cómo es?, ¿cómo es? Repite, cómo es, vos me penetrás, y yo nado adentro tuyo. Estoy adentro tuyo, nadando, dice. Se toca, se mira. Estoy rota, piensa. Piensa o lo dice.

Empieza a golpear eso que frota y toca, mármol como atrios. Una excavación, un ahuecamiento, la carne que cava pared, corteza, hoja, uña o pala. Y la cuestión de dios en las piedras de los monasterios. Dios quiere pobres quiere víctimas quiere corderos.

Cuando te nombro mi dios, dice, es porque no hay nada afuera. Éxtasis.

La beso después de entrar salir entrar salir, después de que ella hipnotizada buscara mi miembro, lo lamiera, lo devorara. La beso y en su boca algo de mí diluido, algo de ella. En el miembro su boca restos del roce de sus entrañas.

Ella sobre una cuerda, camina como una malabarista, debajo: el vacío. No es un cable tenso, una cuerda floja, está sujeta por los dos extremos y despegada del suelo, con una ligera curvatura por su distensión. Ella descalza, logra estabilidad sin ayuda de ningún objeto. Ella danzante en la cuerda o el alambre tensado.

Abajo, en el vacío, la multitud celebra a los soldados de la segunda guerra mundial. *Park yev pativ.*

Las manos, la boca, la lengua ocupan más lugar en el cerebro que el resto del cuerpo, por eso les cortábamos la lengua.

¿Por qué causa más horror ver ahorcar a un ser humano que a un animal?

Una correa no es una cuerda y no nos cubrimos la cabeza de negro para ejecutar la sentencia de muerte.

En otro tiempo cubrirse la cabeza era señal de duelo.

Atrios, altares, monasterios y dios que la quiere víctima y ella que no se cubre y me dice: sos dios porque no hay afueras.

Suspendido a diez metros de altura, la cabeza rapada y untada de alquitrán. Tengo el hábito de las horcas. Una excitación que hace volver en sí al colgado haciéndole sangrar el talón para luego colgarlo nuevamente.

La naturaleza no es comunista. Y algunos sobreviven.

La mujer es un pedazo de tierra, exclamaban en la frontera. El borde de la ciudad, la basura, los restos, los desechos. La mujer, una población rural que perdió todo en la guerra y escapó a la ciudad, entre los restos metálicos el aire que respira y el agua que toma: contaminados.

La tierra, como tubérculos, como galerías minerales, encerradas en urnas. La tierra ningún lugar para perderse, inasible, inabarcable, en cajitas. Sin embargo, ella no. Ella, la senda desaparecida. Ella, la piel del aire sobre la cuerda despegada del suelo. La cuerda sujeta por los dos extremos. Ella descalza sobre ningún cable tenso.

La ciudad chiita de Bakú. Las ciudades sunitas de Turquía. Y yo en una lengua que descuartiza, una lengua de plegarias bíblicas que reza: “ahorcar no es suficiente”. Una lengua que disimula con palabras la máquina del suplicio; toca la madera y el hierro, oye el ruido de la cabeza que cae. Una lengua que siente una ligera frescura en la nuca. Una lengua que se pregunta ¿el que lucha por el zar lucha contra el Cáucaso?

Algunos maestros pedían una composición en la escuela: “cosas que piensan del arresto de Toukhatchevski”. Después de este ejercicio algunos niños perdían a sus padres y se los localizaba en orfanatos como miembros de familia de enemigos del pueblo.

Vivere militare est.

Cuando caminás por la ciudad ves a hombres de brazos cruzados, unos con la espalda apoyada en la pared, otros al borde de la acera; una chaqueta de cuero, pantalones negros y remera también negra y, entre los labios, un cigarrillo que se consume por sí mismo.

El dilema está resuelto de antemano. Matarás o te matarán.

Vivere militare est aunque asesinarnos entre hermanos es una equivocación. Nos arriesgamos a disgustar a nuestra madre Rusia.

El dilema está resuelto de antemano.

Me quedo quieto. Con el miembro dentro de ella y sin moverme. Ella sentada sobre mí, tampoco se mueve. Solo sus ojos buscan los míos. Me susurra: te quiero morder. Yo le acerco la cara, la beso.

La luz emitida por el ojo se traslada gracias al vacío. La energía almacenada en un objeto es energía contenida aunque algo no se mueva.

No fue por la patria.

Fue porque no tenía nada que hacer. Estaba sin trabajo. La traducción de los manuscritos no era una labor rentada. Estaba sin trabajo, y no tenía nada que hacer. El sistema había erosionado la economía y las ocupaciones.

No fue por la patria.

Vivere militare est.

Mi madre me contaba que, a causa de los trabajos forzados, las mujeres sufrían el descenso del útero. Me contaba rezando a su virgen María. Me contaba con su virgen María tejida en el tapiz que colgaba sobre el sillón de la sala. Su virgencita María tiene una media luna islámica a sus pies. Mujeres balcánicas habían anudado los dibujos del tapiz en el año 1913, mientras los otomanos fumaban su narguilé y perdían Macedonia. Las mujeres macedonias tejen y es ese perfume de rosas levitando que enciende la media luna, los ojos de María, la luz en el vacío entre volutas de humo musulmán.

Mi primo era un niño entonces, y lo interrogaron por considerarlo enemigo del pueblo por las actividades contra-revolucionarias de sus padres.

No creas nada, no temas nada, no pidas nada.

No fue por la patria.

Fue porque no tenía nada que hacer.

Las mesas de madera, las máquinas de escribir, los teléfonos, ya no servían.
Vivire militare est.

Escuchás a un poeta turco que lee un poema sobre caravanas, sobre lágrimas, sobre vergüenza. Te acercás, le hablás en turco. Él te pregunta si sos kurda; armenia, le respondés. Él te dice: ahora todo está mejor entre los turcos y los armenios. Te alejás. Al rato sangrás, y no estás menstruando.

A causa de los trabajos forzados las mujeres sufrían el descenso del útero.

Sangrás, aunque no estás menstruando.

Sangre como perfume de rosas levitando la media luna que los macedonios tejen a los pies de la Virgen María mientras los otomanos fuman narguilé y pierden los Balcanes.

Me gusta su culo porque me aprieta y yo voy ahogado, ahorcado, voy.

Se levanta de la cama. Le corre una línea amarronada.

Matar no es asesinar.

Lo aprendiste en la deportación, en el encierro, en la promiscuidad.

Yo no soy las mujeres de Macedonia y para no oler el perfume que asciende del narguilé que ellos fuman cavo un hoyo. El cuerpo del fusilado no debe dejar huellas. Uso dinamita, nitrato de amonio, fosas no tan profundas.

No fue por la patria.

Fue porque no tenía nada que hacer.

Ella desliza lentamente su mano hacia atrás. Lentamente. ¿Puedo? pregunta, ¿puedo? Tantea someter al secreto la luz que recorre un vacío.

Y yo:

Vení.

Vení.

Vení.

La muerte y solamente la muerte. Jamás permitiremos que nuestras tierras sean objeto de regateo.

Me mira, me dice: volveré y diré que la tierra es redonda. Una americana va al este y se encuentra con indios. Hay indios en tus ojos, dice. Con mis ojos fijos en sus ojos, levanto sus piernas. Y otra vez su pregunta: ¿estás acabando? Y otra vez mi respuesta: aún no. Ella se disuelve en infusión de hierro, en uñas de madera, en monasterios que se aferran salvajemente a la montaña para no despeñarse. Allí, enseguida, empieza a moverse la lengua.

No son indios los de mis ojos, es el comerciante, el patrón del café, el maestro, son las cuarenta o cincuenta personas atestadas en prisiones de diez metros cuadrados, es el cadáver de alguno de ellos cuando moría y quedaba allí entre los vivos, son las ejecuciones colectivas.

Soy nieto de los Gulag. Mi abuelo en el campo de Solovki acusado de espionaje, de complot, comiendo sin agua o con una bebida salada durante dos o tres días.

Las mujeres dentro del campo corrían otra suerte. Las más apreciadas cumplían labores domésticas y se las convertía en amantes de los guardias. Si se negaban, se las encerraba, y se las dejaba sin alimento.

No son indios lo que ves en mis ojos, es el cuestionario escrito a fuego:

No.

No he estado.

No he sido miembro.

No tengo.

No he participado.

No son indios, es un baile sobre osamentas. Sesenta y tres millones exterminados entre 1917 y 1956. Sesenta y tres millones a la gloria del marxismo. Cuando los rojos repetían: bebe la sangre como bebes el vino georgiano en los festines; sesenta y tres millones confesando: he estado, he sido miembro, tengo, participo.

Es lo que hace que ciertos alimentos sean carne y otros una sílaba.

No.

No he estado.

No tengo.

No he participado.

Es cuestión de comida. El que no trabaja no come y el asesino toma el alma de la víctima.

Ella cruzando lo redondo de la tierra con sus barcos hambrientos en el este. Yo abriendo la bragueta del pantalón...chupala y calmate. Ella me toma de cada lado de la pelvis, me levanta con sus manos, busca mi pene con su boca. Su boca de sed buscando pozos, fuentes, su boca viendo cómo muere la caravana en lo que respira y late, ese latido líquido. Y lo que late líquido en ella, el batallón 2352, la compañera que tengo, mi pareja, la Kalshnikov.

El latido se aceleró cuando vi cómo de montaña a montaña se deslizaba mi grupo de hombres, y descubrimos la emboscada. El latido se aceleró cuando uno de ellos levantó la bandera blanca y dijo

Parev Hay em.

Hay em.

Nosotros nos acercamos. Y el que levantó la bandera hizo un pequeño gesto y terminó explotándose.

No es miedo.

Es tristeza la de estos indios de mis ojos que gritan en un idioma que nadie entiende: no regatearemos nuestras tierras.

Aveli lav e chaprim kan te aprim.

Así que el amor es esto. Este deseo de destruirte, este ir al límite y querer arrasar tu piel. Así que el amor es esto; este imperativo caníbal de abrir la carne y retenerme.

Ella toca mis testículos mientras duermo. Y entre caricias, como si te hubiera parido, murmura. Como un hijo. Como si hubieras salido de mí y no.

Adentro, un latido líquido. Pigmentos con un aglutinante a base de aceites. El óleo sobre el muro. Se satura la superficie del enlucido con varias capas de aceite cocido hasta llegar al punto en que la pared ya no absorbe más. Cuando la superficie está seca se aplica una capa de blanco de plomo, de aceite, de amarillo de plomo y de arcilla. Hay azul ultramar, lapislázuli, en el latido. Un color que es un movimiento que son los mantos de la virgen y el carmín, la pátina verdosa del cobre y el verde azulado.

Le pongo mi mano debajo de su mentón. Muevo lo que amo con mi mano y es como tomar mi miembro, pero no. Y en su boca, la voracidad de sus labios. Óleo por veladuras.

Me siento en el bidet, me lavo la pija. Ella se arrodilla como rezando.

Y yo pienso: hice cosas hice cosas.

Me quedé dormido en el puesto de frontera. Un ruido sordo. Creí que era el enemigo. Maté.

Hice cosas hice cosas.

No fue el enemigo a quien maté.

Y comí gato, y comí perro y cogí cabras con mi mujer la Kalashnikov.

Es esto el amor, este silencio mío mientras ella golpea el piso con sus puños y dice no voy a gritar, haceme algo, me pide, me deshago, pegame. Es esto el amor, mientras arrojo mi mano firme sobre su culo, este recordar a mi compañero que se orinaba al mirar hacia la línea de combate susurrando: vi alguien, vi alguien.

No es miedo.

Es tristeza.

El dedo sube por sus piernas. Atrás. Me pide que me toque. Tocame más. Sus ojos mueven mis manos. Sus labios se tensan. Yo me muevo más rápido. Abajo. Arriba. Más. Salivo. Ella acostada. Yo de pie. Salivo. Ella mira la manera que el miembro entra en su cuerpo. Ella un cristo

extendiendo los brazos. Yo miro cómo estoy en ella. Sos mi mujer, le digo. Le tomo los pezones, y mientras los chupo, soy yo el que gotea. Luego se queda dormida sobre mi sexo ya sin erección. Apoya su cabeza, yo le acaricio el cabello. Nos llevamos uno al otro dando vueltas en medio de la nada, en la vuelta al mundo camino a Etchmeadzín sin un parque. Ahí, detrás, las montañas. Hierros. Algunos asientos todavía atados a la red circular y nosotros el acero colorido y abandonado, camino a la catedral.

En un parque de diversión sin juegos ella confiesa que sin mí se queda ciega. No ve los pobres, las mujeres, los velos. No ve las invasiones, ni a los que resisten colgados en edificios remontando hacia abajo.

Confiesa que hará con mis colores como hizo el poeta peruano cuyo padre era pintor, y que de niño para saber más sobre el padre, o para probar los colores, o para ver mejor, tomó un pincel, lo untó en pintura y se lo puso al ojo. La tinta. La ténpera. Tus colores. Dice. Para ver.

Mientras mis compañeros siguen en la línea de contacto, sus familiares se dedican a vender. Venden el armario, el televisor, las medallas, los cuchillos, la radio, venden el uniforme de sus hijos mayores, el piano.

Ellos venden. Todos los que están afuera venden. Y los que estábamos adentro pasábamos cuarenta horas sin dormir a base de cocaína. Nosotros fuimos a luchar desde nuestra ciudad, drogándonos, nosotros, para proteger esta tierra y sus casas. Ellos huían. Por eso digo que ellos no son de los nuestros.

Acaricia mis pezones con sus pezones.

Nos quedamos en silencio. Poco a poco llegaban las palabras, una a una. Ella que viene buscando una tierra, desanda el vacío. No en sus ojos, en la manera que me acariciaba la cara, allí sus dedos querían un hijo. Un hijo mío como un pedazo de tierra. Un hijo, un poco de carne de ese cuerpo que se le deshace entre sus piernas. Pero no. Solo un hambre.

Un hambre que no calma ninguna idea. Un apetito fuera de toda pornografía; no tiene imágenes, porque no tiene tierra.

Pulsar. Tañer como las cuerdas de un instrumento. Destruir los tejidos con un golpe.

Huir.

Llagar.

Cogemos desde ahí, son nuestras heridas las que se frotran, se ligan, se fusionan, como tajar el territorio para saber hasta dónde, cómo, quién.

Dice no. Dice no. Intensamente su mirada en mis ojos dice no te vayas. Ya no estoy en ningún sitio, dice. Completamente disuelta. Ahora solo lo que hay es tu cuerpo, susurra. Yo, como un guante doblado sin mano, vacía... si te vas.

Ella acaricia la base de los testículos. Busca más atrás el reservorio de piel. Me tira del pelo. Ella me mira de cerca. La piel que se contrae, la piel de mi miembro no circuncidado, emblema que servía cuando me atrapaba uno de los nuestros para comprobar que no pertenecía al enemigo. Los músculos se sueltan, algo en la tensión de la herida se desprende. Desguarnecidos. Desposeídos de toda cicatriz. Me pregunta qué hago, qué hago. Como si yo pudiera responderle: respirá, pujá, respirá. Ella se queda como después de parir. El útero de ser redondo se transforma en una hendidura dispuesta transversalmente. Araña. Busca más, restos carnosos. Yo tarareo una especie de canción de cuna. Busca las crías. Desesperada se lanza sobre ese espacio entre las costillas flotantes salidas en mí, araña y pide: mordeme. La fuerza de gravedad empuja la materia hacia el centro de la estrella, mientras que el plasma ejerce una presión hacia fuera que tiende a expandirlo. La luz. Y ella pidiéndome que la muerda para saber dónde el cuerpo.

Tajar.

Cavar hasta encontrar alambres de minas, restos.

Cuando tomábamos una casa que antes habitaban los que habían nacido aquí, encontrábamos alguna foto familiar. Parecían gente normal.

Herir. Tajar. Saquear.

La disputa era entre ellos y Karabagh.

No con nosotros.

O eso decíamos. Argumentábamos eso para resguardar nuestros hogares. Así se decía. Pero qué podría resguardar un desposeído. ¿Acaso resguarda la herida?

Ése que ves ahí tirado en la frontera.

Ése a años de terminada la guerra.

¿Terminó la guerra?

Ése que trabajaba como traductor en el museo de los manuscritos solo como labor temporaria, y el resto del tiempo servía al ejército.

Ése que servía al ejército no por la patria, no por amor, no por la patria. Ése que no tenía nada que hacer. Ése tirado ahí. Yo con todos mis músculos atentos a la amenaza, dispuesto.

Ése en la frontera.

No por un francotirador.

No.

Ése.

Yo.

Muerto por un oficial de los nuestros.

Por uno que durante las primeras horas del día quería ordenar las cosas en el frente y fue demasiado lejos y se le pasó la mano.

Ahora la misma mano, si te quedás, pondrá florcitas en tu boca.

Acercate.

Se me apaga la voz.

Acercate; escuchá lo que te digo:

no le cuentes a nadie

